

¡VEN AL CIRCO!

*Enid
Blyton*



Lectulandia

Fenella tiene que ir a vivir con su tío Ursie, que cuida a los osos en un circo, ¡y le tiene miedo a los animales! ¿Se va a hacer amiga de los animales y de toda esa extraña gente del circo o siempre tendrá miedo de los animales?

Lectulandia

Enid Blyton

¡Ven al circo!

ePub r1.0

Titivillus 15.03.2019

Título original: *Come to the circus!*
Enid Blyton, 1944
Traducción: Mariano Orta Manzano
Ilustraciones: José Correas
Diseño de cubierta: José Correas

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.0

más libros en lectulandia.com



CAPÍTULO PRIMERO

UN NUEVO HOGAR PARA FENELLA

Sonó la voz de tía Janet:

—¡Fenella! ¿Dónde estás? Ven aquí un momento. Tengo algo que decirte.

Fenella dejó la costura y fue a ver lo que quería su tía. Era una niña de unos diez años, bajita para su edad, de cara delgada, ojos verdes y cabello rojizo y ondulado. Huérfana de padre y de madre, siempre había vivido con su tía Janet.

Su tía estaba pelando patatas en la cocina. Alzó la vista cuando Fenella entró.

—Ayúdame a terminar esto —dijo—. Fenella, tengo que comunicarte una noticia.

—¿Qué es, tía Janet? —preguntó Fenella presintiendo de pronto que la noticia no iba a ser muy buena.

—Mira, Fenella, me voy a casar —dijo tía Janet—. Y me voy al Canadá.

—¡Oh, tía Janet! —dijo Fenella—. ¡Al Canadá! Eso está muy lejos, ¿no? ¡Al otro lado del mar! ¿Crees que nos gustará?

—A mí, sí —dijo tía Janet—. Ya he estado allí. Pero tú no irás, Fenella. Voy a casarme con el señor White, a quien has visto aquí algunas veces, y quiere que nos vayamos a trabajar en la granja de un tío suyo en el Canadá. Pero me temo que tendremos que dejarte.

—¿Dejarme? ¿Aquí, completamente sola? —exclamó Fenella, alarmada—. Pero, ¿qué voy a hacer? No tengo más que diez años.

—No, no te vas a quedar en esta casa —dijo tía Janet—. Irás a casa de tu tío Ursie. Él y tía Lou cuidarán de ti. Ya le he dicho a tía Lou que coses muy bien y ella necesita a alguien que le ayude en la cuestión de los vestidos del circo.

—Pero, ¿es que voy a vivir en el circo? —exclamó Fenella, llenándosele los ojos de lágrimas—. No puedo, no puedo. Tú sabes que los animales me dan miedo. Y allí hay osos y elefantes y chimpancés. Lo sé porque el tío Ursie me lo dijo cuando vino a tomar el té con tía Lou.

—Ya irás aprendiendo a que te gusten los animales —dijo tía Janet vaciando el agua de la cacerola de las patatas—. Además, no hay otra solución. Tienes que ir a alguna parte, y Harry, o sea el señor White, con el que me voy a casar, no quiere que te llevemos con nosotros al Canadá.

—Nadie me quiere —se lamentó de pronto Fenella—. Mi padre y mi madre murieron y tú no quieres que esté contigo, y sé que tampoco el tío y la tía quieren que esté con ellos.

—Vamos, no seas tonta —dijo tía Janet con cierta brusquedad—. Al tío Ursie le gustan mucho, muchísimo, sus osos y también a ti te tendrá simpatía. En cuanto a tía Lou, cierto que tiene una lengua muy afilada, pero si eres una buena niña y la ayudas, pronto te querrá. Te echaré de menos, Fenella; eres una niña buena y tranquila, pero no hay más remedio que hacer lo que dice Harry.

Fenella volvió a su costura. Pero le era imposible seguir cosiendo, porque las lágrimas no dejaban de afluir a sus ojos y caer sobre el vestido que estaba haciendo. No es que el hogar de tía Janet fuese una gran cosa: sólo una casita de campo más bien ruinosa con un corral en la parte de atrás, pero al menos era un sitio que Fenella conocía y donde se sentía segura. Y aunque tía Janet no la mimase y a veces le riñera porque la había molestado en algo, no dejaba de ser cariñosa a su modo.

¡Pero el circo! Aquello era un mundo nuevo, un mundo aterrador para Fenella, que echaba a correr si veía simplemente a la más inofensiva ovejita y que gritaba si un perro se le cruzaba en el camino. ¿Qué iba a hacer en un sitio donde los elefantes y los osos, los monos y los perros estaban corriendo siempre de un lado para otro? No podía ir allí. No podía.

Se puso a pensar en tío Ursie y en tía Lou. La tía Lou tenía el cabello echado hacia arriba y parecía como si también la cara y la boca las tuviese echadas hacia arriba. Tenía una lengua afilada y muy poca paciencia, ni siquiera con su calmoso y pacífico marido, el tío Ursie, quien se cuidaba de los osos y en realidad era casi como un oso él mismo, torpón, perezoso y un poco tonto.

Fenella pensó en los tres elefantes y en los dos peludos chimpancés de que le había hablado el tío Ursie. Ella no había estado nunca en su circo, por lo que sólo podía imaginárselo y le parecía terrorífico.

«Habrà por allí monos, y me encontraré también con elefantes, y, ¡oh Dios mío!, el tío Ursie querrá que me gusten sus horribles osos. No quiero ir. ¿Por qué no ha de llevarme tía Janet al Canadá con ella? No es que me guste

tampoco ir allí, pero preferiría cruzar el mar hasta un país tan lejano antes que ir a vivir en el circo. Es algo que odiaré, sé que lo odiaré».

¡Pobre Fenella! Todo su mundo parecía desmoronarse.

Tía Janet empezó a hacer las maletas. Vendió la mayor parte de los muebles que tenía en su casita, y se presentaron varios desconocidos, que curioseaban las cosas.

Luego llegó el día de la boda de tía Janet. Había comprado una bonita tela azul para que Fenella se hiciese un vestido de dama de honor de la novia. Fenella era una maravilla con la aguja. Sabía hacer cualquier cosa. Sabía coser a máquina y era realmente una niña muy despierta. Con todo cuidado se hizo su vestido azul, pero no quería ponérselo.

«No quiero ver a tía Janet casada. No quiero decirle adiós. No quiero marcharme de aquí. ¡Oh!, ¿por qué ha de suceder todo esto?», se decía una y otra vez la pobre Fenella.

Pero tía Janet se casó y Fenella se puso su vestido azul, que todo el mundo dijo que era precioso. Luego, tía Janet la besó, le dijo adiós y se marchó con el tío Harry, saludándola con el brazo hasta que se perdió de vista.

El tío Ursie y la tía Lou no habían acudido a la boda porque el circo estaba entonces bastante lejos y a punto de dar una función. A Fenella la metieron en el tren al cuidado de unos conocidos y ella sola tenía que desenvolverse luego en la ciudad donde estaba el circo. Eso la tenía muerta de miedo.

—¡Pero si para ti va a ser toda una aventura, Fenella! —había dicho el corpulento y fornido tío Harry.

—No me gustan las aventuras —había contestado Fenella.

Y no le gustaban, le daban miedo. Tampoco le gustaban los desconocidos. No le gustaba nada que ella no conociese. Era un ratoncito asustado, como tía Janet decía muy a menudo.

Y ahora tenía que irse a vivir en medio de un gran circo. Era un mundo especial en el que figuraba como rey el alto y escandaloso señor Carl Crack, el jefe de pista. Fenella había oído hablar de él a tía Janet y ya estaba atemorizada. ¡El señor Carl Crack! Se lo imaginaba con un gran látigo, amenazando a cualquiera que le desobedeciese. ¡Oh Dios mío! Ella se escondería en un rincón cada vez que lo viese.

La señora Toms, vecina suya, vino a buscarla sonriendo amablemente. El casamiento había terminado y los invitados se habían ido. Fenella miraba en torno con aire de desamparo.

—Bueno, querida Fenella, tú te vienes ahora conmigo, como dijo tu tía, y te quitas ese lindo vestido y te pones el de color castaño. Después nos vamos a la estación para no perder el tren. Y en poquísimos tiempo estarás en el circo, ¡Dios mío, qué niña con tanta suerte!

Fenella no dijo nada. Fue a casa con la señora Toms. La señora Toms tenía cinco hijos, todos rudos y escandalosos. Se agruparon en torno de Fenella y le dijeron la mucha suerte que tenía al irse a vivir a un circo.

—¡Ojalá pudiera ir yo! —dijo Sam, el mayor—. Estoy seguro de que me montaría en todos los caballos, y hasta en los elefantes.

—Y yo me haría amiga de los chimpancés y les enseñaría toda clase de cosas —dijo Lucy, una niña alta de cabello rizado y amplia sonrisa—. Me gustaría tener uno como animal favorito. Vas a pasarlo estupendamente, Fenny.

—Nada de eso —dijo Fenella—. Sé que no me va a gustar. Ni lo más mínimo. Me encantaría que se fuese uno de vosotros en mi lugar y yo pudiera quedarme aquí.

—Vamos, pronto te acostumbrarás y te asombrarás entonces de no haber querido ir —dijo la señora Toms un poco rudamente—. Bueno, ¿estás lista? Sam, coge la maleta de Fenny. Eso es. ¿Quién quiere venir a despedirla?

Todos quisieron, aunque Fenella realmente habría preferido ir sola con la amable señora Tom. Sus hijos eran tan rudos y tan ruidosos... A la tímida niña le desagradaba ir andando a la estación rodeada de semejante multitud de niños que gritaban. Pero lo hacían con la mejor intención y sentían que se marchase.

—¡Démonos prisa, está entrando el tren! —exclamó la señora Toms—. Aquí tienes el billete, Fenny. Déjenos pasar al andén, inspector, vamos a despedir a esta niña.

Fenella subió a uno de los coches. La señora Toms le pidió al revisor que la atendiese durante el viaje. Los niños se agruparon alrededor de Fenella, y Lucy le dio un abrazo.

—Escríbenos. Cuéntanos cosas de los elefantes y dinos cómo se llaman.

—No te olvides de contarnos si te gustan los osos que tiene tu tío.

—Hazte amiga de los chimpancés y cuéntanos cómo son.

—¡Adiós, Fenny! ¡Mucha suerte! ¡Adiós!

—¡Adiós! ¡Ya te vas!

Lentamente, el tren salió humeando de la estación. Fenella movió el brazo hasta que perdió de vista a la familia Toms. Luego se acomodó en su asiento, sintiéndose triste y abandonada. Se había separado de sus únicos amigos. Tía

Janet estaba en camino hacia el Canadá. Y ella, Fenella, iba en busca de un tío y una tía, a los que apenas conocía y que seguramente no querían tenerla consigo, a un sitio lleno de animales rugientes, gruñones, ladrones.

En el compartimiento había dos señoras ancianas, pero no se preocuparon lo más mínimo de la niña. Una o dos veces un revisor vino a ver si necesitaba algo. La niña llevaba consigo un paquete de emparedados, y cuando el revisor le dijo que ya era la una de la tarde se los comió. Luego se quedó dormida mientras el tren rodaba sobre los carriles a más de cien kilómetros por hora.

Cuando se despertó, el revisor estaba de nuevo en su compartimiento.

—¡Despiértese, señorita! ¡Ya ha llegado! Estamos en Middleham, donde tiene usted que apearse.

Medio dormida, Fenella agarró su maleta y salió del tren. Se quedó en el andén y vio como el convoy se ponía en marcha. Luego se volvió para salir de la estación. Tía Janet le había dicho lo que tenía que hacer después. Tenía que entregar su billete y preguntar dónde estaba la parada del autobús que subía a Upper Middleham, donde estaba el circo del señor Carl Crack.

—Allí, señorita, en la esquina del patio de la estación —le dijo un mozo—. Dese prisa. Va a salir de un momento a otro.

La niña subió al autobús.

—Quiero ir al circo del señor Carl Crack —le dijo al cobrador.

—Ya te diré dónde tienes que bajarte —le indicó.

El autobús avanzó por el campo y finalmente trepó por una colina y se detuvo luego en la cuesta que había al otro lado.

—¡Va has llegado! —dijo el cobrador—. Ése es el campamento del circo.

Fenella se bajó y se quedó mirando el campamento del circo, latiéndole precipitadamente el corazón. Allí estaba el circo, el sitio donde iba a vivir.

Por todas partes había carromatos de abigarrados colores, de algunas de cuyas chimeneas salía humo, y tiendas de campaña. Alineados en uno de los extremos del campamento se veían furgones de equipaje. Una gran carpa, como una tienda de campaña, grandísima, se alzaba en el centro con una bandera ondeando en la cúspide. En la lona había pintadas tres palabras enormes:

«CIRCO CARL CRACK»

Fenella había llegado. Ahora iba a empezar su nueva vida.



CAPÍTULO II

EL CIRCO CARL CRACK

Fenella dejó la maleta en el suelo y se acercó a una de las entradas. Desde allí pudo ver el campamento del gran circo. ¡Cuántas cosas estaban pasando allí!

Hombres y mujeres caminaban de un lado para otro diligentemente. Los caballos estaban haciendo un galope corto en uno de los extremos del campo. Fenella podía oír como unos hombres les daban gritos.

Luego vio a un enorme elefante que avanzaba balanceándose y moviendo la trompa. A su lado caminaba un hombrecito muy bajo. Fenella se sintió asustada. Decidió que en lo sucesivo se mantendría lo más lejos posible de los elefantes. ¡Qué orejas tan grandes tenían! ¡Y qué ojillos tan graciosos!

A no mucha distancia había una mujer bajita con algo alrededor de los hombros. Al principio, Fenella creyó que se trataba de una piel. Luego, con gran asombro por su parte, vio que eran dos monos diminutos agarrados fuertemente a su propietaria. La niña tuvo un escalofrío. ¿Cómo era posible que alguien pudiese soportar tener monos alrededor del cuello?

Luego, una jauría de perros aulladores salió de pronto de una jaula de viaje y, con gran horror de Fenella, cruzaron el campo como dirigiéndose a ella. Pero cambiaron de dirección al avanzar y se acercaron al enorme elefante. Corrían sin miedo alrededor de las patas del animal, y la enorme criatura ponía gran cuidado al asentar las plantas en el suelo.

Estando allí, un hombre avanzó hacia ella. Fenella lo miró con detenimiento y se dio cuenta entonces de que era su tío. Apenas lo conoció porque tenía un aspecto muy distinto de cuando ella lo había visto por última vez. En aquella ocasión había ido a tomar el té con tía Janet, su hermana, y tenía un aspecto muy elegante, limpio y atildado, con su traje dominguero bien cepillado y un sombrero hongo. Ahora iba vestido con unos viejísimos pantalones de franela y un jersey de vistosas rayas; tenía el cabello largo y se le derramaba sobre el cuello. Sus ojos eran pequeños; la nariz y la boca,

grandes. Fenella no tuvo más remedio que pensar que se parecía un poco a un oso, porque era gordo y torpón. Pero se mostraba muy amable.

—¡Por fin has llegado, Fenella! —dijo él—. Ven a ver a tu tía. Hace más de media hora que te estamos esperando. ¿Has tenido un buen viaje?

Fenella asintió con una inclinación de cabeza. No le gustaba el aspecto que tenía hoy el tío Ursie. ¡Estaba tan sucio, tan gordo y tan torpón...! Él le dirigió una amplia sonrisa y sus ojillos casi desaparecieron. Le tendió la mano.

—Ven conmigo. No seas tímida. ¡Caramba, qué niñita más elegante eres! Como tu tía Lou. Ella nunca tiene el menor desarreglo. Para mi gusto, es incluso demasiado atildada.

El tío Ursie hablaba mucho. Fenella no tenía ganas de decir nada. Su tío la guió por el amplio campamento y le llevó su pesada maleta.

Pasaron junto a un hombre que estaba haciendo las cosas más extraordinarias. Al llegar ellos, de pronto se dobló hacia atrás hasta que la cabeza le salió por entre las piernas. Con la cabeza entre las rodillas, le sonrió a Fenella, que se asustó.

—No te preocupes por nuestro viejo Wriggle —dijo el tío Ursie—. Es uno de nuestros acróbatas. Un magnífico contorsionista. Puede hacer cualquier cosa con ese cuerpo de goma que tiene. El día menos pensado será capaz de hacerlo desaparecer.

Llegaron junto a un bonito coche-vivienda pintado de rojo y con las ruedas azules.

—¡Ya estamos! —dijo el tío Ursie orgullosamente—. ¿Te gusta? ¿Verdad que es bonito? Las ruedas azules son idea de tu tía, y la chimenea azul también. ¡Eh, Lou!, ¿estás ahí?

La tía Lou apareció a la puerta del coche, que estaba en la parte de atrás. Fenella alzó la mirada hasta ella. Vio a una pulcra mujercita vestida con una bata azul marino con lunares rojos y un cinturón rojo. El cabello lo tenía enroscado en un alto rodete, y los ojos y la boca parecía tenerlos levantados también. Le dirigió a Fenella una breve sonrisa.

—¡Ah, ya estás aquí! Te he guardado comida. Entra. Fenella subió los escalones del coche-vivienda. Miró en torno. Dentro había una habitación llena de muebles. A un lado había un ancho diván que Fenella adivinó que por las noches se convertiría en una cama. Al otro lado, plegada para dejar sitio, había una estrecha litera. Ésta sería para Fenella.

—¿Vivís en este coche? —preguntó—. ¿No vivís nunca en una casa?

La tía Lou soltó un resoplido.

—¡En una casa! ¿Por quién nos tomas? ¡No viviría en una casa aunque me diesen cien libras! ¿Cómo podrías vivir con un circo si tuvieses una casa con raíces en el suelo? No, no; lo que se necesita es una casa sobre ruedas para poder ir adonde quieras. Bueno, aquí tienes la comida.

Fenella estaba a punto de decir que había tomado algunos bocadillos, pero entonces percibió el buen olor de la comida. Decidió comerla y se sentó. Efectivamente, era una comida muy buena.

—Tu tía es una buena cocinera —dijo el tío Ursie al ver cómo comía Fenella—. Y no encontrarás un coche más limpio que el nuestro. Ni otro que sea más cómodo. Hay que confesar que tu tía Lou es muy trabajadora y es un portento con la aguja.

—Deja ya de hablar —dijo tía Lou—. Vete a trabajar en algo, Ursie. Deja a Fenella conmigo.

El tío Ursie bajó los escalones y todo el coche-vivienda se bamboleó mientras él descendía.

—Grandote y torpe como un oso —dijo tía Lou con voz afilada—. Tú come ahora esto, que tengo para ti también melocotones en almíbar.

—Es usted muy buena, tía Lou —dijo Fenella tímidamente.

Le tenía un poco de miedo a aquella tía suya de rostro tirante.

—Pero también espero algo a cambio —dijo tía Lou—. Creo que eres lista con la aguja, ¿verdad? Bueno, me ayudarás en la costura. Tengo trabajo de sobra.

—¿Qué costura? —preguntó Fenella.

—Coso los trajes para toda la gente del circo —dijo tía Lou—. Siempre hay muchos vestidos que hacer y no puedes imaginarte lo descuidada que es esta gente con sus cosas. Siempre hay que estar echando remiendos y más remiendos. ¡Mira eso!

Fenella miró el rincón al que señalaba su tía. Había allí montones de faldas y chaquetas, de medias y jerseys. Fenella se inclinó y recogió una chaquetilla pequeñísima. Se quedó mirándola con curiosidad.

—¿De quién es esto? —preguntó—. Parece como si sólo pudiera estarle bien a una muñeca. Yo tengo una muñeca que se llama «Botón de Rosa». A ella le sentaría muy bien.

—¡Ah, es de uno de los monos de la señora Connie! —dijo tía Lou con voz tan irritada, que Fenella alzó sorprendida la mirada—. No sé por qué me he puesto a coser para los monos, esas sucias bestezuelas. Pero como la señora Connie dice que no sabe ni siquiera enhebrar una aguja, la muy inútil,

el señor Crack me ha encargado también de los vestidos para los monos. ¡Es el colmo!

Fenella no tuvo más remedio que pensar que sería delicioso hacer chaquetitas y vestiditos para los monos, aunque sabía que le daría muchísimo miedo probárselos. Siguió con su cena, saboreando los melocotones en almíbar.

—No te apures, tía Lou —dijo—; te ayudaré en la costura. Me encantará. Me gusta coser. Y también sé hacerlo a máquina.

—Nada de máquina —dijo tía Lou—. No somos millonarios. Si has acabado, ve y dile a tu tío que vaya a comprar algunas salchichas o se quedará sin cena para esta noche.

A Fenella no le hacía ni pizca de gracia salir sola por el gran campamento del circo por el que caminaba tanta gente desconocida y donde aparecían animales casi a la vuelta de cada tienda. Pero no se atrevió a decirlo, porque tía Lou no era la persona más a propósito para irle con objeciones.

Así, pues, bajó tímidamente los escalones del coche-vivienda y miró en torno buscando a su tío. Vio que no estaba lejos de allí y corrió a su encuentro por la hierba.

¡Crack! Un ruido seco como el disparo de una pistola le hizo dar un salto, quedándose aturrida. Algo la rozó ligeramente y ella se volvió preguntándose qué sería.

Entonces una voz poderosa la increpó:

—¡Quítate de en medio, niña! ¿Qué haces por aquí? No se permite que pase nadie por esta parte del campo. Te tienes muy merecido el haber probado mi látigo.

Fenella se volvió y vio a un hombre enorme, alto, fornido y de gran cabeza, con un sombrero de copa gris, erguido a corta distancia y con un látigo en la mano. Tenía una gran nariz y unos grandes ojos castaños sombreados por las cejas más espesas e hirsutas que hubiese visto nunca Fenella. Fueron las cejas lo que más la aterrorizaron.

La voz seguía tronando.

—¿Quién eres? No se permite que nadie entre en este campamento a menos que forme parte del circo. ¡Márchate! Ten cuidado con los perros, que podrían morderte. O con los osos, que te podrían devorar. Y no quiero que haya niños vagando por mi campamento.

Fenella estaba tan asustada, que echó a correr todo lo velozmente que pudo. No paró hasta llegar a la valla que separaba el campamento del campo

libre. Trepó por ella y corrió por el sendero hasta llegar a otro campo. Allí se dejó caer bajo un matorral de aulagas, respirando jadeante.

«Debe de haber sido el gran señor Carl Crack en persona —pensó—. ¡Oh Dios mío, no me di cuenta de que estaba allí restallando su látigo! Casi me dio. ¡Qué persona tan terrible es! No me atrevo a vivir en su circo. No me atrevo, no me atrevo. Me escaparé. Me iré a la ciudad más próxima y viviré con una modista y ganaré dinero ayudandola. Nunca, nunca podré vivir en el circo del señor Crack. Parecía como si fuera a comerme».

Estaba cansada y asustadísima. Empezó a llorar suavemente. Luego oyó un ruido raro y se puso en pie. Procedía de la otra parte del espeso matorral de aulagas.

Era el sonido de pájaros que cantaban y silbaban. Un sonido incesante. Los pájaros volaban de un árbol a otro más allá del matorral. El silbido se cambiaba luego en un curioso piar e inmediatamente una docena de gorriones próximos respondían con sus piídos.

Fenella se secó los ojos. Sin hacer ruido, se trasladó al otro lado del matorral y atisbó. Vio algo curiosísimo.

Sobre la hierba estaba sentado muy derecho un niño de unos doce años. Era él quien silbaba como los pájaros. Alrededor, unos en las ramas, otros en el suelo, había toda clase de pájaros silvestres, fascinados por sus llamadas.

Pero el más extraordinario de todos era un gran pájaro acurrucado junto a él. Era un enorme ganso blanco. Fenella apenas podía creer en lo que veían sus ojos. De pronto el ganso la vio y cacareó ruidosamente. Todos los pájaros emprendieron el vuelo. El niño se volvió y la miró.

—¡Hola! —dijo—. ¿Quién eres? Yo soy Willie Winkie el Silbador, y éste es mi ganso favorito, «Chácharo». Ven a hablar conmigo. ¿Por qué has estado llorando? Ven aquí y cuéntamelo todo, ojos verdes. Pronto te arreglaremos todos tus apuros.

CAPÍTULO III

EL NIÑO Y EL GANSO

Fenella se quedó mirando al niño sin decir palabra. El desconocido tenía el pelo rubio, muy claro, tan claro que parecía blanco. Tenía la cara completamente cubierta de pecas y cuando sonreía se le formaba un hoyuelo en cada mejilla. Ahora estaba sonriendo.

—Vamos, tonta —dijo, y le alargó una mano—. No estarás asustada del viejo «Chácharo», ¿verdad? Es muy bueno. Dale la mano, «Chácharo».

Con gran sorpresa de Fenella, el gran ganso se levantó y balanceándose torpemente sobre una pata alargó la otra a Fenella. Era un pie ancho, con los dedos unidos por una membrana, y la niña no sentía ganas de tocarlo.

—Vamos, decídate —dijo el niño—. No seas descortés. «Chácharo» se ofenderá terriblemente si no le das la mano. Ya te digo que es el ganso más amable del mundo. ¿No es verdad, «Chácharo»?

—«Chácharo» —dijo el ganso, asintiendo.

Todavía mantenía extendida la pata y Fenella por fin se la agarró y le dio un débil apretón. Era una cosa fría y pegajosa. El ganso se sentó de nuevo y puso su largo pico amarillo sobre el hombro del niño.

—Ahora vas a decirme por qué estabas llorando —propuso Willie—. ¿Se ha portado alguien mal contigo?

—Sí —dijo Fenella, echándose de nuevo a llorar—. El señor Carl Crack. Me ha gritado y me ha dicho que me vaya, y estaba tan furioso, que eché a correr. No volveré nunca.

—¡Caramba! ¿No serás la sobrina de Ursie? —dijo Willie, sentándose más derecho—. Sabía que estabas a punto de llegar, pero me imaginé que eras mucho mayor. ¿Cuántos años tienes?

—Diez —dijo Fenella—. Vivía con mi tía Janet, pero se ha casado y se ha ido al Canadá. No tengo padre ni madre. Murieron cuando yo era muy pequeña. Por eso he venido a vivir con el tío Ursie y la tía Lou. Y no me son simpáticos. No me gusta nada lo que he visto en el circo y además me dan mucho miedo los animales. Voy a escaparme.

—No, no vas a escaparte —dijo Willie, y le pasó un brazo alrededor de la cintura—. Sécate los ojos, tonta. Dentro de poco te encantará vivir con nosotros. Imagínate lo que significa vivir una vida corriente, en una casa cualquiera, cuando puedes vivir en un circo, con animales que te rodean por todas partes y teniendo una casa sobre ruedas que pueden llevarte adonde quieras.

—No me gusta —dijo Fenella—. Preferiría escaparme.

—Pero te volverían a traer —dijo Willie—. Es lo que te pasaría. Y entonces todo el mundo se enfadaría mucho contigo, lo que sería una lástima. Te digo que hay mucha gente agradable en el circo del señor Crack. Yo soy uno, y mi madre, otra. No tengo padre, así es que yo cuido de mi madre y ella cuida de mí. Y «Chácharo» cuida de nosotros dos. ¿No es verdad, «Chácharo»?

—«Chácharo» —dijo el ganso produciendo un pequeño ruido silbante cerca de la oreja de Willie.

—No hagas eso —dijo Willie—. Me haces cosquillas. Apártate un poco, «Chácharo». Te apoyas demasiado en mí.

«Chácharo» se apartó. Fenella lo miró sorprendida.

—¿Entiende todo lo que le dices? —preguntó.

—Todo —dijo Willie con una sonrisa—, lo tengo desde que era un anarino, es decir, una cría de ganso, por si no lo sabes, y me lo encontré medio muerto en un sendero. Dios sabe cómo llegó allí el pobre animal. Se lo llevé a mamá y lo calentamos y le dimos de comer, y aquí está ahora, sencillamente enorme, el ganso más listo del mundo. Lo saco a la pista cuando damos una función.

—¿De verdad? —preguntó Fenella abriendo grandes ojos maravillados—. Pero, ¿qué es lo que sabe hacer?

—¡Oh, es una maravilla! —dijo Willie—. Se pone un chal rojo y un gracioso gorrito y lleva una cesta de la compra debajo del ala. Y yo soy el tendero, y él me compra lo que quiere. Te digo que hacemos que el circo se venga abajo entre «Chácharo» y yo.

—Me gustaría verte trabajar en el circo con «Chácharo» —dijo Fenella.

—Bueno, entonces será mejor que no te vayas, pues no podrías vemos —dijo Willie—. Te quedas con nosotros y pronto nos conocerás a todos y nos tomarás simpatía.

—Pero es que me da muchísimo miedo el señor Crack —dijo Fenella, recordando la voz enorme de aquel hombre.

—Pues no necesitas tenerle miedo —dijo Willie—. En realidad es un hombre amabilísimo, pero que se enfada pronto y quizá no te vio y temió haberte golpeado con el látigo, y por eso te gritó para que te quitases de en medio. Si hubiese sabido que eras la sobrina de Ursie y que habías venido a vivir en el circo, se habría mostrado más amable. Pero es que hay muchos niños de la ciudad que están siempre correteando por el campamento, asustando a los monos y abriendo algunas veces las puertas de las jaulas. Eso lo pone furioso.

—¡Oh! —exclamó Fenella, luego se acordó de algo—. Willie, ¿qué estabas haciendo cuando te oí silbar? Vi que tenías un montón de pájaros alrededor.

—Bueno, ya te dije que soy Willie Winkie el Silbador, ¿no? —dijo el niño—. ¿Quieres ver lo que sé hacer? Está bien, mira.

Fenella se sentó en completo silencio. «Chácharo» retiró la cabeza del hombro del niño y la metió debajo del ala. También él se quedó callado. Entonces Willie empezó a silbar como un mirlo.

«Fui, fuu, fii, dii, ii, fuii, dui», silbaba, sonando como una flauta.

Fenella lo miraba asombrada. ¿Cómo podía cantar como un pájaro? Nadie notaría que no era un pájaro el que estaba cantando. Un mirlo que estaba cerca contestó al niño silbador y se aproximó volando. Willie volvió a silbar, y el pájaro se acercó aún más. Luego el niño cambió de canción e imitó el alegre repiqueteo del pinzón. Uno le contestó y pronto se acercaron dos o tres.

Willie silbó luego como un herrerillo.

«¡Pi, ti, pi, ter, pi, ter, pi!», silbaba. Y tres herrerillos contestaron y acudieron volando.

Pronto hubo un corro de pájaros alrededor del niño, quien, excepto la boca, no se movía en absoluto. Fenella se mantenía tan quieta como un ratón, fascinada. El ganso no agitaba una sola pluma.

Acudieron los petirrojos cuando Willie imitó su rica y melodiosa cancioncita. Vinieron tordos y también una nevatilla, pronunciando su musical «chi, sslk, chi, sslk», en respuesta a Willie. Fenella no había visto nunca en la vida pájaros que estuviesen tan cerca. Uno de ellos, efectivamente, llegó a posarse en el pie de Willie. Luego un petirrojo voló hasta lo alto de su cabeza y gorjeó ruidosamente.

«Chácharo» desenroscó su largo cuello y lanzó un silbido. El petirrojo, alarmado, levantó el vuelo. Lo mismo hicieron los demás pájaros.

—¡Oh, «Chácharo», no debe importarte que un petirrojo se me suba en la cabeza! —dijo Willie, riéndose. Acarició las suaves plumas del ganso, que

silbó suavemente y le picoteó con cariño la mano—. Se pone celoso cuando algún pájaro se acerca demasiado —explicó Willie—. Bueno, ¿qué te ha parecido?

Fenella miró a Willie con ojos brillantes.

—Creo que eres maravilloso —dijo—. ¡Oh Willie!, ¿cómo lo haces?

—Es un pequeño secreto mío —dijo Willie, y se echó a reír—. ¿Te gustaría verlo?

—¡Oh, sí! —dijo Fenella.

Willie se metió la mano en la boca y sacó lo que parecía ser el hueso de una cereza con un agujerito.

—Éste es mi secreto —dijo él.

—Pero ¿qué hace eso? —preguntó Fenella, desconcertada.

—Lo sujeto entre los dientes —dijo Willie—. Y me sirve para hacer todos esos silbidos. También mi padre acostumbraba imitar a los pájaros. Tenía un montón de estos huesos y cosas parecidas. Los encontré y estuve haciendo prácticas. Es una cosa que va con nuestra familia. También mi tío abuelo fue un famoso silbador de pájaros.

Fenella no podía comprender cómo un huesecillo de cereza con un agujero podía ayudar a Willie a producir todos aquellos cantos de pájaros. El chico volvió a meterse el hueso en la boca y lanzó unos cuantos trinos. Era maravilloso.

«Chácharo» se puso en pie y empezó a picotear la hierba ávidamente. Esto hizo que Fenella se acordase de pronto de algo.

—¡Oh Dios mío! ¡Me acabo de acordar ahora! La tía Lou me encargó que le dijese al tío Ursie que comprara algunas salchichas para su cena de esta noche... y se me olvidó.

—Bueno, nosotros las compraremos —dijo Willie—. Ven conmigo. Eso pondrá a tu tía de buen humor. Bueno, «Chácharo», ¿vienes?

«Chácharo» fue con ellos. Fenella tenía miedo de que los perros pudieran morder al animal, pero «Chácharo» no le temía a ningún perro del mundo. Un picotazo de aquel gran pico, y el perro más grande escaparía aullando a toda velocidad.

Los tres, entre las miradas de la gente, llegaron a la pequeña ciudad de Upper Middleham. Willie compró algunas salchichas. Compró también una barrita de chocolate para Fenella. Ella estaba muy contenta.

—Eres muy amable —dijo—. Creo que, al fin y al cabo, no me voy a escapar. Las cosas no podrán ser muy malas estando tú aquí. Me gustará hacerme amiga tuya y de «Chácharo».

—«Chácharo» —dijo el ganso, y se apretó contra la niña.

—¡Ya lo ves! —dijo Willie—. Está diciendo que también él será amigo tuyo. Vamos a divertirnos, Fenny. Daremos una vuelta por el circo y te presentaré a todo el mundo. No tienes por qué sentir miedo estando yo aquí. Incluso los elefantes comen en mi mano.

Fenella pensó que Willie Winkie era el chico más maravilloso que ella hubiese conocido nunca. ¡Qué ojos tan chispeantes tenía! ¡Cuántísimas pecas y qué hoyuelos tan graciosos! Ella nunca había visto a un chico que tuviese hoyuelos, pero a Willie le sentaban muy bien. A ella le habría gustado tener también hoyuelos que apareciesen y desapareciesen cuando sonriera, como le pasaba a Willie. Pero no los tenía.

Volvieron al circo. Fenella se sentía nerviosa cuando cruzaron la puerta. ¿Y si se encontraba de nuevo con el señor Crack con su enorme látigo? ¿Tendría que salir huyendo otra vez!

Y se encontraron con él. Venía balanceándose y mascullando ruidosamente mientras conducía de la rienda a un hermosísimo caballo negro.

—¡Hola, Willie Winkie! —exclamó—. ¿Cómo está el viejo «Chácharo»? ¿Y quién es esta señorita de cabellos rojos y ojos verdes?

Fenella se echó a temblar. Seguramente él sabía que era la niña a la que le había gritado no hacía mucho tiempo.

—Ésta es Fenella, la sobrina de Ursie, que ha venido a vivir en el circo —dijo Willie—. Ya sabe usted que va a ayudar a Lou en lo de la costura.

—¡Ah, conque tú eres Fenella! —dijo el señor Crack, metiéndose la mano en el bolsillo. Sacó una bolsa de pegajosos caramelos—. Aquí tienes, niña. Caramelos para ti, y no le des ninguno a ese ganso glotón. Y tenlo en cuenta: si alguien te asusta o te grita, vienes y me lo dices a mí, el señor Carl Crack, y ondearé mi látigo contra ellos y les daré un susto de muerte. ¡Ja, ja, ja! ¡Eso es lo que haré!

Se alzaba su figura sobre Fenella, convirtiendo su rostro en una sonrisa amable. La niña no tuvo más remedio que devolverle la sonrisa mientras le aceptaba los caramelos. No se parecía lo más mínimo al hombre que le había gritado pocas horas antes.

Willie la agarró de la mano:

—¿Qué te dije? No necesitas tenerle miedo al señor Crack, a menos que hayas hecho algo malo. Pero me doy cuenta de que eres una niña buena. Ven conmigo para conocer a mi madre. Vamos a pasarlo muy bien tú, «Chácharo» y yo.

CAPÍTULO IV

GENTE DE CIRCO

Willie llevó a Fenella a su carromato para que conociera a su madre.

—Ésta es mi mamá —dijo él.

Fenella se quedó mirando a la madre del niño. Era muy delgada, con desordenados cabellos castaños que tenían muchos mechones grises, y también en el vestido aparecía desordenada. A su blusa le faltaba un botón, y a la falda le faltaba un broche. Ambos estaban sustituidos con imperdibles. Pero tenía hoyuelos como los de Willie y una sonrisa tan encantadora, que Fenella le tomó simpatía inmediatamente.

—Bueno, así es que tú eres Fenella —dijo, y le dio un beso a la niña. Fenella no estaba acostumbrada a que la besaran y aquello le infundió calor en el corazón—. He oído hablar de ti a tu tía Lou. Tú has venido a ayudarla, ¿verdad? Con ella estarás muy bien.

—¿Hay algo que comer, mamá? —preguntó Willie—. Me parece que Fenella debe de tener hambre.

—Hay algunos pastelillos en el aparador y un poco de mermelada de fresa en no sé qué parte —dijo la madre de Willie.

—¿Cómo se llama tu madre? —susurró Fenella.

—Aggie —dijo Willie, dándole a Fenella un pastelillo.

—No puedo llamarla Aggie a secas —dijo Fenella, escandalizada.

—Pues todo el mundo lo hace —dijo Willie—. Puedes llamarla tía Aggie, si eres tan mirada.

Así es que Fenella la llamó tía Aggie, y ésta pareció sentirse muy complacida.

—Estás muy bien educada —le dijo a Fenella—. Y llevas unos vestidos muy limpios y muy bonitos. Eres muy lista con la aguja, ¿verdad? También a mí me gustaría serio. Pero no lo soy. Ni siquiera sé coserme un botón. Y en cuanto a Willie, si necesita algún remiendo, él mismo se lo hace.

—Yo se lo haré siempre que le haga falta —dijo Fenella con entusiasmo—. Me gustaría mucho. Y le coseré también a usted un botón en la blusa, tía

Aggie, y un broche en la falda.

—No hay necesidad de decirme que llevo imperdibles donde debería llevar botones —dijo tía Aggie, mostrándose repentinamente ofendida.

Fenella se puso colorada. Pero Willie le dio un codazo y sonrió.

—No te preocupes, no pasa nada. Mamá nunca se enfada por mucho tiempo.

El niño tenía razón. Antes de que hubiesen pasado dos minutos, la madre de Willie estaba parlotando sobre el circo y de cómo iba a abrirse la noche siguiente y la buena función que esperaban dar.

—Y mi Willie es siempre quien recibe más aplausos, él y su viejo ganso —dijo ella.

—No siempre, mamá —dijo Willie, pero su madre insistió en que sí.

Los dos niños acabaron sus pastelillos y la mermelada, y luego, con «Chácharo» contoneándose junto a ambos, Willie llevó a Fenella por el campamento para enseñarle todo.

Fue un paseo asombroso para la niña. Se preguntaba si estaría soñando al ver tantas cosas raras.

Había por lo pronto los tres elefantes, «Dolly», «Dick» y «Domo», al cuidado de un hombrecito no mucho más alto que la misma Fenella.

—Éste es el señor Diminuto —dijo Willie, y el hombrecito saludó seriamente a Fenella.

Iba vestido todo de blanco, con blancas botas y blanco sombrero.

—Estoy probándome las cosas para mañana por la noche —le explicó a Fenella—. Tu tía me ha hecho algunas cosas nuevas. ¿Te gustan? —Dio una vuelta para que Fenella lo viese bien—. Son bonitas, ¿verdad? —preguntó.

—Está usted muy elegante —dijo Fenella, y el hombrecito resplandeció. Junto a sus enormes elefantes parecía más diminuto que nunca. Fenella procuraba mantenerse bien alejada de las tremendas criaturas.

—No debes tenerles miedo —dijo el señor Diminuto—. No te harán daño. Son tan inofensivos como yo.

Se acercó a «Dolly», el elefante más pequeño, y le dijo:

—¡Hup! ¡Hup!

«Dolly» bajó su trompa, la enroscó suavemente alrededor de la cintura del hombrecito y colocó a éste encima de su enorme cabeza. Fenella se quedó sorprendida.

—¡Hup! —dijo Willie también—. ¡Hup! —Y «Dick», el elefante siguiente, hizo exactamente igual, enroscando su trompa alrededor de la cintura de Willie y alzando al niño hasta lo alto de su cabeza.

—Ahora dile tú ¡hup!, a «Domo» —la invitó el señor Diminuto—, y él te subirá también.

Pero Fenella retrocedió rápidamente. ¡Cómo! ¡Ser agarrada por la trompa de un elefante y sentarse en la cabeza del animal! No podía imaginarse nada que le diese más miedo. El señor Diminuto y Willie se echaron a reír al ver su cara de horror. Willie se deslizó hábilmente hasta el suelo.

—¡Ven! Vamos a ver al señor Hola. Este año está enseñando a sus chimpancés a jugar al criquet. Es muy divertido verlos.

—Me da miedo ir cerca de los chimpancés —dijo Fenella, retrocediendo.

—¡No seas tonta! Te gustarán mucho —dijo Willie—. ¿Ves ese que nos está sonriendo? Se llama «Sonrisa» y es el chimpancé más cómico y revoltoso que hayas visto nunca. Está también el otro de aspecto ofendido y solemne. Siempre está así. Lo llaman «Seriote». Eso es, «Sonrisa» y «Seriote». Ten cuidado con «Sonrisa». Te quitará los caramelos del bolsillo en cuanto te descuides.

«Sonrisa» era como su nombre, una ancha sonrisa. Mostraba unos dientes muy blancos, y Fenella no tuvo más remedio que sentirse asustada. Pero él avanzó una garra suave y peluda y le rozó el brazo suavemente, lanzando al hacerlo un ruidito divertido y cariñoso.

—Te ha tomado simpatía —dijo Willie—. No le hace eso a todo el mundo, te lo aseguro. Aquí está su domador, el señor Hola. ¿Qué tal van sus lecciones de criquet a los chimpancés, señor Hola?

El señor Hola era un hombre de aspecto regocijante, con brazos largos y poderosos como sus chimpancés. Éstos gritaban. Nada les gustaba tanto como poner sus peludos brazos alrededor del cuello del domador y abrazarlo. Los dos chimpancés estaban vestidos cuidadosamente. «Sonrisa» llevaba unos pantaloncitos rojos y un jersey amarillo. «Seriote», unos pantaloncitos amarillos y un jersey rojo.

—Tienen también gorras —dijo el señor Hola a Fenella—. Pero ayer las trataron mal y por eso se las he quitado hoy como castigo.

—¿Qué hicieron? —preguntó Fenella con curiosidad.

—Llevaban las gorras puestas —dijo el señor Hola—, y «Sonrisa» trepó a lo alto del coche-vivienda de tu tía y puso la gorra roja encima de la chimenea, y «Seriote» la puso encima de la chimenea de Aggie. Así es que las dos estufas se pusieron a echar humo, y las mujeres se enfadaron. Por eso hoy no dejo que los chimpancés lleven gorras para que no puedan hacer eso de nuevo. Son muy aficionados a las travesuras.

«Sonrisa» se había colocado junto a Fenella. En cierto modo, ella no podía menos que irle tomando simpatía. El chimpancé le parecía muy cómico con sus pantalones cortos y su jersey, y además el animal le acariciaba el brazo como si pensase que ella era la niña más bonita del mundo. De pronto dio un bote a toda velocidad, con «Seriote» detrás de él. Saltó al vagón del señor Hola, situado en las proximidades, y empezó a mirar algo que llevaba consigo.

—¡Son mis caramelos! —exclamó Fenella, indignada—. Me los ha sacado del bolsillo. Y todo el tiempo estaba acariciándome el brazo y fingiendo que era muy amigo.

—Bueno, no volverás a ver tus caramelos —dijo el señor Hola—. Ya no bajarán hasta que se los hayan comido todos. Son unos bandidos. Peor que una docena de chiquillos.

El señor Hola entró en su coche-vivienda y salió con una naranja.

—Aquí tienes —dijo—. En lugar de tus caramelos. Y no te enfades demasiado con «Sonrisa» y «Seriote». Ven de vez en cuando y hazte amiga de ellos. Les gustan los niños.

Una bandada de perros avanzó de pronto hacia Willie. Fenella se encogió detrás de él, pero los perros ni la miraron siquiera.

—Aquí están todos los perros sabios —dijo Willie a Fenella—. Yo ayudo a educarlos. Éste es «Trick». Ésta es «Fanny». Éste es «Corcker». Éste es «Bouncer». ¡Bájate de una vez, «Buster»! ¡Estáte quieto ahora! ¡Y déjame en paz los cordones de los zapatos, «Scamp»! ¿No son lindos, Fenella?

Se mostraban todos tan vivarachos y llenos de alegría, que Fenella no tuvo más remedio que mirarlos complacida. Casi todos eran «terriers», pero había dos perros de aguas y un mestizo.

—Es el más listo del lote —dijo Willie, dándole a este último unas palmaditas—. ¡Hup, «Pickies», hup!

Y «Pickies» se enderezó inmediatamente sobre las patas traseras y luego se puso a dar volteretas por el aire con una ligereza extraordinaria. Fenella se quedó mirándolo asombrada. Pero como Willie empezó a acariciarlo entusiasmado, los demás perros se mostraron celosos y acudieron a frotarse contra Willie, buscando también alguna caricia.

—¡Cómo te quieren! —dijo Fenella, y empezó a pensar lo bonito que sería tener un cariño así de los animales como el que tenía Willie. Alargó la mano hacia uno de los perros de agua, sintiéndose muy valerosa, creyendo que él vendría y la olería o que quizá la lamería.

Pero el perro de aguas, muy gravemente, levantó una pata como para estrechar la mano. Fenella se echó a reír.

—¡Oh, qué listos son! ¿Quién los enseña? ¿Les gusta dejarse enseñar?

—Sólo enseñamos a los que son listos —dijo Willie—, y desde luego les gusta, lo mismo que a los niños listos les gusta recibir lecciones. Nunca les pegamos; sólo los recompensamos cuando lo han hecho bien. Bueno, vamos ahora a ver los monos de la señora Connie.

Despidió a los perros y caminó con Fenella al otro lado del campamento, donde había dos carromatos, pintados de un verde brillante, con ruedas amarillas. A lo largo de cada uno de los coches podía leerse el letrero «SRA. CONNIE Y SUS MARAVILLOSOS MONOS».

Fuera de uno de los coches estaban tomando el té. Siete monos estaban sentados a una mesa, cada uno en una sillita. Cada mono o cada mona tenía un plátano en la mano y miraba a una diminuta y arrugada mujer, con aspecto de mono, que estaba sentada a la cabecera de la mesa. En ese momento les estaba hablando:

—Y tú, «Millie», y tú, «Minnie», y tú, «Melle», recordad las buenas maneras. Pelad vuestro plátano limpiamente, así. Eso está bien. ¡Llega sólo hasta la mitad, «Jimmy»! ¡Le has quitado toda la piel! ¡Sucio, más que sucio!

«Jimmy» tenía el aspecto de un niño malo sorprendido mientras hace una travesura. Se sobresaltó y trató de volver a colocarle la piel a su plátano. Los demás habían pelado a medias los suyos y estaban aguardando pacientemente a que la señora Connie les dejase morder un pedazo del extremo. Fenella vio que cada mono tenía un gracioso vasito con su nombre pintado. ¡Qué lindo!

La señora Connie divisó de pronto a los visitantes.

—¡Hola, Willie! ¿Quién es esta niña? ¡Una amiga tuya?

—Es Fenella, que viene a vivir con su tía Lou —le dijo Willie.

Una sombra pasó por el rostro de la señora Connie.

—¡Esa Lou! ¡Qué mujer tan egoísta y tan mezquina! ¡El escándalo que arma cada vez que tiene que coser algo para mis monos! Bueno, niña, espero que no seas como tu tía, eso es todo. Si lo eres, nada tendremos que hacer tú y yo. ¡Nada! ¡«Jimmy»! ¡Compórtate bien! Has tirado la piel al suelo. ¡Recógela inmediatamente!

«Jimmy» la recogió. Luego, cuando el mono de al lado estaba distraído, dio un mordisco en el plátano de éste. El mono protestó ruidosamente, llamando la atención de la señora Connie.

Fenella se reía a más no poder. La señora Connie parecía complacida.

—Son cómicos, ¿verdad? —dijo—. Buenos como el oro, realmente.

Fenella pensó que tenían un aspecto muy gracioso. Algunos iban vestidos con falditas; otros, con diminutos pantalones cortos. Willie le tiró de la mano.

—Vamos. Hay muchas cosas más que ver. Dejemos a la señora Connie con su merienda. Bueno, ¿te gusta esto?

—¡Oh, me encanta! —dijo Fenella con cara resplandeciente—. Me encanta, Willie. Me alegro mucho de no haberme escapado.



CAPÍTULO V

LOS OSOS DEL TÍO URSIE

Justamente cuando Fenella y Willie estaban separándose de la señora Connie y de su bandada de monos, el tío Ursie los vio y se acercó.

—¿Qué hay, Fenella? ¿Te estás haciendo amiga de todo el mundo? ¿Qué tal, «Chácharo»?

—«Chácharo» —dijo el ganso, y hundió su pico cariñosamente en la bota del tío Ursie.

—¡Eh, no hagas eso! —dijo el tío Ursie, y empujó al ganso. Éste silbó y le dio un picotazo en la pierna.

—Es demasiado cariñoso este ganso tuyo —dijo el tío Ursie frotándose la pierna—. ¿Has visto ya mis osos, Fenny? ¡Cómo!, ¿no los has visto todavía? Ven entonces. Son los animales más hermosos de todo el circo.

Los condujo a un gran vagón del que habían quitado una de las paredes. En su lugar habían puesto barrotes y en uno de los extremos había una puerta. El tío Ursie la abrió y entró.

Un gran oso castaño se puso en pie al entrar él. Fenella había visto ya tantos animales, que realmente casi no sentía miedo.

—Ven y hazte amigo de Fenny —dijo Ursie al gran oso.

—Se llama «Torpón» —dijo Willie—. No te hará ningún daño. Tu tío lo tiene desde que era un cachorrillo. ¡Hola, «Torpón»!

«Torpón» soltó un gruñido. Fenella no estaba segura de lo que debía hacer. Así, pues, alargó la mano. Pero el oso le pasó los brazos alrededor de ella y la abrazó. La niña se quedó jadeando.

—¿No has oído hablar de un abrazo de oso? —preguntó tío Ursie con una sonrisa que le cogía toda la cara—. ¡«Torpón», ponte de cabeza!

«Torpón» se encogió sobre sí mismo y luego, para asombro de Fenella, se sostuvo sobre la cabeza. Dio luego tres lentas volteretas y acabó sentado junto al tío Ursie. Inmediatamente pasó los brazos alrededor de las rodillas del tío Ursie y se las abrazó.

—¡Estáte quieto! —dijo el tío Ursie—. Vas a romperme las rótulas. Bueno, ¿dónde está «Bobo»?

«Bobo» estaba dormido en la paja en la parte trasera de la jaula. Se despertó y bostezó. Fenella se quedó mirándolo, y el corazón se le fue por completo hacia el gordo oseño castaño. No era más que un cachorrillo.

Se olvidó de que alguna vez había tenido miedo de los animales. Extendió los brazos hacia el delicioso osito. Tío Ursie lo agarró y se lo dio. El animal se acurrucó entre los brazos de la niña y se quedó dormido mirándola con sus graciosos ojillos castaños. Bostezó de nuevo.

—¡Oh, eres un encanto! —dijo Fenella—. Tío Ursie, quiero jugar con él todos los días. Es tan cariñoso y tan blandito... Me gustaría llevármelo a la cama por las noches.

—¡Ja, ja! Y yo me pregunto qué diría tu tía al oír eso —dijo tío Ursie—. Un oso en tu cama, ¡ahí es nada! ¿Estás oyendo esto, «Bobo»? Esta niña quiere que seas su animal favorito y quiere llevarte a su cama.

—¡Uf! —dijo «Bobo», y se frotó la chata nariz con una de sus garras. Fenella lo quería de verdad. ¡Era un cachorrillo tan gracioso!

—¿También él sale a la pista y hace algo? —preguntó la niña a tío Ursie.

—Desde luego, sale a la pista, pero todavía no hace nada. Es demasiado joven —dijo su tío—. Pero mira lo que hace «Torpón» y lo que él hará más adelante. Es una criaturilla cómica. Tal vez llegue a ser una especie de oso payaso. Has de saber que algunos osos resultan cómicos de por sí. Willie, saca ese ganso tuyo de la jaula. Un zarpazo de «Torpón» sería el fin de su vida.

—¡Oh, «Chácharo» sabe defenderse! —dijo Willie—. Tuvimos aquí una vez un tigre, y «Chácharo» le dio un picotazo porque el otro movió la cola y lo rozó sin querer.

Estaba ya oscureciendo y tío Ursie salió de la jaula con los demás. Fenella tuvo que soltar al osito. Éste gruñó débilmente, como si no quisiera que ella lo dejase.

Tío Ursie cerró la jaula.

—Vamos —dijo a Fenella—. Es hora de cenar. Luego, a la cama. Debes de estar cansada después de un día tan largo.

—Todavía no ha visto los caballos, ni a Fric y a Frac, los jinetes, ni a Malvina, ni a Groggy, nuestro viejo «clown»; ni a los demás, Ricky y Rocky, y Micko y Tricks —dijo Willie—, y tampoco ha visto a Wriggle.

—Sí, a él sí lo he visto —dijo Fenella—. Se puso la cabeza entre las rodillas y me miró en esa postura. No me hizo gracia.

Willie se echó a reír.

—Tendrás que acostumbrarte al viejo Wriggle. Tiene el cuerpo de goma. Espera hasta que lo veas andar sobre su cabeza.

—¡No es posible! —dijo Fenella—. Estás exagerando. Creo que me gustaría ver a los payasos.

—No son muy distintos de como somos Willie o yo —le dijo su tío—. Quiero decir que no lo son con trajes corrientes. Y tampoco son graciosos fuera de la pista. Excepto el viejo Groggy. Espera hasta mañana por la noche, Fenella, y los verás en la pista vestidos con sus ropas de payaso. Entonces es cuando parecen verdaderamente payasos y cuando actúan como tales, además. Te desternillarás de risa. Ahora, vamos, o tu tía empezará a llamarnos a gritos. Y tú vete también, Willie y llévate ese ganso. Nada más verlo, Lou se pone furiosa desde aquella vez que se coló en el coche y devoró toda la ensalada que tenía lista para la cena.

—«Chácharo» —dijo el ganso, y se alejó como si estuviese ofendido.

—Buenas noches, Fenella —dijo Willie—. Te veré mañana, y no te escapes por la noche o me enfadaré mucho.

Fenella se echó a reír. No, ya no iba a escaparse. Empezaba a sentirse excitada con el pensamiento de dormir en un coche-vivienda. No lo había hecho nunca. Sería divertido.

Subió los escalones para entrar en el coche brillantemente iluminado, seguida por el tío Ursie, quien resoplaba ruidosamente.

—¡Caramba, salchichas! ¡Y con el hambre que tengo! ¡Y cebollas y tomates! Estamos de suerte.

En casa de tía Janet, Fenella nunca había cenado más que un pedazo de pan con mantequilla. Pero en el circo las cosas eran distintas. A la gente del circo le gustaban las comidas buenas y en cantidad. Siempre había una olla que olía deliciosamente en la parte de atrás de algún coche, o el olor de salchichas o tocino al freírse. En casi todas las comidas había fruta en conserva: melocotón o albaricoques, peras o piñas.

Cosas así habían sido una excepción dominguera en casa de tía Janet. La gente del circo tenía que depender mucho de comidas en conserva y compraban las latas a docenas. Fenella se estremeció al ver una lata de albaricoques abierta encima del aparador, y, ¡Dios mío!, ¿no era aquello un tarro de nata?

Lo era. La niña comprobó que tenía hambre y se sentó a comer con buen apetito su plato de salchichas, cebollas y tomates. ¿Qué diría tía Janet si la viese tomando una cena así?

Luego sintió mucho sueño, pero su tía hizo que la ayudara a fregar la vajilla. Fenella lanzó una mirada al rincón donde habían estado las alegres ropas que esperaban ser remendadas. Su tía vio su mirada.

—Ya está todo hecho —dijo ella—. Mientras, tú estabas correteando por ahí esta tarde. Ya no habrá más durante algún tiempo. Todo está listo para la función de mañana, pero después habrá que hacer muchísimo otra vez: zurcidos y remiendos, botones que faltan, vestidos nuevos. Entonces tendrás que empezar a trabajar.

—Me alegrará mucho ayudarla, tía Lou —dijo Fenella.

—Bueno, la verdad es que no podemos permitirnos el lujo de tenerte aquí con nosotros a menos que nos ayudes —dijo tía Lou—. Tú sabes que no somos ricos. Todo el mundo tiene que moverse y ayudar en un circo. Somos como una gran familia. Tú sé una niña buena y me alegrará tenerte. Pero si te muestras perezosa, verás la lengua tan afilada que tengo, y eso puede decírtelo el tío Ursie.

El tío Ursie refunfuñó:

—¡Afilada! Esa lengua tuya podría traspasar a un barco de guerra, cuando se pone en movimiento. Y eso que antes siempre solías tener un magnífico humor, Lou. No seas muy dura con la niña. Es toda la familia que nos queda, ahora que se ha ido Janet. Parece una niña muy quieta.

—Sí, quizá tengamos suerte —dijo tía Lou, y su voz no era ya tan dura—. Tendrá también que estudiar un poco, Ursie. Quizá convenga que le digamos a Presto que le dé lecciones en sus ratos libres. No tiene más que diez años.

—Sé leer y escribir y hacer sumas —dijo Fenella—, y sé también mucho de geografía y de historia.

—¿De verdad? —dijo tío Ursie con tono de admiración—. Pues eso es mucho más de lo que sabemos aquí en este circo algunos de nosotros. Hay dos o tres que solamente saben firmar. Sí, le diré a Presto que enseñe a Fenella siempre que pueda. Es un hombre de muy buen corazón y listo como una ardilla.

—¿Quién es Presto? —preguntó Fenella con curiosidad, pues todavía no había oído hablar de él.

—¿Presto? ¡Oh, es el malabarista y el mago! —explicó tío Ursie—. Un tipo maravilloso. Tendrás que tener buen cuidado de hacer siempre lo que él te diga, pues si no, es capaz de recurrir a sus artes mágicas y convertirte en chimpancé.

—No digas tonterías —le reprochó tía Lou—. Fenella no querrá que él le dé clases si le cuentas esas cosas. Quizá si va a dar clases con él se decida a

acompañarla el loco de Willie. Él no ha ido nunca a la escuela y está hecho un marmolillo. Creo que ni siquiera sabe leer bien todavía.

Fenella se quedó asombrada al pensar que Willie podía no saber leer. ¡Qué espanto! Ella sabía leer desde los cinco años. Pensó en Presto. ¡Tenía gracia eso de recibir lecciones de un mago! Realmente sería emocionante. Tal vez consintiera en enseñarle juegos de manos, si se portaba bien. La verdad es que vivir en el campamento de un circo iba a ser muy excitante.

—Y ahora, a acostarte, Fenella —dijo su tía, bajando la camita plegable, tirando de la cortina y extendiendo encima las sábanas—. Antes, ve y lávate la cara y las manos en el arroyo que hay fuera. La luz del coche te indicará donde está.

Fenella se lavó en el frío arroyo. Volvió al carromato, buscó su cepillo del cabello y se peinó concienzudamente. Tía Lou la estaba mirando.

—Tienes un pelo muy bonito —dijo—. Tuve en tiempos una hijita con un pelo como el tuyo. Le brillaba en cuanto terminaba de cepillárselo.

—¿Qué le sucedió a su hijita? —preguntó Fenella—. ¿Murió?

—Sí —dijo tía Lou—. Cayó enferma y no pudimos encontrar a tiempo un médico. Ahora, acuéstate. Sabe Dios cuándo te levantarías si sigues despierta mucho tiempo. ¡Date prisa!

No hizo señal de querer besarla. La niña, muerta de sueño, se acostó en su camita.

—Buenas noches, tía Lou —dijo.

—Buenas noches —respondió tía Lou con su dura voz, y enhebró una aguja para echar un remiendo en un vestido.

Fenella cerró los ojos. Oyó afuera el grito de alguien del circo, el relincho de un caballo y el ladrido de dos o tres de los perros. Luego oyó, no muy lejos, el ruidoso graznido del ganso.

«Seguramente Willie lo lleva a dar una vuelta por el campamento —pensó, medio dormida—. Me gusta “Chácharo”, y me gusta Willie, y la madre de Willie, y, ¡oh, ese delicioso osito, me encanta!». Y entonces se quedó profundamente dormida y soñó con que paseaba a «Bobo» en una sillita de muñecas y que «Chácharo» iba andando junto a ella.

CAPÍTULO VI

LA PRIMERA MAÑANA

Fenella durmió profundamente aquella primera noche en el carromato de su tía. Estaba tan cansada, que no se despertó hasta que su tía y su tío ya estaban desayunándose. La despertó un agradable olor a tocino frito.

Dio una vuelta en su camita y trató de pensar dónde estaba. Alzó la mirada al techo y vio allí colgadas muchísimas cosas, y se asombró. En el techo de tía Janet nunca había nada colgado.

Pero, claro, éste no era el dormitorio de tía Janet. Era el coche-vivienda rojo del tío Ursie. Estaba en el circo del señor Carl Crack. Ahora era uno de los miembros del circo. Fenella sintió que su corazón latía excitado, y se incorporó inmediatamente. ¿De dónde venía aquel olor a tocino frito?, la verdad es que era un olor muy agradable.

No había nadie en el coche. Fenella saltó de su estrecha camita y se asomó a la puerta abierta de la parte trasera. Miró el campamento del circo, que estaba lleno de ruido y de gente afanada. La gente del circo se levantaba temprano y hacía muchas cosas antes de tomar el desayuno. Los caballos, esbeltos y relucientes, ya estaban dando su paseo conducidos por Fric y Frac, los jinetes, y por una muchacha muy linda vestida con pantalones de montar, Malvina.

Fenella estaba allí de pie con su camisón de dormir aspirando el aire soleado y contemplando la animada escena. Su tía, que estaba abajo en el suelo, la vio.

—¡Por fin te has despertado! —dijo—. Baja y toma tu desayuno. Date prisa.

—¿Cómo? ¿Con el camisón de dormir? ¡Oh, no podría! —dijo Fenella, completamente escandalizada.

Desapareció en el interior del coche para vestirse.

—Bueno, si eres tan remilgada, el desayuno se te quedará frío —dijo tía Lou.

—Vamos, vamos —dijo tío Ursie—. La niña ha sido muy bien educada por Janet. Tú debes hacer que conserve su educación y sus buenos modales, Lou. ¿No te habría gustado que nuestra hijita fuese así?

Tía Lou no dijo nada. Puso en un plato un poco de tocino para Fenella y lo tapó con otro para conservarlo caliente. Muy pronto la niña bajó corriendo los escalones. Tío Ursie le pasó alrededor de los hombros su pesado brazo.

—Bueno, es agradable verte tan arreglada y tan contenta. Ahora come ese tocino y luego puedes venir a ayudarme con los osos.

—Primero tiene que venir a ayudarme a barrer y fregar el coche —dijo tía Lou con su afilada voz.

—Desde luego, me gustará mucho —dijo Fenella inmediatamente.

Ya se había dado cuenta de que tenía que hacer lo que dijera tía Lou antes de que hiciera cualquier cosa que sugiriese el tío Ursie. Si no obraba así, estarían siempre discutiendo. ¡Dios mío, tía Lou estaba siempre de tan mal humor! ¡Qué lástima!

Mientras comía, Fenella veía cómo se iba desarrollando en torno la vida del circo. Los perros corrían jugando, y Willie estaba con ellos. Detrás se contoneaba «Chácharo» como de costumbre. Adonde fuera Willie era seguro que el ganso iba también. Los perros no molestaban al gracioso animal. Sabían lo afilado que era su pico.

—¡Hola, Fenny! ¿Has dormido bien? —gritó Willie—. ¡Eh, tú, «Guardián», ven aquí! «Tric», ¿qué estás haciendo? ¡Tira eso, «Grandote», tíralo! ¡Ya has comido lo suficiente para que andes ahora cogiendo porquerías!

Los caballos relinchaban junto al arroyo donde los estaban limpiando. De pronto trompetearon los elefantes «Dolly», «Dick» y «Domo», haciendo un ruido tremendo, lo que motivó que Fenella, asustada, derramase parte de su taza de té.

—¿Es que nunca has oído antes el barrido de un elefante? —preguntó tío Ursie, limpiándole el té del vestido con un gran pañuelo colorado—. Pronto te acostumbrarás. También ellos quieren su desayuno. En un santiamén despacharán una carretada de heno.

—Utilizan sus trompas como si fueran manos —dijo Fenella, olvidándose de comer su pan y su mermelada—. Miren, se ponen la comida en la boca con las trompas. Tío, ¿sus trompas son narices muy largas?

—Eso parece —dijo el tío Ursie—. Debieron de írseles poniendo cada vez más largas porque a los elefantes les gusta arrancar hojas de árboles altos. ¡Ja,

ja! Si mi nariz fuese mucho más grande de lo que es, también yo la utilizaría como mano.

—Ya es bastante grande, ¿no? —dijo Fenella mirando la voluminosa nariz de su tío.

No se mostró ofendido en lo más mínimo. Subió la mano hasta ella y se la palpó.

—Sí, es bastante grande; es una nariz como la del viejo «Torpón», suele decir tu tía. ¿No es verdad, Lou?

—Deja que la niña tome su desayuno —dijo tía Lou—. Bastante retraso tenemos ya.

Fenella acabó rápidamente su pan y su mermelada. El temprano brillo del sol veraniego relucía en el campamento, y en la lejanía los campos estaban dorados de margaritas. Desde alguna parte cercana llegaba el olor dulce y rico de las campanillas. Fenella lo absorbía ávidamente. ¿Cómo podía haber pensado alguna vez que sería espantoso vivir en un circo? ¡Pero si era la cosa más bonita del mundo! Y ahora además ya casi ni les tenía miedo a los animales.

Pensó en «Bobo», el cachorrillo de oso. Se daría prisa y ayudaría a su tía en el barrido y la limpieza, y entonces tal vez tío Ursie la dejaría jugar con el osito. ¡Era tan lindo!

Ayudó a tía Lou con eficacia y con rapidez.

—Tengo que reconocer que tu tía Janet te ha educado bien —dijo tía Lou con una voz más suave que la que había empleado hasta entonces para dirigirse a Fenella—. Me doy cuenta de que serás una buena ayuda aunque sólo tengas diez años.

—Es lo que quiero ser, tía Lou —dijo Fenella—. Usted y el tío Ursie han sido muy buenos al recogerme, porque no tengo a nadie más. ¿Puedo ir ahora a ver a los osos?

—Sí, puedes ir —dijo tía Lou—. Pero recuerda que hoy es un día de mucho trabajo para la gente del circo, porque esta noche damos aquí la primera función, y no debes estorbar a nadie. Sobre todo no estorbes al señor Carl Crack. Siempre está de mal humor el día que se da la primera función.

—¡Oh! —exclamó Fenella, más bien alarmada.

Decidió echar a correr y esconderse si veía en alguna parte al señor Crack. No quería que tuviese que gritarle de nuevo ni que la amenazara con aquel enorme látigo suyo.

La niña caminó hasta donde su tío estaba limpiando la jaula de «Torpón». El gran oso estaba sentado fuera en la hierba, mirando a tío Ursie. Estaba

encadenado a un tocón.

—¿Dónde está «Bobo»? —preguntó Fenella.

—Willie se lo ha llevado a dar un paseo —dijo tío Ursie—. Ahora tráeme aquella paja limpia que hay allí, ¿quieres? ¡No; ésa no, niña; ésa es la paja sucia! No podemos ponerle al viejo «Torpón» una cama sucia. Así está bien.

Fenella miró en torno buscando a Willie. Lo vio al otro extremo del gran campamento, con «Bobo» y «Chácharo». Echó a correr y casi tropezó con «Guardián» y «Grandote», dos de los perros, que estaban echando una carrera por su cuenta.

Un hombrecito con pantalones cortos y jersey estaba hinchando globos enormes fuera de un coche-vivienda. Eran hermosísimos, muy grandes y muy alegres. En cada uno de ellos estaba impreso un nombre. Fenella trató de ver cuál era.

«Sr. Groggy», fue lo que leyó. Sí, eso es lo que estaba escrito en cada globo. «Sr. Groggy». Así, pues, este hombrecito de graciosos pantalones cortos debía de ser el señor Groggy, el payaso principal. No tenía aspecto de payaso en absoluto.

Vio que Fenella lo estaba mirando y él a su vez levantó la mirada y le hizo un guiño. Luego retorció la cara de una manera muy curiosa y produjo un gran ruido como el de un globo que estalla. Fenella lo miró alarmada.

—Eso es lo que harán mis globos esta noche en la pista —dijo Groggy volviendo a poner la cara normal—. Todos irán estallando. ¡Qué lástima, qué lástima!

Se levantó para buscar más globos y volvió a su silla. Se sentó y la silla se dobló debajo de él. Groggy se encontró caído en el suelo. Se levantó y puso la silla derecha.

—No hagas eso más —le dijo a la silla, en tono ofendido—. ¿Te atreves a decir que eres demasiado débil para soportar mi peso?

Se sentó de nuevo y una vez más la silla cedió y Groggy se encontró en el suelo. Fenella soltó una carcajada.

—¡Esta silla! —dijo Groggy, amenazándola con el puño.

La enderezó de nuevo y fingió sentarse repentinamente. La silla permaneció como estaba. Entonces el payaso se sentó otra vez y de nuevo la silla se encogió y el payaso rodó por la hierba.

Fenella reía a más no poder. El señor Wriggle, el acróbata, se acercó sonriendo.

—¡Hola! ¿Te está enseñando el viejo Groggy lo que puede hacer esa silla suya? ¿Te gustaría verme andar cabeza abajo. Fenella?

—No, gracias —dijo Fenella rápidamente mirando el largo y correoso cuerpo del señor Wriggle—. Ya me voy.

—Bueno, toma uno de mis globos antes de marcharte —dijo el señor Groggy, y le alargó uno azul muy grande.

Se sentó en su silla y otra vez ésta lo despidió al suelo. Sin dejar de reírse, Fenella corrió a reunirse con Willie.

—¡Oh, ya he visto que llevas a «Bobo»! —dijo—. Déjame que lo lleve. ¡Por favor! Es como un osito de juguete, tan blando y tan rizado.

—Bueno, que pasee un poco más —dijo Willie—. Disfruta mucho con su paseo matutino. Le gusta ver a todos los demás animales. Siempre dejamos que los animales se traten todo lo posible, para que se conozcan y se acostumbren a sus diferentes olores. A «Bobo» le gusta corretear.

Fenella dio una vuelta alrededor del campamento con Willie, «Bobo», atado con una cuerda, seguía torpemente, contoneando su gordo cuerpecillo con la misma lentitud que «Chácharo». El ganso le tenía simpatía a «Bobo». Le silbaba suavemente a medida que caminaban.

—Está hablándole —dijo Willie—. Diciéndole lo de más acá y lo de más allá, como yo te estoy diciendo a ti.

—Todo el mundo parece estar muy ocupado esta mañana —dijo Fenella, apartándose del camino de dos hombres que avanzaban llevando un gran banco—. ¡Dios mío!, ¿qué van a hacer esos hombres con esos bancos?

—Preparar la función de esta noche —dijo Willie—. Hay que montar la carpa. Hemos de tener dispuesta la pista y colocados los asientos para la gente.

—¿Qué es la carpa? —preguntó Fenella.

—La tienda del circo, naturalmente, donde está la pista —dijo Willie—. Ven y mira. No me digas que no has estado nunca en un circo. ¡Dios mío, qué niña más ignorante eres!

A Fenella nunca la habían llevado a un circo. Miró dentro de la gran carpa. Vio una gran pista roja en el centro que dos hombres estaban limpiando con serrín. Alrededor de la pista, otros hombres estaban colocando docenas de bancos de madera.

—¿Podré ver la función esta noche? —preguntó Fenella, excitada—. ¿Me dejará venir tía Lou?

—¡Ver la función! ¡Pues no faltaba más! —dijo Willie—, y ten buen cuidado de aplaudirme a mí y a «Chácharo» con toda la fuerza que puedas. ¡Lo que te vas a divertir!

CAPÍTULO VII

PREPARÁNDOSE PARA LA FUNCIÓN

Todo el mundo estaba afanoso y excitado aquel día. Incluso los animales parecían saber que el circo iba a dar una gran función aquella noche. Los elefantes trompetearon docenas de veces, los caballos relincharon a porfía, los perros ladraban. «Chácharo» silbaba y graznaba, gruñían los osos, y los monos parloteaban con sus altas voces atipladas. En cuanto a los chimpancés, estaban completamente locos, y el señor Hola tuvo que hablarles muy en serio.

—¿Qué han hecho? —preguntó Fenella viendo a «Sonrisa» y a «Seriote» llevándose las manos a la cara como niños a los que han reñido.

—«Sonrisa» encontró un cubo de agua y se lo echó encima a «Seriote» —dijo el señor Hola—. Lo dejó empapado. Luego «Seriote» cogió el cubo vacío y trató de encasquetarse lo en la cabeza a «Sonrisa». Y mientras, Aggie buscando su cubo de agua. Estaba enfadadísima. Lo mismo estaba yo cuando vi el traje de «Seriote» chorreando.

Fenella se echó a reír. Los chimpancés la miraron a través de los dedos, pues todavía seguían tapándose la cara con las manos. Luego, «Sonrisa» hizo un ruido chasqueante y le alargó la mano a la niña. A ella no le importó.

—Te tiene simpatía —dijo el señor Hola—. Quiere que lo llesves a dar un paseíto. Esta mañana vi que llevabas a «Bobo» en brazos. ¿Te gusta?

—Es encantador —dijo Fenella—. Y me gusta también «Torpón», tan gordo y tan pesado.

—Los chimpancés son mucho mejores que los osos —dijo el señor Hola un poco picado—. Tienen más cerebro en los pies que los osos en sus cabezotas. Tú mira lo que «Sonrisa» y «Seriote» van a hacer en la pista esta noche. Te quedarás sorprendida.

Aquel día, Fenella estuvo mirando todas las cosas y a todas las personas, más bien tímidamente, pero muy excitada por formar parte del campamento. Se mantuvo lejos del señor Crack. En realidad era lo que hacía todo el mundo mientras fuese posible, porque estaba tan excitado, que casi había perdido la

voz gritando órdenes por todo el campo. Su látigo no dejaba de chasquear, el sombrero de copa se lo arrebató el viento dos veces y él daba zancadas con sus botas enormes, como un gigante.

—No le tengas miedo —dijo el tío Ursie cuando vio a Fenella yendo a esconderse debajo de un coche en el momento en que el señor Crack se acercaba vociferando—. Siempre está así los días de función. No puede remediarlo. Pero después se queda estupendamente.

Tía Lou estaba haciendo unos trabajillos de última hora que se habían presentado inesperadamente: coser un botón en el hermoso vestido de Malvina, remendar un siete en el traje de payaso del señor Groggy, coser una cinta negra en el sombrero de Micko. Fenella se ofreció a ayudarla, pero su tía movió la cabeza.

—No —dijo sin dar punto de reposo a su aguja—, estas cosillas puedo hacerlas yo. Tú vete a ver cómo preparan el circo. Mira aquella puerta; la gente está ya formando cola para entrar. Saben que el circo del señor Carl Crack es un circo hermoso.

—Es el mejor del mundo —dijo Fenella, convencida de que así debía ser.

Miraba a la gente del circo desfilando con un aspecto repentinamente muy distinto ahora que vestían sus alegres y hermosas ropas circenses. Tenían un aire magnífico y Malvina aparecía deliciosa. Era una de las artistas ecuestres, y, cuando pasó junto a Fenella, la niña la miró asombrada por las brillantes estrellas que llevaba en el cabello y las lentejuelas cosidas en su bonito vestido.

Los payasos también estaban ya completamente vestidos. El señor Groggy tenía un aspecto muy gracioso porque se había puesto una nariz postiza que era mucho más larga y más grande que incluso la del tío Ursie. Tenía grandes círculos de pintura blanca alrededor de los ojos y se había pintado la boca de un rojo chillón, haciéndosela enorme. Llevaba su manojito de grandes globos y su curiosa silla.

Los demás payasos estaban listos también, y el señor Wriggle, el acróbata, llevaba puesto un ceñido traje brillante como el oro que le sentaba muy bien. Vio a Fenella y le hizo un guiño.

—Quiero que me veas andar cabeza abajo —dijo con voz acariciadora—. Mira, no tengo más que hacer esto y...

Con gran alarma de Fenella, se retorció hacia atrás y dejó aparecer la cabeza bajo el brazo izquierdo. Ella se quedó mirándolo horrorizada.

—¡No, no ande sobre la cabeza! ¡No haga nada de eso! —le suplicó al señor Wriggle—. No me gusta.

—Bueno, bueno, vamos a ver si te gusta esto entonces —gritó el señor Wriggle con voz alegre, y se arrojó sobre las manos. La verdad era que caminaba muy rápidamente sobre ellas, balanceando las piernas por el aire.

—¡Oh, eso sí es muy bonito! —dijo Fenella—. Me gustaría saber hacerlo. Pero aquí están Willie y «Chácharo». Willie, vas estupendamente. Y «Chácharo» está monísimo.

El ganso aparecía como la figura de la Madre Oca en los cuentos infantiles. Tenía un gracioso gorrito con una pluma y llevaba un chal rojo. Debajo del ala llevaba una cesta de las que se utilizan para la compra. Graznaba como si estuviese muy satisfecho de sí mismo. Y en realidad lo estaba, porque no había nada que le gustase tanto como disfrazarse con Willie y contonearse detrás de él en la pista.

Era verdad que Willie tenía un aspecto grandioso. Llevaba un brillante traje blanco con una capa de vivos ribetes rojos. Su sombrero blanco y redondo tenía una pluma roja muy larga y ondeante. Parecía un niño totalmente distinto.

—Pareces un príncipe —dijo Fenella con admiración—. ¡Oh, «Chácharo»!, ¿cómo puedes llevar tan bien la cesta?

—Se la sujeto al ala con esta pinza, mira —dijo Willie, mostrándole a Fenella una gran pinza blanca que sujetaba el cesto bajo el ala de «Chácharo»—. Oye, aquí está tu tío. Parece que te está buscando para algo.

Fenella, al principio, apenas reconoció a su tío cuando lo vio. También él se había puesto su magnífico traje de circo y aparecía completamente diferente. Llevaba una vestimenta rusa con grandes botas de montar, chaqueta roja ceñida, pantalones rojos metidos en las botas y un alto gorro de piel negra. Su gran nariz parecía sentarle ahora muy bien. Le sonrió a Fenella.

—Bueno, ¿qué te parecemos cuando estamos vestidos como Dios manda? Sosténme a «Bobo» un momento, ¿quieres? Está poniéndose tan excitado que no va a saber hacer nada cuando entre en la pista.

Fenella alargó los brazos alegremente para recoger al osito, que gemía de excitación. Se daba cuenta de todo el frenesí de los preparativos y percibía la ansiedad de la gente del circo, y aquello era demasiado para su mente de cachorrillo. Muy contento, se acurrucó contra Fenella.

—Eres un sol —dijo ella—. No tiembles así, «Bobo». Hace mucho calor esta noche.

—Está temblando de emoción, no de frío —dijo Willie—. También a algunos de los perros les pasa eso. A todos les gusta el brillo de la función.

«Guardián» se pone a veces tan excitado, que tiembla de la cabeza a los pies. Pero en cuanto sale a la pista se queda tranquilo.

La señora Connie pasó con sus monos, y Fenella no la conoció. No era de extrañar, porque se había quitado su vieja y arrugada falda y su viejo chal y se había vestido con una rizada faldita que no le pasaba de las rodillas y una alegre chaquetilla azul. Llevaba una brillante peluca dorada y hablaba alegremente con su pequeña bandada de monos. Cada uno de ellos tenía puesto su traje de circo y estaban realmente muy alegres.

—¿De verdad es la señora Connie? —preguntó Fenella, asombrada—. ¡Pero si ahora parece joven! Y antes parecía enormemente vieja.

—No importa el aspecto que se tenga durante el día en el campamento —dijo el tío Ursie—. Lo que importa es por la noche, cuando se celebra la función. Entonces todos debemos ser jóvenes, alegres y fuertes. Mira toda la gente que está entrando ahora. Esta noche vamos a sacar un montón de dinero. Mañana el señor Crack se sentirá contento.

—¿Dónde me sentaré? —preguntó Fenella—. ¿En la primera fila de butacas? Es lo que más me gustaría, porque así podría verlo todo.

—¿En las butacas? No seas tonta —dijo Willie—. ¿A quién se le ocurre que uno de nosotros pudiera sentarse en una butaca? Estarás detrás de las cortinas con todos nosotros. Nos irás viendo uno a uno. Date cuenta de que ahora eres del circo.

Sonó una campana. Toda la gente del circo que estaba todavía fuera de la gran tienda se precipitó hacia ésta. Estaba a punto de llegar el momento de que empezara la función. Centenares de personas estaban ya sentadas en la gran tienda aguardando ansiosamente. El olor de los animales se extendía en el aire, y Fenella arrugó la nariz. Pronto se acostumbraría a aquel olor y ni lo notaría siquiera. Los niños de la ciudad, aguardando impacientemente en los bancos en la gran tienda, lo olían también y empezaron a aplaudir ruidosamente, pues querían que empezara la función.

Fenella se colocó detrás de las grandes cortinas rojas que colgaban en un extremo de la tienda y a través de las cuales los artistas irían apareciendo para hacer sus números. En el espacio detrás de las cortinas estaba la gente del circo, los caballos y los demás animales, todos poniéndose en orden y esperando impacientemente que el señor Crack diese la señal.

—Primero tenemos que desfilar todos —le explicó Willie—. Fric, Frac y Malvina salen con unos cuantos caballos y luego el señor Crack en su carroza dorada tirada por seis caballitos de Malvina, blancos como la nieve. Después todos nosotros, uno detrás de otro.

La voz del señor Crack se elevó sobre el tumulto.

—¡Fric! ¡Inicia el desfile!

Y entonces, con una gran fanfarria de trompetas, empezó la función del estupendo circo del señor Carl Crack. Las grandes cortinas rojas se corrieron a los lados dejando paso a algunos de los magníficos caballos del circo, brillantes como el satén, sus orgullosas cabezas ondeando grandes plumas al andar.

Fric y Frac iban vestidos de pieles rojas con grandes tocados de plumas. Llevaban pintada la cara con brillantes colores y tenían un aspecto grandioso y casi aterrador. Los niños que había en el público aplaudieron y gritaron frenéticamente al verlos. Pensaban que eran auténticos pieles rojas. Fric y Frac soltaron algunos gritos estruendosos mientras guiaban a los caballos.

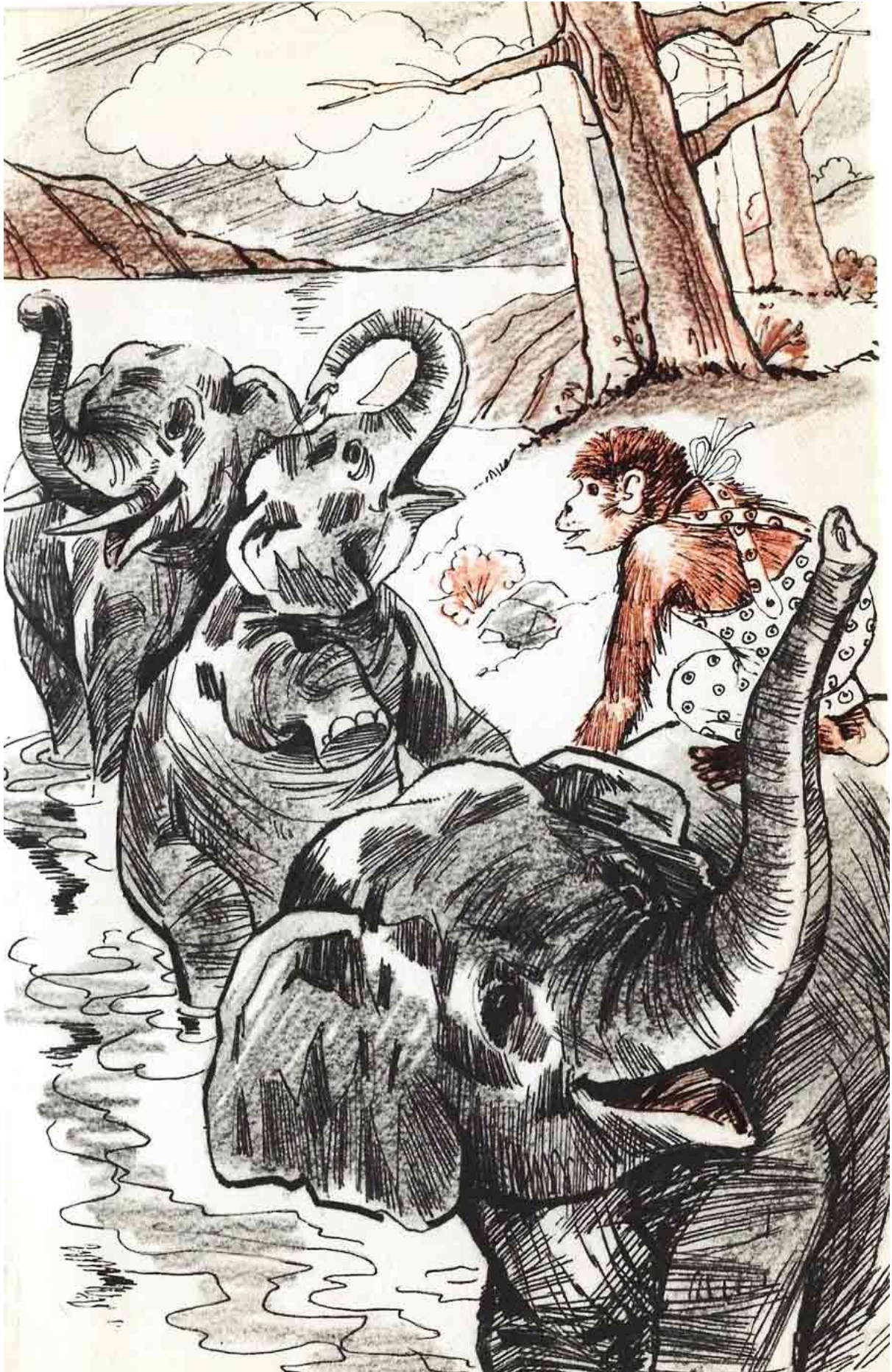
Luego aparecieron los seis caballitos blancos como la nieve, el que iba a la cabeza montado por la bella Malvina. Tiraban de una brillante carroza en la que iba sentado un muy resplandeciente señor Crack, quien saludaba a derecha e izquierda mientras todo el mundo lo aplaudía.

El carruaje se detuvo y el señor Crack se apeó, una corpulenta e impresionante figura con el látigo en la mano. Se quitó su gris sombrero de copa e hizo una reverencia, gritando con tremenda voz:

—¡Señoras y caballeros, bienvenidos al gran circo de Carl Crack!
¡Adelante con la función!

Y luego, dando volteretas, venían los payasos y el señor Wriggle, el acróbata; la señora Connie y sus monos, el señor Hola y sus dos chimpancés, con un aspecto muy bonito con sus trajes de circo; el señor Diminuto y los tres elefantes; tío Ursie y los osos, Willie y «Chácharo», en una palabra, todo el conjunto de domadores y artistas vestidos con sus trajes más hermosos, saludando y sonriendo, gritando encantados al oír las exclamaciones de entusiasmo y las salvas de aplausos.

Sí, el circo había empezado, y para Fenella, que atisbaba a través de las cortinas, el corazón latiéndole con violencia, era el momento más excitante de su vida. El día anterior era una niña completamente sola, y ahora era una más en aquella gran familia del circo. Perteneecía a todos ellos y todos ellos le pertenecían a ella. ¡Qué delicia, pensaba Fenella, qué delicia!



CAPÍTULO VIII

FENELLA VE EL CIRCO

El circo era realmente muy hermoso. Después del desfile, cuando todo el mundo hubo pasado por la pista, saludando y sonriendo, empezó verdaderamente la función.

Primero salieron los caballos, trotando espléndidamente uno tras otro alrededor de la pista. Avanzaban al compás de la música y obedecían la más ligera palabra o el más pequeño ademán de Malvina. Daban vueltas, valsaban, formaban figuras y se arrodillaban e inclinaban la cabeza cuando habían terminado.

La banda tocaba todo el tiempo, y Fenella no podía comprender cómo los caballos seguían el compás, pero es que a todos ellos les gustaba la música y habían sido especialmente elegidos por este gusto. La niña aplaudió y gritó tan ruidosamente como cualquiera cuando los espléndidos caballos salieron de la pista con Malvina puesta de pie sobre el lomo del mayor.

Luego, uno a uno, fueron transcurriendo los demás números. Los tres elefantes tuvieron un enorme éxito, porque el señor Diminuto los había enseñado a jugar al tenis. Él y «Domo» jugaron contra «Dick» y «Dolly». Tenían una red extendida de un lado a otro de la pista y jugaban con toda corrección con una pelota de tenis y raquetas.

—¡Oh, «Domo» es muy bueno, mucho! —dijo Fenella al verlo golpear duramente la pelota con su raqueta que sujetaba con fuerza en la trompa—. ¡Muy bien, «Domo»! ¡Buen golpe!

«Dolly» dio tal revés a la pelota, que la mandó a lo más alto del circo, y «Dick» la recogió con su raqueta antes de que cayera al suelo. La pelota fue a parar en medio del público regocijado, y un niño la alcanzó y la arrojó a la pista.

Cuando la partida hubo terminado, «Domo» enroscó la trompa alrededor de su querido señor Diminuto y lo puso suavemente sobre su gran cabeza gris. El señor Diminuto se quedó allí de pie, vestido de blanco desde los pies a la cabeza como una figurita que hacía reverencias. Todo el mundo aplaudió

calurosamente. Entonces los grandes elefantes ondearon sus trompas de un lado a otro.

—Ahora vamos nosotros —dijo una voz al oído de Fenella.

Se volvió y vio a la señora Connie, quien tenía un aspecto asombroso con su brillante peluca dorada. Sus monos iban montados en un cochecito. Dos monos hacían de caballos, el cochero era un mono con un látigo, y los otros cuatro monos iban sentados en el carruaje como pasajeros. Resultaba un espectáculo muy divertido y se veía que los monos estaban disfrutando mucho.

El mono cochero estaba tan excitado, que se volvió como fuera de sí al entrar en la pista, y se puso en pie e hizo un pequeño baile ondeando el látigo alrededor de su cabeza. Los monos pasajeros comprendieron que no debía hacer eso, y uno de ellos trató de obligarlo a sentarse.

—¡Ahora sé bueno, sé bueno! —susurró la señora Connie—. «Jimmy», deja de bailar y siéntate.

Tomaron el té en la pista y se comportaron muy bien. Después de aquello llegó el turno de los payasos, que no hacían más que gritar y caerse uno sobre otro, ejecutando toda clase de trucos cómicos y reventando los hermosos globos del señor Groggy siempre que podían colocarse a su espalda y pinchárselos sin que él lo supiera.

Desesperado, entregó el resto de los globos a algunos de los niños del público, quienes, como es natural, se sintieron encantados.

—Mirad —se decían unos a otros—, los globos tienen el nombre del payaso, señor Groggy; nos ha dado globos que son suyos.

Luego, entre volteretas y trompicones, los payasos se retiraron gritando para dejar paso al señor Wriggle, el acróbata. Una cuerda floja hecha de fuerte alambre había sido extendida de un lado a otro de la pista mientras los payasos habían estado haciendo travesuras, y el señor Wriggle paseó por ella con ligereza y desenvoltura. Fenella pensó que era maravilloso.

—Yo no podría andar así por un alambre —le dijo a Willie, que estaba por allí cerca—. Me caería. ¡Oh!, ¿qué va a hacer ahora?

El señor Wriggle estaba balanceándose en un pequeño trapecio plateado que colgaba de lo alto de la gran carpa.

—Pero, ¿y si se cae? —preguntó Fenella a Willie—. ¿Podrá recogerlo la red que tiene por debajo?

—Sí. Pero nunca se cae, a menos que lo haga adrede —dijo Willie con una sonrisa—. A veces cree que conviene darle un susto a la gente y finge que se ha puesto nervioso y está a punto de caerse, y luego lanza un grito

espantoso y se deja caer. La verdad es que la gente se lleva un gran susto, te lo aseguro.

—¡Fíjate cómo se cuelga de un pie y se columpia! —exclamó Fenella—. ¡Oh, creo que no podré seguir viéndolo! Me es imposible.

Dio media vuelta y miró detrás de ella. Entonces vio una casita lindísima a la que no le faltaba ni un senderito delantero ni una verja. En la verja estaba escrito: «Casa de la Madre Oca».

—¡Oh! —exclamó Fenella—. No había visto eso antes. Willie, ¿es eso lo que «Chácharo» usa en la pista?

—Sí —dijo Willie—. Es su casa. ¿No es verdad. «Chácharo»? Permanece en ella hasta que lo llamo. Antes yo estoy un buen rato imitando cantos de pájaros. Luego «Chácharo» viene a reunirse conmigo.

—¿Cuándo pasas a la pista? —preguntó Fenella ansiosamente—. ¿Pronto? Estoy deseando verte. ¿Estás nervioso, Willie?

—Nadie está nunca nervioso —dijo Willie despectivamente—. Llevamos viviendo toda la vida en el circo. La mayoría de nosotros hemos nacido en un circo. ¿Por qué habríamos de estar nerviosos? Bueno, ha llegado mi turno.

En aquel momento se retiraba el señor Wriggle, haciendo reverencias al franquear las cortinas. Entró en la pista el señor Crack con su gran látigo, para anunciar a Willie.

—Y ahora, señoras y caballeros, les presentamos a Willie Winkie, el Silbador Maravilloso. Imitará para ustedes a todos los pájaros del aire y les presentará a «Chácharo», el ganso amaestrado, el único ganso del mundo que sale de compras.

Chasqueó el látigo. Resonaron las trompetas y entró en la pista Willie, muy guapo con su brillante traje y su capa ribeteada de rojo. El tío Ursie transportó la casita de la Madre Oca, ayudado por Fric y Frac. La depositaron cuidadosamente al mismo tiempo que oían un silbido de advertencia desde el interior. «Chácharo» estaba ya allí, detrás de la puertecita principal, esperando que le llegase el momento de aparecer.

Willie estuvo realmente maravilloso. Silbó y produjo sonidos aflautados y pareció como si la tienda del circo estuviese llena de pájaros que se llamaban unos a otros. Se llevó las manos a la boca y sopló a través de los pulgares haciendo un ruido silbante como el de una lechuza. Desde alguna parte fuera del circo, una auténtica lechuza le contestó.

El público estaba tan callado, que todo el mundo oyó a la lechuza que respondía. Luego Willie cantó como un ruiseñor en la noche. Parecía imposible que un niño pudiera producir unos sonidos tan auténticamente

propios de pájaros. Al hacer reverencias a izquierda y derecha, todo el mundo aplaudió frenéticamente y muchas voces pidieron que repitiera.

Willie esperó a que se hiciera de nuevo el silencio. Después hizo otros cantos de aves. Imitó el cacareo de la gallina, el quiquiriquí del gallo, el parpar del pato, el gluglú del pavo.

Los niños se desternillaban de risa. Y entonces Willie graznó como un ganso. Era la señal para que «Chácharo» saliese. Ante los ojos sorprendidos y encantados de centenares de niños y de sus padres, la puerta principal de la casita de campo se abrió y salió «Chácharo» en «persona».

Traía puesto muy derecho su lindo gorrito y muy bien anudado su chal. Debajo del ala llevaba su cesta de compras.

Bajó por el senderito delantero y con el pico abrió el picaporte de la verja. Salió a la pista.

Willie estaba ya detrás de un mostradorcito sobre el cual se hallaban colocados huevos, mantequilla, lechugas y otras cosas. Se había quitado su sombrero con la pluma roja y se había puesto un blanco gorro de tendero. Llevaba atado un delantal alrededor de la cintura, convertido ya en un verdadero tendero.

«Chácharo» caminó solemnemente hacia él.

—Cuá, cuá, cuá, cuá —dijo.

—¿Una libra de mantequilla, señora? Desde luego —dijo Willie, y le alargó una tableta de mantequilla. El gran ganso la cogió en el pico y la metió cuidadosamente en la cesta.

—Cuá, cuá —dijo de nuevo.

—¿Un huevo? Sí, señora. Recién puestos de hoy —dijo Willie, y le alargó un huevo. El ganso lo manejó con mucho cuidado y lo metió también en la cesta.

—Cuá, cuá, cuá —dijo a Willie.

—¿Una lechuga fresca y hermosa? Aquí tiene usted, señora. En total son dos chelines —dijo Willie.

El ganso sacó de la cesta, con el pico, un monedero que le alargó a Willie. Éste sacó las monedas y devolvió el monedero a «Chácharo», que lo puso juntamente con la lechuga en su cesta de compras.

—Cuá —dijo «Chácharo», y se alejó.

«Chácharo» anduvo solemnemente hacia su pequeña verja. Con mucha gracia hizo inclinaciones de cabeza a izquierda y derecha, abrió la verja, la cerró y avanzó camino arriba por el senderito. Abrió la puerta principal, entró y cerró dando un portazo.

¡Qué aplausos tan estruendosos! ¡Cuántos gritos y exclamaciones! Willie saludó docenas de veces, encantado, y luego se alejó corriendo. «Chácharo» salió de su casita y corrió naneando detrás de él, sin dejar de graznar ruidosamente.

—¡Oh Willie, Willie, has estado maravilloso! ¡Y también lo ha estado «Chácharo»! —exclamó Fenella, todavía aplaudiendo con todas sus fuerzas mientras los dos personajes cruzaban las cortinas—. ¿No ha estado prodigioso «Chácharo»? Yo no tenía la menor idea de que supiera tantas cosas.

—Lo he enseñado yo mismo —dijo Willie orgullosamente.

—¿Verdad que ha sido hermoso? —dijo la madre de Willie, que también había estado mirando aquel número desde detrás de las cortinas.

Aparecía gris y vulgar con su vestido viejo junto a todos aquellos artistas circenses con sus alegres trajes. Su encantadora sonrisa le iluminaba el rostro mientras miraba orgullosamente a Willie. Fenella sonrió también. Willie era su amigo y ella se sentía orgullosa de tener como amigo a un chico tan inteligente.

Salieron de nuevo los payasos, el señor Groggy con un nuevo repuesto de globos. Luego Fric y Frac hicieron otros números con sus caballos. Les tocó luego el turno a los perros, que ladraban locos de alegría. Los dos perros de aguas y el mestizo fueron los más listos. Un perro de aguas se puso a dar volteretas de una forma muy curiosa.

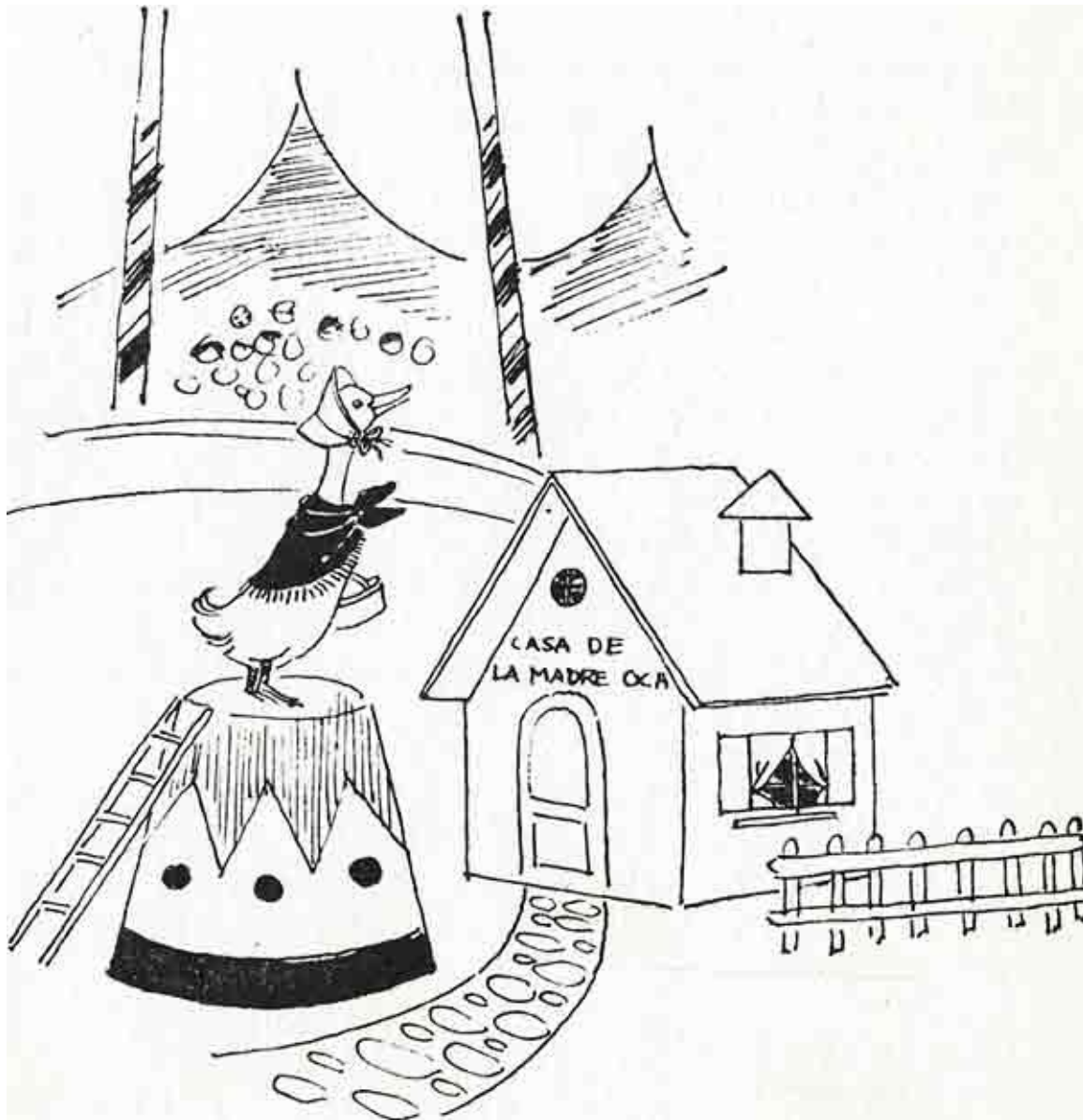
—Lo malo que tiene es que una vez que empieza, no sabe parar —dijo Willie—. Se lleva dando vueltas todo el tiempo. ¡Vaya, por fin se ha parado! Ahora van a jugar al fútbol. ¡Fíjate cómo ladran!

Todos los perros recibieron como recompensa un gran bizcocho y llevándolos celosamente en la boca pasaron por las rojas cortinas para comer su premio en algún rincón tranquilo. Fenella suspiró toda excitada. Nunca habría podido imaginarse que existiera un mundo así. Y lo más maravilloso era pensar que podría verlo una y otra vez.

Los dos chimpancés constituyeron un gran éxito, y lo mismo pasó con Presto, el malabarista y mago. El tío Ursie y sus osos tuvieron tantos aplausos como cualquier otro. En todo el circo no hubo un solo número que fracasara. Todo el mundo contribuyó a ofrecer una magnífica función, y cuando la gente del circo y sus animales desfilaron una vez más por la pista para poner fin al espectáculo, el público, puesto en pie, gritó tan ruidosamente, que Fenella tuvo que taparse los oídos.

—¡Cómo han disfrutado todos! —le dijo al osito «Bobo», al que tenía medio dormido entre los brazos—. Pero, ¿quién crees tú que ha disfrutado

más, «Bobo»? ¡Yo! ¡Yo he sido la que verdaderamente ha disfrutado más!



CAPÍTULO IX

EL DÍA SIGUIENTE

La función de circo había terminado. La gente que acudió a presenciarla hacían comentarios mientras se dirigían a los autobuses que estaban por allí aguardando.

—¡Maravilloso! —decían—. Es la mejor función que hemos visto nunca. Vendremos otra vez. ¡Dios mío!, ¿no eran magníficos los elefantes?

Los tres elefantes fueron llevados por el señor Diminuto a dormir bajo el gran árbol. Hacía calor aquella noche, por lo que les gustaría dormir al aire libre. «Domo» trompeteó, y eso fue la señal para que empezasen todos los demás excitados animales del circo a hacer sus correspondientes ruidos. Eran como niños que se excitan fácilmente unos a otros, ansiosos de unirse a cualquier cosa que esté ocurriendo.

Los chimpancés fueron llevados al gran carromato del señor Hola. Fenella los siguió con curiosidad, queriendo ver dónde iban a dormir. Atisbó dentro del coche del señor Hola y vio allí dos camas, una a cada lado, ambas preparadas para dormir, con sábanas, colchas y almohadas.

—Yo duermo en esa cama —dijo el señor Hola—. Y «Sonrisa» y «Seriote» duermen juntos en la otra. Uno se acurruca en brazos del otro. «Sonrisa» ronca algunas veces, pero por lo demás se portan muy bien por la noche.

—¿Quién los viste por la mañana? —preguntó Fenella.

—Se vistieron ellos solos —dijo el señor Hola—. Los tengo desde que eran pequeñines y los he enseñado como quien enseña a unos niños. Incluso se lavan los dientes.

—¿De verdad? —preguntó Fenella, asombrada—. Me gustaría verles hacer eso.

—«Sonrisa», ¿dónde está tu cepillo de dientes? —dijo el señor Hola.

«Sonrisa» dio un salto hasta un pequeño cepillo de dientes y se lo enseñó al señor Hola, mostrando sus dientes con su acostumbrada ancha sonrisa.

—Utilízalo —ordenó el señor Hola, y «Sonrisa» se pasó el cepillo por los dientes.

—¡Qué listo es! —dijo Fenella.

«Sonrisa» se sintió complacido con el elogio de la niña e inmediatamente empezó a cepillarse el cabello, o más bien la piel que tenía en la cabeza. A él le daba lo mismo utilizar para esto el cepillo de dientes.

—Te estás cepillando el pelo con el cepillo de dientes, «Sonrisa» —dijo el señor Hola, disgustado.

—Fenella, ¿dónde estás? —Sonó de pronto la voz de tía Lou—. ¿Adónde se habrá metido ahora esa niña?

—Estoy aquí, tía Lou —gritó Fenella—. ¡Oh, no me digas que tengo que acostarme! Estoy tan nerviosa...

—Antes comeremos un poco —dijo tía Lou—. Luego, naturalmente, te acostarás.

Era divertido tomar aquella comida a una hora tan avanzada de la noche. Todos los carromatos tenían su hornillo de campo ardiendo brillantemente fuera mientras la sopa se calentaba sobre las llamas o una sartén chispóroteaba con tocino o salchichas. Fenella estaba demasiado excitada para comer algo, excepto un poco de piña y de flan. Se sentó en los escalones del coche de su tío y miró los pequeños hornillos de campo ardiendo aquí y allá en el azul oscuro de la noche.

Alguien empezó a tocar un banjo.

—Debe de ser Micky o Tricks, me imagino —dijo el tío Ursie.

La melodía era movida y alegre, y una o dos personas del circo empezaron a cantarla en voz baja. Fenella bostezó. Le habría gustado estarse allí sentada toda la noche y mirar los fuegos y oír el tañido del alegre banjo, pero se le cerraban los ojos.

—Rápidamente a la cama —dijo tía Lou dándole un empujón—. Ahora mismo. No estás acostumbrada a estar en pie tan tarde. Cuando nos pongamos en camino hacia el próximo lugar donde demos funciones tendrás que acostarte muchísimo más temprano.

—¡Oh!, ¿es que tenemos que ir a otro sitio? —preguntó Fenella—. No había pensado en eso. ¡Dios mío, qué estupendo estar moviéndose siempre de un lado a otro! ¿Cuánto tiempo vamos a estar aquí?

—Dos semanas más —dijo el tío Ursie—. Éste es un buen sitio para un circo. Hay muchas ciudades grandes alrededor que envían gentes a vernos. Pero dentro de dos semanas tenemos que ponernos en marcha. Entra ahora en el coche, Fenny.

Fenny subió los escalones. Pensaba que no podría conciliar el sueño porque su memoria seguía recordándole una y otra vez todas las cosas que había visto en la pista. Pero no hizo más que apoyar la cabeza en la almohada y se quedó profundamente dormida. No se movió ni se despertó hasta que ya era muy de mañana, tan tarde, que tía Lou había retirado el desayuno, fregado la vajilla y limpiado el coche.

Fenella lanzó una mirada por el impecable coche-vivienda. Tío Ursie estaba silbando afuera. Fenella le habló:

—Tío Ursie, ¿me he levantado muy tarde?

—La verdad es que casi es hora de comer, Fenella —le dijo tío Ursie con una risita—. Pero no te preocupes. La gente joven debe dormir todo lo que pueda. Lo necesitan para crecer. Tu tía dijo que si querías algo de comer hay un poco de pastel en el aparador, y también te ha dejado unos emparedados de huevo. Hay además un poco de leche.

—Tío Ursie, ¿ya ha arreglado usted los osos? —preguntó Fenella, vistiéndose rápidamente—. Me habría gustado ayudarlo otra vez con «Bobo».

—Sí, ya los he arreglado —dijo tío Ursie—. Pero puedes sacar a «Bobo» a dar un paseo, si quieres, cuando hayas comido algo. Pero manténlo alejado de los chimpancés, porque se burlan de él.

Fenella tomó el desayuno sentada en los escalones del coche rojo. En el campamento había el ruido y la agitación usuales. A Willie no se le veía por parte alguna.

—Ha ido a las colinas con los perros a darles un largo paseo —dijo el tío Ursie—. Es un buen muchacho. Willie siempre está echándole una mano a alguien.

—¡Ojalá no me hubiera despertado tan tarde! —dijo Fenella—. Me gustaría haber podido ir con Willie y con los perros.

—Podrás ir muchas otras veces —dijo el tío Ursie—. ¿Estás lista para recoger a «Bobo»? Pues vamos entonces. «Bobo» se mostró encantado al ver a Fenella y corrió hacia ella contoneándose y lanzando gruñiditos. El tío Ursie se sintió muy complacido.

—A ver si puedes enseñarle a «Bobo» a hacer algunas gracias —dijo—. Va a ser un osito muy listo.

—¡Oh, no podría enseñarle nada! No sabría cómo hacerlo —dijo Fenella—. Pero le quiero, le quiero mucho. Nunca pensé que pudiera querer a un oso vivo, pero éste es como un oso de juguete, tan rizado y tan lindo.

Se trajo a «Bobo» consigo al coche, lo sentó un momento y entró luego a buscar a «Rosalinda», su mejor muñeca. Se la enseñó a «Bobo».

El osezno miró solemnemente a la muñeca. No comprendía lo que era. Pero hubo alguien que sí lo comprendió. Se oyó un chillido de excitación, y desde el tejado del coche contiguo dio un salto «Millie», una de las monas de la señora Connie. Se sentó en las rodillas de Fenella y puso una pequeña garra de color pardusco sobre «Rosalinda», tocándola suavemente.

Fenella se sobresaltó al ver cómo la mona le había saltado a las rodillas. No sabía si sentir miedo o no. La mona la miró con sus oscuros ojos castaños y lanzó de nuevo su gracioso chillido. Luego acarició la mejilla de «Rosalinda».

—Tu garra es como una manecita pardusca —dijo Fenella, y se la tomó.

Abrió los graciosos deditos. «Millie» se quedó mirándola, pero lo que la mona había venido a ver era la muñeca.

«Rosalinda» llevaba un gorrito azul con rositas rojas bordadas a cada lado, junto a los oídos. La mona «Millie» tiró de la cinta, y el gorrito se soltó. En un abrir y cerrar de ojos, la mona tiró de él y de un salto se plantó en el tejado del coche.

—Chiti, chiti, chate —dijo «Millie» poniéndose el gorro en la cabeza.

—¡Mal educada! ¡Atrevida! —gritó Fenella—. ¡Devuélveme ahora mismo el gorro de «Rosalinda»!

Pero «Millie» no le hacía caso. Nunca en toda su vida había tenido un gorro tan bonito. Se lo quitó y lo miró. Luego se lo volvió a poner, esta vez con la parte de delante atrás. Tenía un aspecto muy raro y muy gracioso. Fenella no tuvo más remedio que echarse a reír. Entró en el coche-vivienda con «Rosalinda» y «Bobo», al que había que ayudar a subir los escalones por estar tan gordo y tan redondito. Fenella puso a «Rosalinda» en su cama y la tapó.

La mona «Millie», preguntándose adónde habría podido ir «Rosalinda», bajó cuidadosamente hasta el costado del coche-vivienda y atisbó por la ventana abierta. ¡Cómo le gustaba aquella muñeca! Aguardó hasta que Fenella volvió a salir y luego se coló por la ventana, todavía con el gorro de la muñeca en la cabeza.

Se inclinó sobre la cama, apartó la colcha y miró a «Rosalinda». La muñeca tenía ahora los ojos cerrados, porque estaba acostada. «Millie» le tocó suavemente las pestañas. Luego empezó a parlotear con la muñeca.

Fenella estaba fuera buscando a la revoltosa mona. Vio que su tía se acercaba con una cesta de compras muy voluminosa, y le salió al encuentro.

—Déjeme que la lleve —dijo—. Mire a «Bobo», tía Lou. Se ha hecho muy amigo mío.

Su tía entró en el coche rojo y Fenella la siguió con la cesta. «Bobo» trataba de subir los escalones detrás de ellas.

Tía Lou lanzó un grito:

—¡Mira ese mono, con el gorro de tu muñeca, Fenella! ¿Por qué has dejado que entre aquí una criatura tan repugnante? No quiero animales en mi coche. No soy como el señor Hola, que gusta de dormir con ellos, ni como la señora Connie, que se los pone alrededor del cuello.

—¡Oh, tía Lou, yo no sabía que el mono había...! —empezó a decir Fenella, sorprendida.

«Millie» dio un salto hasta lo alto del aparador, tropezando con un jarro que había allí. Éste se cayó y se rompió. Tía Lou lanzó un grito de enfado.

—¡Mira eso! Le he dicho a la señora Connie una y otra vez que tenga cuidado con sus monos. Y resulta que los deja sueltos y tú además los invitas a entrar en mi coche y los vistes con las ropas de tu muñeca. Eres una niña mala.

—Pero, tía Lou —empezó de nuevo a decir la pobre Fenella casi llorando—. No fui yo la que...

—Ahora mismo le llevas ese mono a la señora Connie y le dices que si vuelvo a verlo suelto no le haré ni un solo trapo más para sus bichos —gritó tía Lou—. Se lo dices así.

—¡Oh, no puedo decir eso! —dijo Fenella, llorando.

Su tía la empujó con impaciencia.

—¿Quieres que te dé un sopapo? —increpó—. Haz lo que te he dicho. ¡Ya te cogí, monillo repugnante! ¡Toma, Fenella, aqárralo, y no te olvides de dar mi recado, o me harás perder la paciencia!

A la pobre Fenella la parecía que tía Lou había perdido ya la paciencia. Agarró a la escandalosa mona y salió del coche corriéndole las lágrimas por las mejillas. ¿Cómo podía dar una razón tan brusca a la señora Connie? Su tía Lou no debía obligarla a decir cosas así.

CAPÍTULO X

TÍA LOU PIERDE LA PACIENCIA

Fenella, con el mono en los brazos y el osito «Bobo» detrás de ella, se encaminó a los coches-vivienda de la señora Connie. La señora Connie vivía en uno y sus monos ocupaban el otro.

La señora Connie estaba ocupada lavando algo. No tenía un aspecto tan deslumbrante como en la pista la noche anterior. Su reluciente peluca dorada estaba guardada con esmero en su caja, y la falda plisada y la chaquetilla azul colgaban de sendas perchas. La señora Connie tenía el aspecto de la aviejada y atezada mujercita que era.

Alzó la mirada con sus castaños ojillos muy parecidos a los de la mona.

—Hola —dijo—, ¿adónde ha estado esa monita? Espero que no habrá hecho ninguna diablura.

—Bueno... la verdad es que entró en el coche de mi tía —dijo Fenella—. Vio que estaba allí mi muñeca «Rosalinda» y, usted comprende... y... y, bueno...

—Y esa descarada y deslenguada tía tuya se habrá enfadado contigo y con el mono, me imagino, y te habrá despachado aquí con «Millie», ¿no? —dijo la señora Connie, adivinando lo que había ocurrido.

—Sí —dijo Fenella—. Parece... parece que a ella no le hacen mucha gracia sus monos, señora Connie.

—Supongo que te habrá dado un recado bastante duro, ¿no es así? —dijo la señora Connie, enjugando sus enjabonadas ropas sobre la hierba—. Vamos, dilo, no tengas miedo. Estoy acostumbrada a sus malos modales. Y todo porque a ella no le gusta utilizar su aguja para vestir a mis pequeños.

—Ella, lo que ha dicho es que... si no tiene usted sus monos bien recogidos, no les hará más vestiditos —dijo Fenella, poniéndose colorada.

—¡Conque eso es lo que dijo!, ¿eh? Bueno, vas a volver y decirle que si ella se hace una nueva cara con un poquito de sonrisa y se pone en la boca una lengua amable y alegre, en lugar de la que tiene, mantendré a mis monos

encerrados a cal y canto con mucho gusto —dijo la señora Connie, perdiendo los estribos muy rápidamente de un modo que le era peculiar.

—¡Oh, no puedo decirle eso! —exclamó Fenella, alarmada.

Llevar recados desagradables de una persona a otra era espantoso. ¿Qué diría tía Lou al recibir el mensaje de la señora Connie?

La señora Connie miró a Fenella de arriba abajo con desprecio.

—Me imagino que eres como tu tía, de las que meten la nariz en todo, riñendo y regañando, lo que no comprendo es cómo tu pobre tío puede soportar una lengua como la de ella. Debe de ser un pobre gusano.

Tía Lou apareció de pronto al lado del coche-vivienda. Había oído lo que la señora Connie había dicho, y su boca aparecía más torcida que nunca.

—¡Ni un solo trapo más haré para esos apestosos monos suyos, señora Connie! —estalló—. ¡Ni uno solo! Y puede usted ir al señor Carl Crack todas las veces que quiera y presentar sus quejas. No voy a hacer nada más para esos apestosos animales.

—¿Apestosos? ¡No son apestosos! —exclamó la señora Connie con voz furiosa—. ¿No los baño todas las semanas y los cepillo dos veces al día? Vamos, usted no sabe de lo que está hablando. ¡Decir que mis animales apestan! ¿Y qué hay de los osos de Ursie?

Fenella empezó a llorar. No estaba acostumbrada a riñas de esa clase. El señor Hola, que estaba por allí cerca, se aproximó con una sonrisa en los labios. Le dio una palmadita a Fenella en el hombro.

—No te preocupes —dijo amablemente—. Están siempre así, son como perro y gato. Tú vete con Willie, mira, ya ha vuelto con los perros, y llévate a «Bobo». A él le gustan los perros.

Fenella se secó los ojos y se alejó. ¡Oh Dios mío! ¿Por qué tía Lou tenía siempre tan mal humor? ¿De verdad no haría más cosas para los monos? Seguramente si la señora Connie se quejaba al señor Carl Crack, él se pondría furioso y chasquearía su látigo de derecha a izquierda.

Corrió al encuentro de Willie. Los perros la saludaron alegremente, saltando hasta «Bobo» y tratando de lamerlo. Él se acurrucó en los brazos de Fenella y miró con ojos asombrados a las ruidosas criaturas que estaban debajo.

El señor Crack salió de un gran «roulotte». No era un coche tirado por caballos, como los demás, sino que podía ser remolcado por un automóvil. Detrás del furgón estaba el magnífico automóvil del señor Crack. Willie ya se lo había enseñado a Fenella.

La niña se dispuso a echar a correr cuando vio a aquel hombre, porque seguía teniéndole miedo. Pero él le puso encima una manaza y la atrajo hacia sí. Le sonreía con toda su cara. Sus espesas cejas no parecían tan feroces como de costumbre.

—Vamos a ver, ¿por qué quieres huir de mí? —preguntó, llevándose una mano a un bolsillo—. Tú eres Fenella, ¿no es así? Es un bonito nombre. Y aquí tengo algo bueno para ti, porque me doy cuenta de que eres una niña buena.

Le puso en la mano una bolsita de grandes caramelos de menta. Fenella le dio las gracias tímidamente. No sabía qué pensar de aquel hombre ancho y gigantesco que unas veces rugía como un león y otras era cariñoso y amable. Le dio una palmada comparable con la de un oso.

—Las niñas me son simpáticas. No tienes más que venir y decirme si te pasa algo malo, y yo lo arreglaré. Esto es lo que hacen todos en el circo. En realidad, nadie le tiene miedo al señor Carl Crack. ¿No es verdad, Willie Winkie?

—Bueno, señor... —dijo Willie, vacilante, porque sabía que él mismo le tenía mucho miedo al señor Crack cuando estaba de mal humor. Y muchas veces había tenido que apartarse del camino de aquel gran látigo ondeante que podía dar un golpe doloroso si el señor Crack quisiera.

Pero el señor Crack estaba de muy buen humor aquella mañana y nada podía hacer que dejase de sonreír. La noche pasada, la función había constituido un gran éxito y se había recaudado mucho dinero. Había la impresión de que las noches siguientes serían igual de buenas. Por eso el señor Crack había dejado su látigo en su bonita «roulotte» e iba por todas partes derramando sonrisas.

Fenella y Willie se alejaron con la bolsa de caramelos.

—Esta vez no dejaré que se me acerquen los chimpancés antes de haberme comido los caramelos —le dijo la niña a Willie—. ¿Quieres uno? ¡Oh, mira, Willie, «Bobo» quiere uno también!

—Le gusta todo lo que sea dulce —dijo Willie—. No los desperdicies con los perros, Fenny. No hacen más que escupirlos en cuanto los prueban. Y no le des ninguno a «Chácharo» aunque te lo pida.

Fenella le contó lo de la disputa entre su tía y la señora Connie.

—No te preocupes por eso —dijo Willie—. Siempre están discutiendo. La verdad es que la señora Connie se enfada por cualquier cosa, pero el enfado se le pasa pronto, y en cambio a tu tía no. Me temo que te estará molestando todo el día con esa lengua que tiene. Lo mejor será que vengas a comer

conmigo y con mi madre si ves que está demasiado furiosa. Aggie es comprensiva.

—Me resulta muy raro oírte llamar a tu madre Aggie —dijo Fenella.

—Bueno, pues mamá, entonces —dijo Willie—. Vamos, soltemos los perros e iremos a ver cómo se bañan los elefantes en el arroyo.

«Dick», «Dolly» y «Domo» resultaban muy graciosos mientras tomaban su baño. No era realmente un baño, porque el arroyo era pequeño, y los elefantes, enormes. Lo que ellos hacían era introducir sus trompas en el agua, recoger en ellas todo el líquido que podían y empinar luego las trompas y rociarse el agua fría sobre los lomos.

—¡Oh, nunca supuse que los elefantes pudieran hacer eso! —dijo Fenella, encantada. Luego lanzó un grito, porque «Domo» se había vuelto hacia ella y la estaba regando concienzudamente. Corrió detrás de un árbol, sacudiéndose las gotas del vestido y riendo.

Los elefantes lo estaban pasando estupendamente. Parecía que gozaban chapoteando en el arroyo y se echaban agua uno a otro hasta que estuvieron completamente mojados. Entonces el señor Diminuto los llevó de vuelta a sus árboles. «Domo», al ver que el osito «Bobo» estaba correteando bajo sus patas, agachó la trompa, agarró al animalito y suavemente se lo puso encima de la cabeza.

«Bobo» soltó un gruñido de susto y Fenella lanzó un grito:

—¡Oh, se va a caer, se va a caer! ¡Señor Diminuto, pronto, dígame que baje a «Bobo»! ¡Se va a caer!

Pero «Bobo» no se cayó, porque el enorme y delicado elefante lo mantuvo a salvo con su trompa todo el tiempo. Miraba a Fenella con sus sabios ojos de elefante y parecía decirle: «¡Cómo! ¿Creías realmente que iba a dejar caer a “Bobo”?».

Fenella volvió al carromato de su tía cuando ya era hora de comer. Atisbó el interior. Tía Lou tenía realmente un aspecto muy ceñudo.

—¡Ah, por fin has vuelto!, ¿eh? —dijo con su voz más afilada—. Toda la mañana jugando y luego vuelves para ver qué he puesto de comer. Mañana tendrás que empezar a trabajar, jovencita. ¡Qué manera de perder el tiempo!

—Tía Lou, yo... —empezó a decir Fenella.

Pero tía Lou no dejaba que nadie pronunciase una sola palabra una vez que ella había empezado a regañar.

—Y que no se te ocurra acercarte a la señora Connie o a sus monos. Es una mujer mezquina, desagradable y perezosa. Y cuando yo digo una cosa, la hago: no daré una sola puntada por esos monos suyos, ni una sola. Que

enhebre ella la aguja y se ponga a trabajar, aunque no sea más que para variar. ¡Y que le aproveche!

—Tía Lou, ¿puedo ir a comer con Willie? —preguntó Fenella tímidamente, tratando de meter algunas palabras.

—¡Ah, si quieres, puedes ir! —dijo tía Lou con voz agria—. Pero tendrás que volver por la tarde y lavarme muchas cosas.

—¡Oh, sí, tía! —dijo Fenella, y escapó agradecida escalerilla abajo.

Corrió por el campamento hasta donde estaba el coche-vivienda de Willie. «Chácharo» estaba afuera, picoteando la hierba. Willie asomó la cabeza por la ventanilla de su coche.

—¿Vienes a comer con nosotros? —preguntó—. Ya pensaba que lo harías. Sé lo que pasa cuando la vieja Lou tiene uno de sus arrebatos. Entra. Fenella disfrutó de una buena comida con tía Aggie y Willie.

—¿Quiere que la ayude a fregar? —preguntó después.

—No hace falta —dijo tía Aggie—. Willie se llevará los platos para fregarlos en el arroyo. Si quieres hacer algo, Fenella, podrías coserme algunos botones de esta camisa suya. Es una cosa que no sé hacer, porque los botones parece que se me escapan de las manos. Lo harás, ¿verdad? Tú eres una niña muy buena.

—Claro que lo haré —dijo Fenella, y empezó a trabajar con su mejor voluntad.

Willie, por su parte, se llevó al arroyo una bandeja llena de platos y los fregó allí. «Chácharo» iba con él y picoteó los restos dejados en los platos. Willie silbaba como un mirlo mientras estaba trabajando, y dos mirlos bajaron para admirarlo.

—¿Verdad que mi niño Willie es muy listo? —le preguntó tía Aggie a Fenella—. Lo mismo que su padre. ¿Ya has acabado de coser esos botones? ¡Ah, y además has zurcido ese agujero! ¡Dios mío, qué bien sabes manejar la aguja! Tu tía Lou se alegrará mucho con tu ayuda, lo sé.

—Creo que ahora tengo que irme, tía Aggie —dijo Fenella, poniéndose en pie—. Gracias por la espléndida comida. Ahora tengo que ayudar un poco a tía Lou. Corrió a su coche-vivienda. Tía Lou estaba sentada fuera cosiendo.

—¡Vaya, por fin has llegado! —dijo con voz algo más amable—. Bueno, entra y limpia un poco el coche. Y mañana, como te dije, tendrás que empezar a trabajar como es debido, y que no haya en eso equivocaciones.

CAPÍTULO XI

WILLIE NO QUIERE LECCIONES

El bullicio y el alboroto de la función de la noche empezó de nuevo una vez pasada la hora del té. La gente del circo se despojó una vez más de sus viejas y usadas ropas y se puso sus mejores galas. ¡Unos vestidos tan resplandecientes, unos trajes tan vistosos, unas plumas tan ondeantes y unos colores tan alegres! A nadie se le habría ocurrido pensar que eran las mismas personas que habían correteado aquí y allá por el campamento durante el día.

Fenella los veía salir a todos de sus carromatos y deseaba tener también un bonito vestido que lucir en la pista. Empezó a proyectar un vestido adecuado para ella. Luego, sacudiendo la cabeza, pensó: «¡Qué tonta soy! ¡Nunca apareceré en una pista como Willie! Por, tanto, no necesito ninguna alegre falda plisada. Pero, ¡oh, qué espléndido sería aparecer todas las noches como una princesa!».

La señora Connie hizo su aparición con la peluca dorada y la falda plisada. Todos sus monos iban vestidos con ropitas lindas y alegres. Fenella se preguntó si habría sido su tía la que había hecho esos trajes. Desde luego, estaban hechos de un modo magnífico. Fenella empezó a pensar en otras faldas y chaquetas para los monitos. Un uniforme rojo de soldado para «Jimmy» sería maravilloso.

La señora Connie le hizo un ademán de saludo a Fenella, pero la niña no se atrevió a sonreír y a corresponder al saludo, porque la tía Lou estaba cerca. Tenía la seguridad de que recibiría un buen sopapo si hacía aquello.

Luego, una vez más, empezó la función, y Fenella permaneció detrás de las grandes cortinas rojas oyendo cómo la gente gritaba y aplaudía al ver a los intérpretes ejecutar sus mejores números.

Presto, el malabarista y mago, se mostró muy hábil realmente. Podía mantener en movimiento doce pelotas a la vez, moviéndolas arriba y abajo por el aire, agarrándolas y arrojándolas de nuevo arriba, sin fallar una. Sus juegos de manos eran también maravillosos, y Fenella no podía imaginarse

cómo le era posible sacar tantos metros y metros de cintas de colores de su boca.

Lo miró tímidamente cuando salió. Éste era el hombre que iba a darles clases a ella y a Willie. ¿Tenía aspecto de hombre regañón o impaciente? Sabía que entonces le tendría miedo, porque Fenella no podía soportar voces airadas o miradas torcidas.

Presto no parecía ser ni regañón ni impaciente. Más bien parecía sentirse triste. Ni una sola vez había sonreído en la pista, aunque el público, entusiasmado, le había obligado con sus nutridos aplausos a repetir varios números. Pasó al otro lado de las cortinas con paso solemne, su larga y negra capa con un ribete escarlata ondeando detrás de él. Era un hombre alto y delgado, de penetrantes ojos oscuros y de cabello tan negro como la noche. En la pista llevaba el sombrero alto y puntiagudo, tachonado de brillantes estrellas, que se supone que los encantadores o brujos suelen llevar.

—Me asusta un poco —susurró Fenella a Willie, quien estaba a su lado juntamente con «Chácharo»—. No me gustaría que me diese lecciones, Willie.

Willie había oído a su madre hablar de aquella idea y no se sentía complacido lo más mínimo. Arrugó, deprimido, la nariz llena de pecas.

—¡También es una ocurrencia perder el tiempo aprendiendo lecciones! Yo nunca he estado en la escuela. ¿Has estado tú, Fenella?

—Claro que he estado —dijo Fenella—. Creía que todo el mundo tenía que ir a la escuela. ¿Cómo has aprendido algo, si no has ido, Willie?

—Bueno, mamá me enseñó un poco, aunque en realidad tampoco ella sabe mucho —dijo Willie—. Y una vez tuvimos una simpática equilibrista que se llamaba Ana, y me ayudó muchísimo. Estando en un circo no es fácil ir a la escuela, porque siempre estamos moviéndonos de un sitio a otro.

—¿Sabes leer? —preguntó Fenella.

Willie se puso colorado.

—Desde luego que sé —dijo—. No seas tonta.

Una ruidosa tempestad de aplausos les indicó que tío Ursie salía con sus osos. A través de las rojas cortinas salió haciendo reverencias con «Torpón» y «Bobo». Éste vio a Fenella y corrió a su encuentro inmediatamente, recibiendo un fuerte picotazo de «Chácharo» porque le había dado un empujón. Pero a «Bobo» no le importó. Tenía una piel demasiado gruesa para sentir una cosa así.

—¡Figúrate lo que significa poder ver esto todas las noches! —suspiró Fenella, encantada—. Nunca, nunca me cansaré, Willie.

—Te parecerá de lo más corriente al cabo de poco tiempo —dijo Willie, riéndose—. Ahora es porque todo te resulta nuevo. Espera hasta que lleves con nosotros un mes o dos; entonces ni siquiera te molestarás en venir a mirar por detrás de estas cortinas. Te acostarás pronto y dormirás profundamente en tu coche mientras nosotros estemos dando la función.

—¡De ninguna manera! —dijo Fenella indignada—. Querré siempre ver todos vuestros números, especialmente a ti y a «Chácharo» y al tío Ursie con sus osos. Creo que «Torpón» se muestra hoy muy listo por la manera que tiene de ponerse boca arriba.

—¿Te has fijado cómo se comportaba uno de los perros esta noche en la pista? —dijo Willie—. No dejaba de dar volteretas, de excitado que estaba. Y aun jugando al fútbol se ponía con la cabeza en el suelo una y otra vez. Lo hace siempre cuando está excitado.

Fenella se alegró al poderse acostar aquella noche. «Mañana, a trabajar —pensaba—. Lecciones con Presto. ¿O deberé llamarlo señor Presto? ¿Será ése su verdadero nombre? Me extrañaría. Toda la gente de circo tienen unos nombres muy raros. Y tendré que empezar a coser con tía Lou, sobre todo a remendar. Pero también habrá que hacer nuevos trajes después de esta función. Esto me gustará. Quisiera poder hacerle un trajecito a “Bobo”. Estará monísimo vestido de pies a cabeza. Pero tal vez no le guste. A los chimpancés y a los monos les gusta, desde luego».

Se quedó dormida. Al día siguiente no se despertó tan tarde como el anterior y llegó a tiempo de participar en el desayuno.

—¿Le hablaste a Presto de los niños? —preguntó tía Lou cuando tío Ursie se dispuso a ir a ver a sus queridos osos.

—Sí. Le parece muy bien. Dice que tiene libros y lápices —dijo tío Ursie—. Fenella y Willie deben ir esta mañana a las diez.

—¿Es un hombre amable, tío Ursie? —preguntó Fenella ansiosamente—. Lo digo porque está siempre tan serio y tan triste...

—Ahora que pienso en eso, la verdad es que nunca lo he visto sonreír —dijo tío Ursie, frotándose su gran nariz y tratando de recordar una sonrisa de Presto—. No, ni siquiera cuando «Sonrisa» se apoderó de la peluca dorada de la señora Connie y se la puso en la cabeza. Todos nos desternillábamos de risa, pero. Presto tenía el aire solemne de siempre.

—Es muy listo —dijo tía Lou—. Sabe hablar latín y griego. Es todo un caballero, no de nuestra clase. Y es también un buen maestro, Fenella, así es que puedes aprender mucho con él. Y cuídate de que Willie acuda con

regularidad, si puedes conseguirlo. Realmente, ya es hora de que ese niño aprenda a leer como Dios manda.

—Él dice que ya sabe —dijo Fenella, sorprendida—. Y es muy listo. Estoy segura de que será mejor que yo en todo y que me vencerá fácilmente.

—Bueno, eso ya lo veréis —dijo tía Lou—. Ahora te queda el tiempo justo para ayudarme a limpiar el coche antes de ir a las clases de Presto. Y esta tarde me ayudarás a remendar. Parece como si todo el mundo en la función de anoche se hubiera hecho un roto o arrancado un botón.

Fenella fue a buscar a Willie poco antes de las diez. Estaba dándole un baño a «Chácharo» en el arroyo. Al ganso le gustaba eso.

—¡Oh, Willie, es hora ya de ir al coche de Presto! —dijo Fenella impaciente, porque le molestaba llegar tarde adondequiera que fuese.

—No voy —dijo Willie.

Fenella se quedó mirándolo angustiada.

—¿Por qué no? —preguntó—. ¡Oh, Willie, no puedo ir sola!

—No quiero ir —dijo Willie sin mirar a Fenella en absoluto—. Una pérdida de tiempo, eso es lo que sería. ¿Es que no sé ganarme la vida y ayudar además a mi madre? ¿No vivimos bien sin necesidad de lecciones? No voy.

Los ojos de Fenella se llenaron de lágrimas. Estaba muy disgustada. Las lecciones sin Willie resultarían aburridísimas.

—Willie, no me gustaría ir sin ti —dijo con una vocecita muy débil—. Ven tú también.

—¿Por qué has de molestarte en ir? —dijo Willie con tono más bien despectivo. Echó un cubo de agua sobre «Chácharo», y el ganso graznó encantado.

—Bueno, tú sabes que tengo que ir —dijo Fenella—. Tía Lou me reñiría muchísimo si no fuera. Creo que incluso me pegaría. Y de cualquier modo, Willie, las lecciones son divertidas. Me gusta leer y hacer sumas. Y también me gusta escribir. Y me encanta oír hablar de otros países y de otras gentes.

—Bueno, pues entonces ve tú —dijo Willie, sin mirar todavía a Fenella.

La niña no podía imaginarse por qué Willie se comportaba así; era algo que la intrigaba.

—Mírame, Willie —dijo de pronto—. ¿Por qué no me miras cuando hablas, como haces siempre?

Willie alzó los ojos hasta ella y luego desvió de nuevo la mirada. Pero vio el rostro entristecido de la niña y las lágrimas que le asomaban a los ojos. Refunfuñó.

Fenella se quedó parada unos momentos más, y luego, como Willie seguía bañando al ganso, dio media vuelta para irse.

—Bueno, entonces, adiós —dijo todavía con una vocecita temblorosa—. Las lecciones no me gustarán mucho si no estás tú.

Cruzó el campamento para dirigirse al coche-vivienda de Presto. Era un coche negro pintado con estrellas, soles y lunas dorados y plateados. A la puerta estaba sentado un gran gato negro, tomando el sol. Siempre salía a la pista con Presto y se sentaba allí solemnemente mientras su amo trabajaba. Luego salía con él.

Fenella se sentía muy desgraciada. No quería recibir lecciones ella sola del solemne mago. Miró la puerta cerrada del coche y el gato sentado silenciosamente en la escalerilla. ¿Debería llamar? ¿Le importaría al gato que pasase a su lado? Tenía un aire tan solemne como el mismo Presto.

Se detuvo unos momentos sin saber qué hacer. Luego oyó pasos detrás de ella y sintió que una mano le agarraba del brazo.

—Yo también vengo, Fenny —dijo la voz de Willie—. No me hacía gracia dejarte sola.

—¡Oh Willie! —exclamó Fenella, encantada, con rostro resplandeciente—. No sabes lo mucho que te lo agradezco. Ahora me siento otra. ¿Por qué has cambiado de idea?

Willie no se lo dijo. Su buen corazón no podía soportar ver a la niña marcharse tan sola, con un aire tan decepcionado y triste. El chico le sonrió y llamó ruidosamente a la puerta de Presto, haciendo que el gato saltara asustado y escapase escalones abajo.

—Aquí estamos —dijo Willie—. y esperemos que yo le agrade a Presto, porque no quiero verme convertido en un gato como esta pobre «Cenicienta».

—Adelante —dijo una voz baja y tranquila.

Abrieron la puerta y entraron. Iban a empezar las lecciones con el mago. Fenella se preguntaba si le gustarían. Esperaba que sí.

CAPÍTULO XII

DANDO CLASE CON EL MAGO

Presto el mago no iba vestido ahora con su larga capa negra ribeteada de rojo ni llevaba el alto y puntiagudo sombrero que Fenella le había visto la noche anterior. Estaba sentado a una mesa vestido con un jersey azul oscuro y pantalones del mismo tono azul: pareciéndose un poco a un pescador. Sus penetrantes ojos miraron a los dos niños, y Fenella tuvo la seguridad de que él podía ver lo que estaba pensando.

—Buenos días —dijo—. Me alegro de que hayáis venido. Tú eres Fenella, ¿verdad?

Su voz y su manera de hablar no se parecían en nada a las de otras personas del circo. No sonreía, pero tampoco parecía estar enfadado. Simplemente, tenía un aspecto serio y solemne.

—Sí, soy Fenella —dijo la niña tímidamente—. Es usted muy amable al consentir en enseñarnos, señor Presto.

—¿Sabes leer? —preguntó el mago. Empujó un libro hacia ella y lo abrió por una página—. Léeme un poco de esto, si puedes.

Fenella miró la página. Era muy fácil. Leyó en voz alta con toda claridad. «El gato vio un ratón y corrió detrás de él. El gato no pudo coger al ratón. Llegó el perro y...».

—Ya veo que eso es muy fácil para ti —dijo Presto—. Prueba aquí.

Le dio otro libro y Fenella leyó sin titubeos: «La princesa estaba perdida en el bosque. Miró en torno, pero los grandes árboles oscuros tapaban la luz del sol, y ella no sabía qué camino tomar. De pronto...».

—Bueno, sabes leer tan bien como yo —dijo Presto con una voz como si estuviera sonriendo. Pero no lo estaba. Tenía el aspecto tan solemne de siempre—. Eso está muy bien. Eres la primera niña de circo que yo haya conocido que sepa leer sin titubeos a tu edad.

—Bueno, en realidad no soy una niña de circo —explicó Fenella—. Por lo menos no lo he sido hasta hace unos días. Vivía con mi tía en una casa e iba a la escuela. Algunas veces fui la primera de la clase, señor Presto.

—Y ahora, Willie —dijo Presto, alargándole a Willie el primer libro que le había dado a Fenella.

Willie cogió el libro. Fenella vio que una oleada de rubor subía al rostro del niño y que incluso el cuello se le ponía colorado. ¿Qué le pasaba?

Willie carraspeó.

—El gato... —empezó— el gato vio un ratón...

—Espera —dijo Presto—. Eso es lo que leyó Fenella. Le he dado la vuelta a la hoja. Ahora el cuento trata de un perro.

—¡Oh! —dijo Willie. Pegó los ojos a la página—. El perro... —empezó, y se detuvo. Fenella miró adonde estaba leyendo.

—El perro corrió —lo ayudó ella.

—El perro corrió al... al... al... —tartamudeó Willie.

Fenella se quedó mirándolo sorprendida. ¿Sería posible que el maravilloso y portentoso Willie Winkie, el Silbador, no supiera leer ni siquiera unas palabras tan cortas? Willie no quería mirar a Fenella.

—¡Oh, Willie! ¡No sabes leer, y dijiste que sabías! —reprochó Fenella.

—Creí que sabía —masculló Willie.

Presto le recogió el libro de las manos.

—Pronto sabrás —dijo—. Si vienes a clase todos los días, aprenderás mucho. Tú eres un muchacho listo, como todos sabemos. Aprenderás fácilmente.

Willie se animó un poco. Dirigió una rápida mirada a Fenella para ver si ésta lo miraba con desprecio. Pero no había nada de eso. Ella le dio un pellizco en el brazo.

—¡Oh, Willie, podré ayudarte! Quizá tía Lou me deje ir a tu coche por la tarde con un libro y lo leeremos juntos. Me alegro de saber por lo menos una cosa mejor que tú, porque así no me siento tan pequeña y tan tonta. Mira, en este circo todo el mundo parece que sabe hacer algo realmente maravilloso, todo el mundo excepto yo, incluso «Chácharo», tu ganso. No puedo remediar alegrarme por saber leer mejor que tú.

Willie le dirigió su acostumbrada alegre sonrisa. Mientras Fenella no lo despreciase por tener tan pocos estudios, todo iría bien. Willie no podía soportar que lo mirasen con menosprecio. La niña le devolvió la sonrisa.

—Pronto sabré leer mejor que tú —dijo Willie—. ¿No es verdad, Presto?

—Ya veremos —dijo Presto—. Fenella, vamos a ver cómo sabes escribir. Mientras tú escribes, yo ayudaré a Willie en lo de la lectura.

Fenella se sentó a la mesa con un lápiz y un cuaderno. Le gustaban las lecciones. Quería demostrarle a Presto la letra tan bonita que tenía. Escribió

cuidadosamente mientras Willie tropezaba a cada momento en la lectura de una página muy fácil.

«Cenicienta», la gran gata negra, entró y se sentó en la mesa al lado de Fenella. La gata tenía los más brillantes ojos verdes que Fenella había visto nunca.

—¿Es mágica? —preguntó la niña—. Parece como si lo fuera.

—Entonces quizá lo sea —dijo Presto—. Dibujaremos un círculo de tiza alrededor de ella cuando hayamos acabado la lección esta mañana... bueno, eso si te portas bien, y diremos unas cuantas palabras mágicas a ver qué ocurre.

Fenella se sintió excitada. Aquello era mejor que tener lecciones en la escuela. Nunca había tenido un gato mágico sentado a su lado esperando que le pintaran un círculo de tiza alrededor. Se inclinó de nuevo sobre su escritura, escuchando la voz de Willie.

Presto era un buen maestro. Era muy paciente y no reñía en absoluto. Fenella le miraba su solemne rostro y sentía simpatía por él. Le gustaba la bonita mirada limpia que tenía, sus ropas limpiísimas y su voz tranquila y educada. Parecía más bien un maestro que un artista de circo.

La caligrafía de Willie era aún peor que su lectura. Sus conocimientos de aritmética eran muy escasos. De cabeza podía hacer rápida y correctamente cualquier suma, pero si Presto le ponía alguna en un papel, no sabía resolver ni siquiera la más fácil.

—Sí, muchacho, tienes un cerebro despejado y rápido, y te digo esto: si lo usas bien y lo ejercitas, irás lejos —dijo Presto con su seria voz—. Pero si no lo ejercitas, no te será de mucha utilidad o placer. Ahora tú eres quien tiene que elegir.

Willie estaba cansado de lecciones. No le gustaba estar encerrado en un coche cuando podía estar en la colina con los perros o corriendo por el campamento con los caballos. Miró a Presto y presintió que iba a ser un gran aburrimiento aquello de tener que seguir dando lecciones.

—Bueno, lo intentaré —dijo por fin—, pero hay infinidad de gente del circo que vive muy bien sin necesidad de libros.

—Vivirían mejor aún teniéndolos —dijo Presto—. Bueno, Fenella, como te has portado bien y me has escrito una hermosa página, veremos si «Cenicienta» es una gata mágica o no.

Presto bajó a «Cenicienta» de la mesa y la trasladó al extremo del coche. Retiró la esterilla y dejó al descubierto un suelo pintado de negro muy pulimentado.

Hizo un ruido curioso con la lengua, y «Cenicienta» corrió al centro de aquel suelo y se sentó, enroscando la cola. Alzó hacia su dueño una mirada de sus extraños ojos verdes.

Presto dibujó alrededor de ella un círculo de tiza. Recitó luego una letanía de palabras raras que Fenella pensó debía de ser un conjuro mágico. Escuchaba con un poco de miedo. Willie miraba la escena con una sonrisa. Ya tenía vistos muchos trucos maravillosos de Presto.

La gata maulló ruidosamente tres veces. Entonces Presto le habló en voz baja:

—«Cenicienta», gatita mía, ¿tienes un regalo para la niña buena? Dime, ¿tienes un regalo?

—¡Miau! —dijo «Cenicienta» ruidosamente, mirando a Fenella.

—Bueno, entonces puedes salir del anillo mágico y enseñarnos lo que has conseguido para Fenella —dijo Presto.

La gata se enderezó y salió del anillo, ondeando su larga cola negra en el aire. Donde había estado sentada había un pañolito blanco plegado en dobleces muy pequeños.

—Ahí está tu regalo, Fenella —dijo Presto—. Recógelo.

—¿Cómo ha llegado ahí? —preguntó Fenella, asombrada—. No estaba cuando «Cenicienta» fue y se sentó. ¡Es cosa de magia!

Recogió el pañolito y lo abrió. En un pico estaba bordado un diminuto gato negro con ojos verdes, exactamente igual que «Cenicienta».

—¡Oh, es precioso! —dijo Fenella, complacida—. ¿De verdad es para mí? Gracias, señor Presto. Gracias, «Cenicienta».

Willie se sonrió al oír como Fenella daba las gracias a «Cenicienta», que estaba ahora sentada vuelta de espalda a todos, como si estuviese aburrída de estar con ellos. Presto no sonrió, pero sus ojos miraron a Fenella de un modo amable.

—No faltes mañana —dijo—. Es un placer enseñar a una niña tan aplicada como tú.

Los niños salieron juntos del coche.

—No sonrío nunca, pero su voz sí que parece que sonrío a menudo —dijo Fenella—. ¿No es un bonito juego de manos? El mejor que yo haya visto nunca. Willie, ¿no te gusta dar clases con el señor Presto?

—No, no me gusta —dijo Willie—. Me fastidia tener que estar sentado tanto tiempo. Voy a irme a las colinas con los perros. ¿Vienes, Fenny?

Pero Fenella no podía, porque era ya casi la hora de la comida y no quería tener disgustos con tía Lou.

—¿No es la hora de que comas tú también? —le preguntó a Willie.

—A mamá no le importa a qué hora tenemos que comer —dijo Willie—. ¡Hola, «Chácharo»! ¿Me has echado de menos? Quizá mañana te lleve también a la clase. Entonces aprenderás muchísimo.

Fenella se echó a reír y salió corriendo hacia el coche de su tía. Había pasado muy bien la mañana y tenía el pañolito para demostrarle a su tía que le había sido simpática a Presto. Y por la tarde podría trabajar cosiendo algunos de los bonitos vestidos del circo con objeto de tenerlos listos para la noche. Luego podría ver de nuevo la función a través de las cortinas. Nunca se cansaría de eso, nunca, aunque Willie dijese lo contrario.

CAPÍTULO XIII

PASAN LOS DÍAS

Pronto había transcurrido toda una semana. Fenella sentía como si llevase meses viviendo en el campamento del circo. Empezaba a acostumbrarse a aquella vida tan diferente, y le gustaba.

Por las mañanas ayudaba a su tía a limpiar el coche, y a las diez iba con Willie al coche de Presto. El niño se llevó el ganso el segundo día, y tan pronto como «Cenicienta» lo vio, intentó arañarle y le dio un bufido.

Para gran sorpresa suya, «Chácharo» le devolvió el bufido, con más fuerza aún. «Cenicienta» arqueó el lomo y puso la cola tres veces más gruesa que su tamaño normal. El ganso graznó ruidosamente, y «Cenicienta» retrocedió asustada. Nunca había visto antes al ganso tan cerca, porque «Cenicienta» era una gata casera y casi nunca salía del coche-vivienda.

Luego «Chácharo» puso hábilmente la cabeza debajo del ala, dando a entender que se quedaría allí sentado echando un sueñecito mientras Willie hacía lo que quiera que fuese en aquel extraño coche. «Cenicienta» se quedó asombrada al ver desaparecer la cabeza del ganso.

—¡Vaya, el ganso también sabe hacer cosas mágicas, «Cenicienta»! —dijo Presto con la voz que Fenella llamaba «sonriente»—. Willie, si quieres que tu ganso venga a las clases, debe esperarte fuera. No puedo permitir que «Cenicienta» esté bufando y gruñendo todo el tiempo.

Así, pues, «Chácharo» tenía que esperar fuera. Tomaba el sol en el escalón de arriba, con gran fastidio de «Cenicienta», a la que le molestaba que le hubiesen quitado su sitio favorito. Pero nada podía apartar al corpulento y pesado ganso una vez que se había apoderado del puesto. Y a «Cenicienta» tampoco le hacía ninguna gracia la vista de aquel pico tan ágil y rápido.

Por las tardes, Fenella se sentaba con su tía para la labor de costura requerida por el circo. Siempre había muchísimo que hacer. Tía Lou regañaba porque decía que la gente del circo era muy descuidada con sus ropas.

—Si tuvieran que coserse ellos mismos los botones y remendarse los «sietes», tendrían más cuidado —decía enhebrando la aguja—. Y mira esta

falda de la señora Connie. Creo que la rompe a propósito. Éste es el tercer día que la manda para que se la zurzan.

—Yo lo haré, tía Lou —decía Fenella, sabiendo que su tía estaría regañando todo el tiempo si tenía que emplear una hora o dos con los vestidos de la señora Connie. La mujer de los monos no se había atrevido a enviar ninguno de los vestiditos de sus animales desde su disputa con tía Lou. Uno o dos de aquellos vestiditos estaban empezando a tener un aspecto muy feo, pero Fenella no se atrevía a ofrecerse a zurcirlos. Temía producir otro choque entre las dos mujeres.

A la hora del té dejaban el trabajo, y Fenella miraba como la gente del circo se preparaba como de costumbre para la función de la noche. Había siempre una gran barahúnda, y la niña se asombraba al ver la mucha frecuencia con que la gente del circo perdía u olvidaba algo que necesitaba para la noche.

—¿Dónde está mi balancín? —Solía lamentarse el señor Wriggle—. Lo puse por aquí, en cualquier sitio. No puedo andar en el alambre sin mi balancín. ¿Lo ha visto alguien?

—Debía de ser lo que llevaba «Sonrisa» o «Seriote» —decía Fenella—. Yo me preguntaba qué sería aquello. ¡Oh Dios mío, señor Wriggle, espero que los chimpancés no se lo hayan roto!

—Lo habrán escondido en el coche del señor Hola, me imagino —decía el señor Wriggle—. Ahí es donde esconden siempre sus tesoros. Gracias, Fenella. Oye, ¿no te gustaría verme andar sobre la cabeza?

—¡Oh, no, gracias, señor Wriggle! —decía Fenella—. No me gustaría. Por favor, no me haga siempre la misma pregunta.

Pero Wriggle siempre se la hacía. En realidad, nunca lo había visto todavía andar sobre la cabeza y esperaba que nunca llegaría a verlo. Pensaba que tenía mucho mérito la forma como contorsionaba su elástico cuerpo en toda clase de posturas raras; pero no era una cosa que le gustase mucho. Era un acróbata muy notable y gran amigo de todo el mundo.

Wriggle no era el único que perdía cosas. La señora Connie perdía cosas regularmente, y lo mismo le pasaba a Aggie, la madre de Willie. Fenella se daba mucha maña para encontrar lo que se había perdido, y todo el mundo estaba de acuerdo en que la niña era muy útil. Tía Lou se sentía bastante orgullosa de ella. Pero no lo decía. Seguía mostrando una lengua tan afilada como siempre, y si Fenella cosía un botón donde no correspondía o torcía un plisado, la reprendía con mucha furia. El tío Ursie se mostraba muy turbado cuando oía a tía Lou reprendiendo a la niña.

—Vamos, es mejor que dirijas esa lengua tuya contra mí —solía decir—. A mí no me importa, Lou, estoy acostumbrado. Todo lo que me dices me resbala por la espalda como el agua sobre las plumas de «Chácharo». Pero Fenella no está acostumbrada. Es una buena niña y no deberías reprenderla así.

—A los niños les conviene que les riñan de vez en cuando —contestó tía Lou—. Y haz el favor de no meterte en lo que hago, Ursie, o te arrepentirás.

Los sábados daban dos funciones, una por la tarde y otra por la noche. Así, pues, aquel día no había clases, porque era preciso remendar, coser y zurcir desde por la mañana. Cuando llegaba la noche del sábado, la gente del circo estaba cansada. Era corriente que hubiese quien perdiera el humor. Fenella oyó como Miko y Tricks, dos de los payasos, discutían con grandes voces, y se alarmó.

—¡Me marcharé! —gritaba Miko—. ¡No quiero trabajar de nuevo contigo, Tricks! Tú siempre procurando que las carcajadas sean para ti y comportándote como si no tuvieses un compañero. Me iré al espectáculo de Nicky y dejaré que te las compongas solo.

—¿De verdad va a hacer eso? —preguntó Fenella al tío Ursie—. ¡Miko, que quiere tanto a Tricks! Llevan juntos muchos años, ¿no es verdad?

—Mañana por la noche serán otra vez tan amigos como siempre —dijo tío Ursie, tranquilizándola—. En un circo como éste hay muchos estallidos de malhumor, pero siempre se arreglan. Y, si no se arreglaran, el señor Crack hace acto de presencia y pronto termina con la cuestión, puedo asegurártelo.

Y efectivamente, a la noche próxima, después de un domingo tranquilo y apacible, con las campanas de las iglesias sonando en los pueblos de los alrededores, Miko y Tricks eran tan buenos amigos como siempre, y Fenella, con gran alegría por su parte, los vio pasear por el campamento cogidos del brazo como de costumbre. Verdaderamente, ella no podía soportar que la gente se pelease.

—Yo nunca me pelearé contigo, Willie —le dijo—. Y tú nunca te pelearás conmigo, ¿verdad?

—No lo creo —dijo Willie—. Pero nunca se sabe. Las cosas estallan de pronto.

—Bueno, pero se necesitan dos para pelear, y tú puedes decirme todo lo que quieras, pero yo no te replicaré —dijo Fenella—. Willie, ¿cuándo se trasladará el circo? Será divertido sentir cómo se mueve la «roulotte» sobre sus ruedas. Nunca he ido en una por la carretera.

—Pues en la carretera estaremos dentro de una semana —dijo Willie—. Y creo que vamos a ir a un sitio de playa, Fenella. Eso te gustará. Podremos llevar a los perros a que den su carrera todos los días por la arena o en los acantilados. Y quizá podamos bañarnos. Aunque yo no sé nadar. ¿Sabes tú?

—Sí —dijo Fenella, feliz al pensar que había otra cosa que ella sabía hacer y Willie no—. Te enseñaré. Es fácil. «Chácharo» puede nadar con nosotros.

Los días pasaban volando. En aquellos últimos días no ocurrió nada importante, excepto que «Sonrisa» cayó en desgracia por haberse escapado del campamento yendo a una casa próxima donde arrancó todas las flores del jardín. Regresó muy complacido trayendo un ramo enorme de flores de todas clases.

Al señor Crack no le gustó aquello. Le gritó al señor Hola.

—¡Tenga más cuidado con su chimpancé! ¿Es que quiere que venga la policía aquí por culpa de ellos? Le va usted a pagar a la señora de esa casa lo que le pida por las flores.

«Sonrisa» fue severamente castigado. Le quitaron la gorra, cosa que no le hizo ni pizca de gracia, porque siempre se sentía muy orgulloso al llevar una. Lo hicieron estar en su jaula todo un día en lugar de recorrer el campamento con Willie o el señor Hola o cualquiera que quisiese sacarlo a pasear. Se le prohibió a todo el mundo hablar con él aquel día.

Fenella le tenía mucha lástima. Estaba segura de que «Sonrisa» no había querido hacer daño. Había visto las flores y le habían gustado, por eso las había cogido. Pero «Sonrisa» sabía mejor que ella por qué lo había hecho: por espíritu de travesura, y el señor Hola sabía que era su obligación castigarlo.

La última función en aquella comarca fue un gran éxito. Todo el mundo trabajó mejor que de costumbre. El señor Groggy dio suelta a un número doble de globos. Los monos de la señora Connie arrojaron barras de chocolate a los niños que aplaudían desde los bancos. «Millie» mordía la suya antes de arrojarla y se quedaba con un pedazo para ella. La señora Connie los encontró aquella noche escondidos en el sombrerito de la mona.

«Dick», «Domo» y «Dolly» arrojaron pelotas al público, y el señor Diminuto gritó que cualquier niño o niña que cogiese una podía quedarse con ella. En conjunto fue una noche excitante y gloriosa, y el señor Crack estaba de tan buen humor, que no dejó de sonreír ni un momento. En realidad, el único que ni sonrió ni se rió una sola vez fue Presto, pero Fenella pensó haberle visto chispear los ojos.

—¿Por qué no sonrío usted nunca? —le preguntó ella cuando él se le acercó para escuchar los aplausos que siguieron a la bonita interpretación de los elefantes—. Usted nunca sonrío, señor Presto. ¿Es que no sabe?

Presto no dijo nada. Willie le tiró a Fenella de la manga.

—No le preguntes eso —susurró—. Una vez le ocurrió algo espantoso e hizo promesa de que nunca más volvería a sonreír. Y nunca sonrío.

Fenella se arrepintió de haber hecho la pregunta. Se apartó sin dejar de mirar la alta y solemne figura de gran capa negra y puntiagudo sombrero. A veces Fenella pensaba de verdad que Presto era un encantador del país de las hadas. Tenía un aspecto impresionante con sus profundos ojos oscuros y su cabello negro como el azabache.

El circo había marchado muy bien aquellas dos semanas. El señor Crack hizo un reparto muy generoso y todo el mundo recibió una buena cantidad de dinero. Incluso tía Lou se mostró complacida y le dio a Fenella un chelín para que comprase lo que quisiese.

—¡Oh, gracias! —dijo Fenella.

Y luego tío Ursie le dio dos chelines. Fenella tuvo la sensación de ser rica. Compraría helados de nata para ella y para Willie. ¿No le gustarían también a «Chácharo»? Sabía que a «Sonrisa» y a «Seriote» le gustaban, y, en cuanto al pequeño «Bobo», sería capaz de comerse una docena.

—Mañana, a empaquetar las cosas y en marcha —dijo tío Ursie a Fenella—. Te aseguro que es todo un trabajito. Tampoco a los animales les gusta. Ya verás el ruido que hacen. Tú, si quieres, puedes encargarte de «Bobo». Te ha tomado tanta simpatía, que hará por ti cualquier cosa, y podrás mantenerlo tranquilo y contento.

—¡Oh, desde luego! —prometió Fenella sintiéndose muy feliz.

Esperaba encantada el traslado. Puede que fuese un trabajo molesto para la gente del circo, pero todo sería una novedad para Fenella.

—Nuestra «casa» rodará sobre sus ruedas —le dijo a «Rosalinda», su muñeca, aquella noche en la cama—. ¿Crees que te gustará? Una casa que se mueve de un lado a otro y recorre kilómetros y kilómetros. ¡Qué excitante!

CAPÍTULO XIV

EL CIRCO SE PONE EN MARCHA

Al día siguiente, el personal del circo estaba más ocupado que nunca. Por lo pronto tenían que desmontar la gran tienda del circo. Había que meter todos los bancos bien apilados en grandes furgones. En otro furgón había que colocar los postes de acero del alambre del equilibrista, la red de tenis que los elefantes utilizaban para su partida, las mesas y las extrañas sillas de los payasos.

El campamento debía quedar desierto a una hora determinada. Todos los furgones, carretas, carros y demás vehículos habían de ponerse en marcha uno tras otro. Los camiones irían delante, seguiría la bonita «roulotte» del señor Crack y luego todos los carromatos tirados por caballos y los carros.

—¿Qué pasa con los elefantes? —preguntó Fenella al ver cómo tío Ursie cerraba el costado de la jaula de los osos—. ¿También ellos van en jaulas? No he visto ninguna donde quepan.

—No, ellos van andando —dijo el tío Ursie—. Son más bien lentos; por eso serán los últimos en salir, y nos alcanzarán ya de noche.

«Sonrisa» y «Seriote» fueron metidos en el carromato del señor Hola. La puerta estaba cerrada con llave y las ventanas bien aseguradas, por lo que los chimpancés estaban a salvo. Fenella veía sus peludas caras atisbando por la ventana con aire más bien triste.

Los monos estaban todos en su propio carromato pequeñito. Los perros iban en su jaula de viaje, inquietos y de bastante malhumor por estar encerrados después de su largo tiempo de libertad. Los espléndidos caballos de circo iban a ser conducidos en una larga reata por Fric, Frac y Malvina.

—¿Quién va a llevar la magnífica carroza dorada del señor Crack? —preguntó Fenella—. Porque la llevaremos también, ¿no?

—Desde luego —dijo tío Ursie—. Quizá se encargue de eso Willie. La última vez fue él quien lo hizo. Malvina dice que le aburre hacer una cosa así cuando puede llevar la reata de caballos con Fric y Frac.

—¡Oh!, ¿pero de verdad es Willie quien va a llevar la carroza dorada? — exclamó Fenella—. Tío Ursie, ¿cree usted que él me dejaría guiar a mí también?

—Yo no sabía que supieras guiar —dijo tío, Ursie. Estaba colocando al viejo caballo castaño propiedad suya y de tía Lou entre las varas de su rojo carromato—. Vamos, ponte aquí. Cualquiera pensaría que nunca has estado antes entre varas, «Perezoso».

—No sé conducir —dijo Fenella—. Lo que yo quería decir es si Willie me dejaría sentarme a su lado. ¡Me gustaría tanto...! ¿Cree usted que podría sentarme en esa carroza?

—¿Por qué no? —dijo tío Ursie—. ¿Te haría sentirte eso muy orgullosa, Fenny?

—¡Oh, sí, me sentiría como una princesa! —exclamó Fenella. Luego se le ensombreció la cara—. Pero, ¿cree usted que le importará a tía Lou? Lleva enfadada todo el día.

—A nadie le gustan los días de mudanza —explicó tío Ursie—. Vaya, por fin te has dejado enganchar, «Perezoso». Ahora no vayas a salir galopando hasta que yo haya terminado.

Fenella sonrió. «Perezoso» no tenía el aspecto de poder galopar ni siquiera dos pasos. Era el caballo más gordo que Fenella hubiese visto nunca. Le resultaba simpático. Tenía unos grandes ojos castaños y le resoplaba a la niña en el hombro cuando se le acercaba. Ahora Fenella se asombraba muy a menudo de sí misma. Hacía cosas que nunca habría soñado poder hacer tres semanas antes. Nunca se le habría ocurrido ponerse a menos de diez metros de un caballo. Ahora hablaba con todos ellos y había aprendido a acariciarlos del mismo modo cariñoso que toda la gente del circo.

Fenella se sentó en la escalerilla de su coche y vio el afanoso espectáculo que se ofrecía en el campamento. Los camiones iban saliendo por el portalón, pesadamente cargados, cubiertos todos con grandes lonas para que las cosas estuvieran seguras y no se mojasen en caso de lluvia. Luego iba el auto del señor Carl Crack, conducido por él mismo, llevando a remolque su hermosa «roulotte», que se bamboleaba sobre los surcos del campo.

Se quitó el sombrero de copa al salir por el portalón.

—Les veré a todos ustedes más tarde —gritó a la gente, y sus subordinados lo saludaron agitando los brazos. Luego, por la estrecha carretera, avanzó su «roulotte» tirada por el potente automóvil.

«Dick», «Dolly» y «Domo» los tres elefantes, estaban aguardando pacientemente bajo el árbol que llegase su hora de salir también ellos por el

portalón. «Domo» barritaba ruidosamente. El señor Diminuto le dio unas palmaditas en la trompa.

—No seas tan impaciente. Sabes que nosotros somos los últimos en salir. Llegaremos a buena hora.

A continuación, los carromatos de brillantes colores empezaron a salir por la puerta del campamento, uno tras otro, tirados por los caballos respectivos: animales completamente distintos de los orgullosos y brillantes caballos de circo. «Perezoso» y «Trébol», «Margarita» y «Castaña», «Estrella» y «Gruñón», todos caballos corrientes, estaban ahora en lo suyo y tiraban de los carromatos andando lenta y pacíficamente.

—¿Cuándo salen los caballos del circo? —preguntó Fenella, mirándolo todo y esperando impaciente que su coche-vivienda se pusiera en movimiento.

—Ellos van por un camino diferente, a campo traviesa y por los bosques —explicó tío Ursie—. Para ellos eso es mejor que las duras carreteras. —Ahora salen. Malvina va en el caballo guía. ¡La de cosas que sabe hacer esa muchacha con los caballos! Cuentan que la pusieron a cabalgar antes de que tuviera dos meses.

Malvina, tan elegante y encantadora como siempre, iba montada con gran esbeltez en el espléndido caballo guía. Era una de las pocas personas del circo que tenía el mismo aspecto delicioso en la pista que fuera de ella. Juntamente con Fric y Frac, pasaba la mayor parte del tiempo con sus queridos caballos, y Fenella apenas tenía ocasión de dirigirles la palabra. Siempre estaban muy ocupados.

Más carromatos cruzaron el portalón. Entre ellos, los dos pertenecientes a la señora Connie. Fenella pudo oír cómo los monos chillaban excitados. La señora Connie, pareciéndose más que nunca a uno de sus monos, guiaba el primer carromato. Miko guiaba el furgón de los monos, con Tricks silbando a su lado,

Pasó el furgón del señor Groggy. El impresionante coche-vivienda de Presto se deslizó por el portalón, tirado por un caballo negro cómo el ébano. Presto en persona guiaba el vehículo, con un aspecto tan solemne como siempre, y a su lado, seria y solemne también, iba «Cenicienta», su gata negra.

«Estoy segura de que “Cenicienta” es una gata mágica —pensó Fenella mirándola—. ¡Oh, allí van los chimpancés! Pobre “Sonrisa” y pobre “Seriote”: no les gusta estar encerrados».

Luego llegó el turno de Fenella. La jaula de viaje de los osos era conducida por el tío Ursie, y el rojo coche-vivienda lo llevaba tía Lou. Un caballito blanco tiraba del furgón de los osos, trotando rápidamente, ondeando su blanca crin.

—Pertenece a la reata de caballitos blancos como la nieve de Malvina —explicó el tío Ursie—. Pero ahora es ya demasiado viejo para la pista. Por eso se lo compré a Malvina, para que tirase del furgón de los osos. Él está muy contento permaneciendo en el circo. Se sentiría muy solo sin toda la gente a la que conoce.

Fenella subió al rojo carromato. Quería sentir el primer movimiento que hiciera. Tía Lou arreó a «Perezoso». Éste dio un paso adelante y tiró del carro. Fenella lo sintió moverse: ahora corría bamboleándose sobre las cuatro ruedas. Estaban en marcha.

«Nuestra casa empieza su viaje —se dijo Fenella, encantada—. Es delicioso. Bump, bump, chaque, chaque, así camina por el campamento donde tanto tiempo hemos estado. Esto me gusta más que una casa con sus raíces en el suelo. Es divertido tener una casa que se mueve. ¡Vamos adelante, “Perezoso”!».

Pasaron junto a la carroza dorada a la que Willie estaba enganando los seis caballitos blancos como la nieve.

Fenella le gritó al pasar:

—¡Willie, nos vamos! A ver si nos alcanzas. Y oye, por favor, ¿podría sentarme alguna vez contigo y con «Chácharo»?

—¡Por el amor de Dios, niña, no me grites al oído de esa manera! —dijo tía Lou.

Fenella saltó del coche-vivienda y corrió hacia Willie.

—Willie, ¿no has oído lo que te he dicho? ¿Puedo ir contigo algunos ratos?

—Claro que puedes —dijo Willie—. En el pescante hay sitio para ir sentados los dos, y además «Chácharo», y quizá te guste meterte dentro de la carroza cuando tengamos que pasar por un pueblo o una ciudad. Eso hará que todo el mundo te mire.

—¡Oh, Willie!, ¿podrá ser? —dijo Fenella, encantada—. Me estaba preguntando si sería posible eso. Mantente cerca de nosotros si puedes, porque estoy segura de que tía Lou no querrá perderme de vista si puede conseguirlo.

—¡Fenella! ¡Fenella! —gritó la profunda voz de bajo de tío Ursie—. Ven enseguida. Te estamos esperando.

—Ahora mismo voy —gritó Fenella, y corrió por el campamento hasta la puerta.

Se sentó al lado del tío Ursie en el pescante del furgón de los osos, porque vio que tía Lou tenía en el rostro una expresión de impaciencia, lo que demostraba que no quería tenerla al lado.

Se pusieron en marcha, cruzaron la puerta y bajaron por el camino, en dirección al fondo del valle para luego subir otra colina. El viento soplaba fresquito y el sol brillaba. Campos de ranúnculos se extendían con sus botones dorados a ambos lados del camino. Fenella se sentía muy feliz.

Tía Lou la llamó.

—Fenella, esta mañana no he tenido tiempo de limpiar el coche. Entra y hazlo tú como una buena chica.

Fenella bajó del lado de tío Ursie y subió al coche rojo y empezó a limpiarlo. Resultaba raro estar allí de pie mientras se bamboleaba y traqueteaba por el camino, pero era divertido. Fenella notó que tía Lou había retirado todo lo que podía caerse y romperse.

—Ya está, tía Lou —dijo, y subió al lado de su tía—. Esto es estupendo. Me gusta mucho un viaje como éste. ¿A usted no?

—Lo he hecho ya tantas veces, que realmente no me doy ni cuenta —dijo tía Lou. Pero de cualquier manera parecía disfrutar con la apacible andadura del caballo y con los dorados campos de ranúnculos—. A mi hijita también le gustaba esto —dijo, meneando la cabeza.

Fenella quiso hacerle preguntas sobre su hijita, pero sabía que eso no le gustaba. Así, pues, no dijo nada. «Perezoso» seguía caminando con su paso cansino, y al cabo de algún tiempo Fenella empezó a sentir hambre. De pronto su tía le puso las riendas en la mano.

—Ahora conduce tú, Fenella —dijo—. Yo voy a entrar para preparar algo de comer.

—¡Oh, tía Lou, yo no puedo guiar a «Perezoso»! —exclamó Fenella, asustada.

Pero tía Lou ya se había bajado y se dirigía a la puerta del coche-vivienda. A Fenella no le quedaba más remedio que conducir. Se quedó mirando al frente aterrada, empuñando las riendas.

Pero «Perezoso» no necesitaba que nadie lo condujera. Él sabía que todo lo que tenía que hacer era seguir al furgón de delante e ir al mismo paso lento. No le importaba que fuese tía Lou o Fenny quien llevase las riendas. En realidad no importaba que llevase las riendas nadie. «Perezoso» era capaz él solo de caminar kilómetros y kilómetros.

Así en pocos minutos a Fenella se le pasó el miedo y empezó a disfrutar. ¡Iba guiando un carromato! ¿Qué diría su tía Janet si la viese, y qué dirían los niños a los que había conocido en la escuela?

«Me siento importante —se dijo Fenella a sí misma—. Ésa es la verdad. Pertenezco a un circo. Estoy conduciendo un caballo realmente vivo que tira de un coche-vivienda. Me gustaría tener a “Rosalinda” a mi lado».

—¡Tía Lou! Por favor, ¿podría llevar a «Rosalinda»? ¿Quiere usted dármela?

Y por primera vez en mucho tiempo tía Lou sonrió y le entregó la muñeca a Fenella a través de una de las ventanitas delanteras. Allí, sentadas una junto a otra, Fenella y «Rosalinda» disfrutaban inmensamente. ¡Qué viaje tan delicioso!



CAPÍTULO XV

FENELLA, EN APUROS

En aquel momento un grito llegó desde la vanguardia de la larga hilera de caballos y vehículos. El grito fue pasando de un conductor a otro.

—¡Vamos a parar en el ejido! ¡Vamos a parar en el ejido!

Cuando el convoy llegó al amplio ejido, prado común para todos los rebaños del pueblo, los carromatos se alinearon a un lado. Se desengancharon los caballos para descansar y comer, y los dejaron en libertad. Estaban todos demasiado bien educados para escaparse y se mantenían junto a la gente del circo, pastando la hierba pacíficamente.

Los árboles de mayo todavía estaban en flor y su perfume llenaba el aire cuando Fenella se sentó en la seca y rasposa hierba con Willie, «Chácharo», tía Aggie, tía Lou y tío Ursie. Hubo emparedados de sardinas, emparedados de huevo, salchichas y dos clases de pastel. Hubo también una bolsa de naranjas, por lo que los dos niños tuvieron una gran fiesta.

«Chácharo» picoteó la hierba de los alrededores, pero no pareció gustarle mucho. Se acercó a compartir los emparedados de Willie. Éste le ofreció una lechuga, y el animal la aceptó ávidamente, haciéndola pedazos con su fuerte pico amarillo.

—Le encantan las lechugas —dijo Willie a Fenella.

—¿Le gustan los helados de crema? —preguntó Fenella recordando los tres chelines que tenía.

—Claro que sí —dijo Willie—. Sería capaz de engullirse una docena.

—A «Bobo» también le gustan —dijo Fenella—. Me lo ha dicho tío Ursie. Willie, la próxima vez que vea a un vendedor de helados compraré para nosotros.

Se tendieron sobre la soleada hierba disfrutando del descanso. Algunos de los caballos se tendieron también. Los animales que iban en las jaulas gritaban para que los dejasen en libertad. Nunca lograban entender por qué habían de estar encerrados durante los viajes de un sitio a otro.

Fenella pensó en «Bobo». Seguramente estaría gimiendo.

—Tío Ursie, por favor, vaya usted y traiga a «Bobo» —suplicó—. Estoy segura de que está muy triste. Quiero darle un helado de nata, porque espero que pase pronto un vendedor.

—Tengo demasiada pereza para moverme —dijo tío Ursie, medio dormido.

Estaba tendido de espaldas en la hierba, con los ojos cerrados. Tía Lou estaba hablando con la madre de Willie. Fenella no quiso molestar más a tío Ursie a propósito de «Bobo». ¡Qué lástima! Oyó la campana de un vendedor de helados y se puso en pie de un salto.

—Seis helados de nata de seis peniques, por favor —dijo, y el hombre sacó seis helados de la heladera.

Fenella dio uno a Willie. Se mostró encantado.

—Justamente lo que necesitaba —dijo—. Gracias, Fenny.

—Uno para usted, tía Aggie —dijo Fenella—, y otro para usted, tía Lou.

Las dos mujeres alzaron la vista, sorprendidas.

—Bueno, eso sí que es generosidad, Fenella —dijo tía Aggie—. Gracias. ¡Gastar tu dinero en nosotras de esa manera! Es lo mismo que hacía tu pequeña Carol, Lou. En cuanto tenía un penique, le faltaba el tiempo para gastárselo en algo.

—Sí —dijo tía Lou, también con aire complacido—. Eres muy amable, Fenella. Pero recuerda que no sólo tienes que gastar, sino ahorrar.

—Sí, tía —dijo Fenella apresuradamente, esperando que tía Lou no le preguntase cuánto dinero le quedaba de sus tres chelines, porque entonces tendría que decir que ninguno.

—Tío Ursie, aquí le traigo un helado de nata —dijo Fenella, y lo zarandeó—. Despiértese o se derretirá. Y, por favor, ¿puedo ir a darle éste a «Bobo»? Lo he comprado para él.

—¡Cielo santo! ¡Uno para «Bobo»! —dijo tío Ursie abriendo los ojos—. Bueno, aquí tienes la llave de la jaula. Ve y dale el helado tú misma.

Fenella cogió la llave y se dirigió adonde estaba el carruaje de los osos, al lado de la carretera. Metió la llave en la cerradura, abrió, empujó la puerta y entró «Bobo» estaba en un rincón, hecho una bolita, gimoteando. Fenella lo tomó en sus brazos.

—¡Querido osito! —dijo—. Te he traído un helado. Ven conmigo y te lo daré.

Lo sacó de la jaula y volvió junto a Willie. Allí ofreció el helado a «Bobo», que lanzó unos cuantos gruñidos de contento. Fenella y Willie comieron también sus helados mientras «Chácharo» se limitaba a mirar

«Bobo» aplastó el helado completamente, pero a pesar de eso lo chupaba con su sonrosada lengua.

Nadie se había dado cuenta de que Fenella había dejado abierta la puerta del furgón de los osos. Nadie vio como «Torpón» se acercaba a la puerta y miraba. Nadie le vio salir del furgón y meterse entre los matorrales. Lo hizo todo con el mayor silencio.

Pero de pronto, de la otra parte del ejido, llegó un grito. Luego otro y otro. Todo el mundo se puso en pie asustado. ¿Qué pasaba?

—¡Socorro, socorro! —decían las voces, y luego volvían a gritar—: ¡Salvadnos, salvadnos!

Tío Ursie, Willie, Miko y Tricks corrieron por el ejido hasta el sitio donde sonaban las voces. Fenella seguía oyendo gritar:

—¡Socorro, socorro, socorro!

En una pequeña hondonada se hallaban dos señoras que estaban de excursión. Acababan de tenderse para dormir una pequeña siesta cuando oyeron un crujido de ramas.

Al alzar la vista vieron nada menos que un enorme oso pardo que las estaba mirando. No es de extrañar que gritasen. ¡Un oso! ¡Un oso en el ejido por el que ellas paseaban todos los días! ¿Podía ser verdad?

«Torpón» seguía mirando a las dos aterradas mujeres. Cuando se pusieron a gritar, se asustó y gruñó. Aquello las aterró todavía más. Se abrazaron una a otra, consternadas.

«Torpón» decidió hacerse amigo de aquellas ruidosas mujeres entreteniéndolas un poco. Así, pues, concienzudamente, dio tres volteretas y luego se sentó, mirándolas, y alargó una garra como para decir: «¡Ya está! Lo he hecho por vosotras. Seamos amigos».

En aquel momento, tío Ursie y los demás llegaron a la pequeña hondonada. Vieron que estaba allí «Torpón» y vieron a las dos aterradas mujeres. Tío Ursie increpó severamente al oso:

—¡«Torpón»! ¿Cómo te atreves a vagabundear de esa forma? ¡Ven aquí!

«Torpón» acudió obediente a la llamada de tío Ursie. Apoyó la cabeza contra él, tratando de dar a entender a su dueño que no había sido su propósito causar ningún daño. Tío Ursie habló calmadamente a las dos mujeres.

—No tengan ustedes miedo. Es completamente inofensivo. ¿Puedo rogarles que acepten dos entradas para nuestro circo? Entonces podrán ver al oso lucir sus habilidades.

—Habría que denunciarlo a la policía —dijo una de las mujeres con tono irritado.

—Sólo conseguirían ustedes acarrearle molestias al pobre oso —dijo tío Ursie—. Lo siento muchísimo, señoras. Les ruego que acepten las entradas como compensación por el susto. Quizá tengan ustedes niños a los que les gustará utilizarlas, si ustedes no desean hacerlo.

Su cortesía tuvo muy buen efecto sobre las dos mujeres. Sonrieron y aceptaron las entradas.

—Pues sí, el susto ha sido mayúsculo —dijo una de ellas a la otra—. ¡Toda una aventura!

Tío Ursie llevó rápidamente a «Torpón» de vuelta a la jaula. Estaba enfadado.

—¿Qué eran esos gritos? —preguntó tía Lou.

—«Torpón» se había escapado y se había puesto a corretear por ahí —dijo tío Ursie.

Pero no dijo nada sobre quién había dejado abierta la puerta, aunque Fenella comprendió en seguida que ella había tenido la culpa. Se ruborizó intensamente. Se levantó con «Bobo» en los brazos y se acercó a tío Ursie.

—Tío, ha sido culpa mía que «Torpón» se escapara. ¿Cómo puedo haber sido tan descuidada y dejar la puerta abierta? Tío, le ruego que me perdone. No lo haré nunca más.

—Podrías haber metido al pobre «Torpón» en un jaleo tremendo —dijo severamente tío Ursie, pero no parecía estar muy enfadado—. Si has de tratar con animales de un circo, debes tener mucho cuidado con lo de abrir las puertas. No debí darte la llave. Bueno, ahora dame a «Bobo», tiene que volver a la jaula.

Al enterarse tía Lou de lo que había ocurrido, también ella riñó a la niña. Fenella estaba trastornada y se echó a llorar. Willie le tuvo lástima.

—Anímate —dijo—. Todos nosotros hacemos de vez en cuando alguna tontería. Tú ven ahora y móntate en la carroza dorada. Eso te alegrará.

—¡Oh!, ¿me dejas, Willie? —exclamó Fenella, secándose los ojos y dibujando una lastimera sonrisa—. Me gustará mucho. Llevaré también a «Rosalinda».

—Pronto vamos a pasar por dos o tres pueblos —dijo Willie, conduciéndola adonde estaba la carroza. Enganchó a los caballitos blancos y luego trepó al pescante—. Ahora entra tú, Fenella, y nos marcharemos antes de que tu tía pueda impedirnoslo.

Fenella entró en la pequeña carroza dorada y se sentó, colocando al lado a «Rosalinda». «Chácharo» voló para sentarse junto a Willie. El niño arreó, y los caballitos arrancaron al trote arrastrando la dorada carroza.

Fenella iba sentada como una princesita, sintiéndose muy importante. El carruaje pasó junto a tío Ursie y a tía Lou. Se quedaron mirando llenos de sorpresa. Tía Lou estaba a punto de gritarle a Fenella que regresase inmediatamente, pero tío Ursie la sujetó por el brazo.

—Déjala —dijo—. Bastante riña ha tenido esta tarde. Pero se mostró generosa con sus helados para todo el mundo, así es que bien puede divertirse un poco.

Y tía Lou cerró la boca de nuevo y terminó por no llamar a Fenella. La niña se alejó entusiasmada en la carroza. Cuando llegaron a un pueblo, acudieron todos los niños para ver pasar el convoy del circo, y miraban asombrados a Fenella en la carroza dorada.

—¡Mirad, es como Cenicienta! —gritó un niño—. También Cenicienta tenía una carroza de oro, ¿verdad? Es una cosa preciosa.

—Pues mirad al ganso —gritó otro niño—. ¿Estará vivo?

—¡«Chácharo», «chácharo», «chácharo»! —dijo el ganso, y todo el mundo se dio cuenta de que estaba perfectamente vivo.

¡Qué cosa más magnífica era ir montada en la dorada carroza o sentada en el pescante entre Willie y «Chacharo! Fenella pensaba que nunca en su vida había pasado un día tan feliz.

Se sentía muy cansada cuando el convoy hizo alto para pasar la noche. Una vez más llegaron a un ejido y alinearon allí todos los furgones y carros, dejando sueltos a los caballos...

Llegó la noche, y las estrellas empezaron a brillar. En el prado, los fuegos de campamento empezaban a arder a medida que los iban encendiendo la gente del circo para cocinarse algún plato. Pronto el olor de tocino frito se mezcló con el aroma propio del mes de mayo. Fenella se acurrucó contra su tío Ursie, casi demasiado cansada para comer algo, pero disfrutando de la noche estrellada y de la novedad de acampar en un sitio desconocido.

Se quedó dormida apoyada en su tío. Éste la cogió en brazos y también a su muñeca.

—La meteré en la cama tal como está —le dijo a tía Lou—. Está cansadísima.

Luego, al cabo de un rato, los fuegos de campamento se extinguieron y una a una las personas del circo fueron entrando en sus carromatos para dormir, deseándose buenas noches unos a otros. Sus animales dormían también.

—Buenas noches —dijo Willie a «Chácharo»—. Que duermas bien y que tengas sueños agradables. Y no me despiertes mañana demasiado temprano.



CAPÍTULO XVI

ACAMPANDO JUNTO AL MAR

Cuando Fenella se despertó a la mañana siguiente, lo primero que oyó fue el barrito de los tres elefantes. Se incorporó en su cama y miró por la ventanita que tenía encima de la cabeza. Vio en el ejido al señor Hola con «Sonrisa» y «Serrote» y detrás de él estaban el señor Diminuto y los elefantes.

«¡Oh, los elefantes nos han alcanzado, como se esperaba! —pensó Fenella, complacida—. Todavía no habían llegado cuando me quedé dormida anoche. Ni siquiera me acuerdo de cómo me acosté».

Se levantó y se vistió rápidamente. Willie la llevó al arroyo más próximo, y la niña se lavó en el agua clara y fría.

—Siempre tenemos que acampar cerca de donde haya agua —le explicó Willie—, a causa de los animales. Necesitan beber mucho. Mira cómo Fric, Frac y Malvina están ya dispuestos a emprender la marcha. Se nos incorporaron durante la noche, ¿los oíste? Ahora de nuevo van a caminar por una ruta distinta, por esas verdes colinas que puedes ver a lo lejos. Probablemente no pisarán nunca una carretera. Yo fui una vez con ellos y los ayudé a llevar los caballos, porque Fric se había hecho daño en el costado. Lo pasamos muy bien.

Una vez más la larga hilera de coches-vivienda se puso en movimiento, después que la gente del circo se hubo desayunado. Era de nuevo un hermoso día. Fenella iba sentada junto al tío Ursie, charlando a más no poder. Él la escuchaba complacido.

—Eres una buena compañía, Fenny —dijo—. Nunca tienes la lengua quieta, pero me gusta oírte hablar así. ¡Y qué morena te estás poniendo! Ya pareces uno de nosotros.

Era verdad que Fenella estaba poniéndose morena. Toda la gente del circo estaba tostada por el sol, porque la mayor parte de su vida la pasaban al aire libre.

—Pero no tengo tantas pecas como Willie —dijo Fenella—. Tiene la cara llena de pecas. También tiene, como tía Aggie, dos hoyuelos que se le forman

y desaparecen. ¿Se ha dado usted cuenta, tío Ursie?

—La verdad es que nunca me he fijado —dijo tío Ursie, sonriendo. Arreó al caballito blanco y éste tomó un trote más rápido para alcanzar al coche-vivienda de tía Lou.

—Déjeme usted las riendas —dijo Fenella—. Me gustará. Ahora ya sé conducir, tío Ursie.

—Bueno, pues entonces a ver si consigues que Willie te deje conducir los seis caballitos de Malvina —dijo el tío Ursie—. Necesitan más tirones que este viejo «Blanquito».

—¡Oh, no! Ya tengo bastante con un caballo —dijo Fenella. Tío Ursie le dejó las riendas y ella las recogió orgullosamente—. Mira, «Rosalinda» —dijo a su muñeca, que estaba sentada junto a ella como de costumbre—. Mira lo bien que conduzco.

—«Rosalinda» sabría conducir a «Blanquito» tan bien como tú —dijo tío Ursie para burlarse—. ¡Fíjate!

Retiró las riendas de Fenella y las enrolló alrededor de los bracitos de «Rosalinda». «Blanquito» siguió trotando como si no se hubiera dado cuenta de nada.

—Es lista «Rosalinda», ¿verdad? —dijo tío Ursie riéndose al ver la cara que ponía Fenella.

Le devolvió las riendas a la niña. «Blanquito» siguió trotando. Por delante y por detrás se alargaba la hilera de carromatos. Algunas veces, cuando subían una colina, Fenella podía ver todo el conjunto, un coche detrás de otro.

—¿Llegaremos esta noche al lugar adonde vamos? —preguntó Fenella—. No me importaría que el viaje durase varias semanas, tío Ursie. Esto me gusta.

—Creo que llegaremos esta misma tarde —dijo su tío—. «Torpón» y «Bobo» se alegrarán. No les gusta ir mucho tiempo por la carretera. Les desagrada ir encerrados. Lo mismo les pasa a todos los animales.

—¡Oh, me había olvidado de ellos! —dijo Fenella. Atisbó por la ventanita que daba al furgón de los osos—. Pobre «Bobo». No puede comprenderlo. Está hecho una bolita y gime. «Torpón» no hace más que caminar de arriba abajo y gruñir, tío.

Los carromatos se detuvieron a la hora del almuerzo, pero no por mucho tiempo. Luego continuaron y de pronto, desde lo alto de una colina, Fenella vio algo azul que se extendía liso ante sus ojos, a poco más de un kilómetro de distancia. Lanzó un grito.

—¡Oh, el mar! Willie, Willie, mira, ¿puedes ver el agua azul? ¡Es el mar!

Fue a sentarse junto a Willie y «Chácharo».

—Pronto estaremos allí —dijo Willie, y señaló a un gran campo en cuesta situado sobre un acantilado que dominaba el mar—. Allí es donde vamos a acampar. Es un sitio donde hace un poco de viento, pero eso va bien con este tiempo tan caluroso. Seguramente habrá un senderito que baje desde el acantilado al mar. ¡Cómo van a divertirse los perros en la arena!

—A «Bobo» también le gustará —dijo Fenella—. Y a mí.

A la hora del té, los coches-vivienda del circo estaban en aquel alto campo. El vientecillo soplabá con fuerza.

—Habrá que montar la tienda con mucho cuidado —dijo tío Ursie a Willie—. Un poco más de viento y toda la lona volaría al mar.

La «roulotte» del señor Carl Crack estaba ya en el campamento y también los grandes camiones cargados con las pertenencias del circo. Cuando los coches-vivienda entraban en el campamento por el gran portalón, se oyó el ruido de cascos de caballos, y Fenella lanzó una exclamación.

—¡Hurra! ¡Ya están aquí los caballos! Ahora sólo nos faltan los tres elefantes para que de nuevo estemos todos juntos.

Tía Lou había hecho muchas compras en la última ciudad por la que habían pasado. Su despensa estaba ahora bien provista, y había adquirido más carretes de hilo y botones y unos metros de vistosa tela. Mostró él tejido a Fenella.

—Esto es para el señor Hola. Necesita un traje nuevo para la pista. Tú me ayudarás a hacerlo.

—Me encantará —dijo Fenella—. Y también me gustaría hacerle un trajecito al pequeño «Bobo», tía Lou. Es tan gracioso y tan bueno, que parece un osito payaso. Me gustaría hacerle un trajecito de payaso y un sombrero puntiagudo como el de Presto, con borlas negras.

La gente del circo empezó a acomodarse en su nuevo campamento. Los coches-vivienda se juntaron para protegerse unos a otros del fuerte viento. Por uno de los rincones, el campo descendía en cuesta casi hasta el nivel del mar, donde desembocaba un borboteante arroyo corriendo sobre la arena. El señor Diminuto condujo allí a sus elefantes tan pronto como llegó con ellos. Venían polvorientos y muertos de calor, y disfrutaron duchándose con el agua fría y clara.

«Sonrisa» y «Seriote» se les acercaron y los elefantes los ducharon también. Pero a los chimpancés les gustaba aquello y correteaban alrededor de los grandes elefantes, mojándose cada vez más, hasta que el señor Hola les ordenó que se apartasen.

Cuando se hizo de noche, el campamento estaba ya completamente montado. Todavía no se había alzado la gran tienda ni estaban descargados los camiones. Tendrían que esperar hasta el día siguiente. Ya era bastante con haber colocado, alimentado y limpiado a todos los caballos y con que los animales se sintiesen ahora felices y cómodos, y la gente del circo en paz después de dos días de viaje.

El olor de la comida empezó a elevarse a medida que tía Aggie, el señor Diminuto, Malvina, tía Lou y el señor Groggy empezaron a freír tocino, salchichas y tomates todos al mismo tiempo en fuegos muy bien hechos con ramas cruzadas una sobre otra. Fenella aspiraba con placer aquellos olores.

—¡Oh, qué rico! ¿Y son para nosotros esa crema y estas peras en conserva, tía Lou? Hace usted unas comidas muy buenas.

—¡Ah, espera que tengamos una o dos semanas de lluvia y nadie venga a nuestras funciones, y el dinero escasee! —dijo tía Lou—. Entonces no habrá buenas comidas. Tendrás que contentarte con pan y margarina. Pero, mientras tenemos dinero, comemos bien.

—¿También a los animales se les reduce la comida cuando no hay bastante dinero? —preguntó Fenella pensando que sería espantoso que «Bobo» pasara hambre.

—¡Cielo santo, no, niña! Cualquiera puede pasar hambre menos los animales. De eso puedes estar segura. Tu tío consentiría antes en morirse de hambre que en ver a «Torpón» o a «Bobo» hambrientos. Y Willie consentiría en quedarse sin comer días enteros para poder alimentar a «Chácharo» y a estos perros.

—Y yo me quedaría gustosamente sin esta magnífica cena si pensara que «Bobo» tiene hambre —dijo Fenella con toda seriedad.

Tío Ursie la oyó y se sintió conmovido. Le dio una palmadita a Fenella.

—Vaya, ya eres una niña de circo, Fenny. Ésa es la manera de hablar. ¿Has oído esto, Lou? Ésa es una de las cosas que habría dicho nuestra Carol, ¿no es verdad?

Tía Lou no respondió nada, pero frunció los labios un poco. Fenella no habría podido decir si su tía estaba enfadada o triste. Pero estaba claro que no se había enfadado, porque le dio a Fenella la salchicha que más le gustaba; un poquito quemada y abierta por uno de los lados.

—Gracias, tía Lou —dijo Fenella—. Así es como más me gustan las salchichas. Tengo hambre. Nunca he tenido tanta hambre en mi vida hasta venir aquí a vivir con ustedes.

—Te pondrás tan gorda como «Bobo» —dijo tía Lou con una voz inesperadamente agradable—. No te importe. Te vendrían bien unos cuantos kilos más. Tienes las piernas muy delgadas.

Fenella salió a buscar a Willie después que hubo cenado y ayudado a fregar. Willie estaba metiendo a los perros en las jaulas después de haberlos sacado a dar una corta carrera. «Chácharo» estaba también por allí, como de costumbre, silbando amenazadoramente si algún perro se le acercaba demasiado.

—Voy a sacar a «Bobo» un ratito —dijo Fenella, y corrió a pedirle a tío Ursie si podía sacar al osito. Su tío asintió:

—Pero nada de dejar la puerta abierta, Fenny.

Fenella llevó a «Bobo» junto a Willie y «Chácharo». El ganso estaba ya totalmente acostumbrado al gordo osezno, y le tenía simpatía. «Bobo» se le acercó, se puso en pie sobre sus patas traseras y movió torpemente una de las garras delanteras.

—¡Oh, mira! ¡«Bobo» se ha puesto de pie él solito! —dijo Fenella, complacida—. Y está alargándole una mano a «Chácharo». ¿No es divertido? ¡Ay, ahora se ha caído de sopetón! Siempre se queda muy asombrado cuando se cae de pronto de esa manera, ¿no es verdad, Willie?

—«Chácharo», «Chácharo» —dijo el ganso, y picoteó suavemente una de las patas traseras de «Bobo».

—Está diciéndole que se ponga en pie —dijo Fenella.

Jugaron con el oso y el ganso hasta que se hizo tan de noche, que ya no se veía apenas. Entonces Fenella oyó que su tía la llamaba, y salió corriendo con «Bobo» en los brazos.

—Va a gustarme mucho estar acostada esta noche oyendo todo el tiempo el ruido del mar —dijo a tía Lou—. Es un ruido muy bonito. Y también me gusta este viento. Tiene un delicioso olor a algas marinas. ¿Podré ir mañana a chapotear un poco, tía Lou?

—Si estás bien en tus clases y me ayudas en la costura, ¿por qué no? —dijo tía Lou—. Esta noche cepíllate bien el cabello. Con el viento, lo tienes todo lleno de pajitas.

Un rato después, Fenella estaba lista para subir a su cama. Permaneció de pie unos momentos en la escalerilla del coche-vivienda. El viento le soplaba alrededor de las piernas, y eso le gustaba.

—Buenas noches, tío Ursie. Buenas noches, tía Lou. ¿No será estupendo despertarse mañana y ver el mar azul? Buenas noches.

CAPÍTULO XVII

WILLIE Y FENELLA

Al día siguiente, Fenella se despertó al oír el ruido del mar. Se quedó tendida en la cama, escuchando. En toda su vida sólo había estado una vez en una playa. Y ahora se sentía feliz al pensar que iba a estar en una playa durante unos días.

«Quizás a “Bobo” le guste chapotear y bañarse conmigo —pensaba—. Y estoy segura de que a “Sonrisa” y a “Seriote” les gustará. Vamos a pasarlo estupendamente».

Después del desayuno le preguntó a su tía si tenía que ir al carromato de Presto para la clase.

—Desde luego —dijo tía Lou—. Son cerca de las diez. Llévate el cuaderno que te dio para que escribieses en él.

—¿Puedo llevarme también a «Bobo»? —preguntó Fenella—. Willie siempre se lleva a «Chácharo».

—De ninguna manera —dijo su tía—. Vete ya. Busca a Willie.

Willie estaba a punto de soltar a los perros para llevarlos a la playa.

—Willie, ¿no vas a venir a la clase? —gritó Fenella corriendo hacia él.

—¡Cómo! ¿El primer día que estamos aquí? —exclamó Willie—. Presto no nos esperará.

—Sí, os estoy esperando —dijo la voz del mago, y Presto dio la vuelta al carromato—. Podría concederle unas vacaciones a Fenella, pero a ti no, Willie. Tú tienes mucho más que aprender que ella.

A Willie no le gustó que le dijera aquello. Adoptó una expresión sombría que Fenella sólo le había visto antes una o dos veces.

—No puedo ir hoy. Tengo que sacar a pasear a los perros.

—Puedes hacer eso cuando haya acabado la clase —le dijo Presto, con voz más bien fría y severa—. No estoy dispuesto a ceder mi tiempo por nada, Willie. Vienes ahora.

Fenella se quedó mirando anhelante a Willie. Todavía tenía un aspecto sombrío. Pero también él había percibido aquella nota de advertencia en la

voz de Presto. Cerró la puerta de la jaula casi atrapando la nariz de uno de los perros.

Siguió a Fenella hasta el negro coche-vivienda de Presto, todavía con aire huraño. Por el camino se encontraron con el señor Crack, quien recorría el campamento para inspeccionar los caballos. Saludó a Presto con una inclinación de cabeza.

—¿Ha recogido a sus dos discípulos, Presto? Eso me parece muy bien. Espero que se porten como es debido. Tienen suerte de tenerlo como profesor.

Willie frunció el ceño. El señor Crack levantó sus espesas cejas.

—¿Qué te pasa, Willie? ¿No te gusta ir a clase?

—Iba a sacar a los perros a pasear —respondió Willie todavía con la mirada baja.

—Mira, Willie —dijo el señor Crack—, vale más que aproveches esta oportunidad de recibir lecciones. ¿Crees que yo habría estado nunca a la cabeza de un circo si no hubiese ido a la escuela? Tendré que despedirte del circo y mandarte a una escuela apropiada si no pones interés. La ley de este país es que todos los niños reciban la debida enseñanza.

Fenella se asustó. No quería que enviasen a Willie a ninguna escuela.

—Él vendrá, señor Crack —dijo muy seria—. Siempre ha venido antes. Está aprendiendo mucho.

—Bueno, mis órdenes son que estos dos niños vengan a aprender con usted cinco días a la semana —dijo el señor Crack a Presto—. ¿Oyes esto, Willie? No pongas esa cara y ve.

El señor Crack prosiguió su camino con aire de enojo. Las caras hoscas lo ponían enfadado. «Un animal triste o un ser humano triste no harán nada que valga la pena», decía él siempre.

Willie no estuvo muy brillante aquella mañana. Fenella trató de hablarle y animarlo, pero él seguía de mal humor. Presto lo trataba con paciencia. Fenella intentaba compensar la conducta de Willie trabajando lo mejor que podía, pero aquello tampoco le hizo ninguna gracia a Willie, que le susurró a Fenella, irritado:

—Nada más que porque sabes que yo lo estoy haciendo mal, procuras tú hacerlo mejor que nunca.

—¡Eres horrible, Willie! —dijo Fenella, casi con lágrimas en los ojos, porque no podía soportar que Willie, su alegre amigo, se mostrase de aquella manera.

Presto no se preocupó más de Willie; le mandó hacer un ejercicio de escritura y empezó a enseñarle geografía a Fenella valiéndose de una gran

esfera que sacó de un rincón. Ella aprendió correcta y rápidamente, y él se mostró complacido.

—Tengo una sed terrible —dijo Fenella cuando hubieron acabado las clases—. En cuanto salga de aquí, tendré que beber algo.

—Aquí tienes algo que beber —dijo Presto, y le alargó un jarro y un vaso—. Sírvete tú misma.

Ella empezó a servirse del jarro, y a los pocos segundos casi deja caer el vaso.

—¡Oh —exclamó—, he echado en el vaso dos pececitos de colores! Pero antes no estaban en el jarro, señor Presto, ¿o es que yo no los había visto? ¿Cómo han entrado en el vaso?

—¡Vamos, vamos! —dijo Presto, y volvió a echar el agua del vaso en el jarro. Fenella miró. Allí no podía verse ningún pecesito.

—Ahora sírvete de nuevo —dijo Presto—. Espero que esta vez el agua estará limpia.

Pero no lo estaba. Los pececillos de colores aparecieron de nuevo en el vaso, aunque Fenella estaba completamente segura de que no estaban en el jarro cuando se sirvió el agua. Se quedó mirando a Presto, maravillada.

—Verdaderamente es usted un mago —dijo ella—. ¿Qué debo hacer? No voy a beberme los peces.

—Me temo que tendrás que ir a beber algo en casa de tu tía —dijo Presto con voz apenada—. Lo siento muchísimo. De vez en cuando ocurre esto de que en mi agua aparezcan peces de colores.

Fenella salió intrigada. Willie la seguía. Se mostraba más alegre ahora que la clase había terminado.

—¿Verdad que Presto es listísimo? —dijo Fenella—. La última vez que tuvimos clase hizo desaparecer mi goma de borrar, y luego descubrí que me había sentado encima. Esta vez hay peces de colores en su agua. ¡Oh, Willie, creo que podemos considerar una suerte el que nos dé clases un mago! ¿No crees tú lo mismo?

—No —dijo Willie, con aire sombrío—. Las clases son algo espantoso con cualquiera. Nunca aprenderé a leer.

—Willie, déjame que te ayude —suplicó Fenella—. Siempre dices que tienes algo que hacer cuando voy a verte por las tardes con nuestros libros.

—Bueno, ya veremos —dijo Willie—. ¿Qué hora es? ¡Hurra! Presto debe de habernos soltado hoy más temprano que de costumbre. Tenemos tiempo para llevar a los perros a la playa. ¡Vamos!

Los perros casi se volvieron locos de alegría al ver que los llevaban a la playa de arena junto al mar. Devoraron el senderito que bajaba serpenteando por el acantilado y casi derribaron a la señora Connie, que había bajado a chapotear un poco.

Los niños dejaron a «Chácharo» y «Bobo» en casa. Tenían la intención de bajados a la playa después de la hora del té. Fenella dio un salto en el último tramo del sendero y aterrizó en la arena firme y dorada. Se quedó mirando en torno.

—¡Oh Willie! ¡Es delicioso! ¡Mira cuántas conchas hay! ¡Y mira las olas cómo se rizan en la orilla! ¡Pronto, quitémonos los zapatos!

A los pocos momentos estaban chapoteando, gritándose alegremente uno a otro. Willie se había olvidado por completo de su mal humor. Los perros corrían uno detrás de otro, y algunos se metían intrépidamente en el mar, ladrando con bravura a las olas.

—¡Cómo están disfrutando los perros! —dijo Willie—. ¡Eh, tú, «Canelo», busca este palo! Vamos a ver si sabes nadar.

—Claro que sabe —dijo Fenella, al ver como el perrito nadaba detrás del palo flotando—. ¡Oh, Willie, yo quisiera nadar también! Bañémonos mañana. No, bañémonos después del té. ¿Tú tienes bañador?

—No, pero Micko lo tiene —dijo Willie—. Me lo prestará. ¿Y tú?

—Yo tampoco tengo, pero estoy segura de que podré hacerme rápidamente uno esta tarde si tía Lou me deja —dijo Fenella ilusionada—. ¡Oh, mira «Guardián», está olisqueando a un cangrejo! ¡Ya está, ya sabía yo que le iba a dar un pellizco! ¡Apártate, «Guardián», o te dará otro!

Aquella tarde, Fenella se sentó a ayudar a su tía con el acostumbrado montón de labor de costura. Estuvieron ocupadas con el nuevo traje del señor Hola. Iba a hacerlo con la vistosa tela roja que tía Lou había comprado en la ciudad.

Tía Lou la cortó sirviéndose hábilmente de un patrón. Empezó a ajustarla.

—Tú puedes encargarte de estas costuras —dijo.

—¡Oh, cómo me gustaría que tuviésemos una máquina de coser! —dijo Fenella—. Entonces podríamos hacer esto mucho más rápidamente.

—Nunca la he tenido —dijo tía Lou—. Y no es probable que tú la tengas nunca tampoco, Fenella. Por tanto, dedícate a dar puntadas lo más aprisa que puedas.

Cuando ya casi habían acabado y el traje estaba listo para que se lo probase el señor Hola, Fenella se acordó de pedir un bañador para ella.

—Tía Lou, querría bañarme esta tarde después del té. Mire, sé nadar, pero Willie no sabe y yo le enseñaré. ¿No hay por aquí un pedazo de tela con el que pueda hacerme un bañador?

—No, no tengo nada a propósito —dijo tía Lou—. Nada en absoluto.

Vio la cara de pena que puso la niña y entonces se levantó repentinamente. Se acercó a un baulito que había en la parte trasera del coche-vivienda y lo abrió. Se quedó mirando al interior, palpó unos momentos y luego sacó un pequeño y bellissimo traje de baño blanco como la nieve, con un elegante cinturón rojo.

—Puedes utilizar éste —dijo tía Lou, dándoselo a Fenella—. Has sido una buena chica ayudándome tanto esta tarde.

No esperó a que le dieran las gracias, sino que salió inmediatamente del coche-vivienda. Fenella se quedó mirando encantada el bañador. Le estaría perfectamente. ¡Qué amabilidad la de tía Lou!

Se sentó y se quedó pensando unos momentos. ¿De quién era este bañador? El tío Ursie entró en el coche y vio a Fenella sentada allí.

—Más vale que te des prisa y salgas —dijo—; hace un tiempo delicioso. ¿Has tomado el té?

—Sí, lo tomamos mientras estábamos cosiendo —dijo Fenella.

Tío Ursie salió. Fenella se desnudó rápidamente y se puso el traje de baño. Le sentaba muy bien. Bajó la escalerilla para ir en busca de Willie.

Tío Ursie estaba fuera, fumando. Alzó la mirada y la cara se le encogió en una expresión de asombro. Se quedó mirando a Fenella.

—¿Dónde has encontrado ese bañador? —preguntó por fin.

—Me lo dio tía Lou —dijo Fenella—. ¿Por qué se sorprende usted tanto, tío?

—Bueno... ese bañador era el de nuestra pequeña Carol —dijo tío Ursie—. ¡Vaya, Fenny, mucho debe quererte tu tía para habértelo prestado! Pero no dejes que te lo vea puesto, porque puede arrepentirse de habértelo prestado y exigir que se lo devuelvas.

—Entonces, iré y me bañaré ahora —dijo Fenella, deseosa de conservar el bonito bañador—. ¡Corre, Willie! Recogeré a «Bobo» y bajaremos a la playa.

CAPÍTULO XVIII

SE DIVIERTEN MUCHÍSIMO, PERO «JIMMY» ES TRAVIESO

Willie, Fenella, «Bobo» y «Chácharo» empezaron a bajar por el caminito del acantilado. A «Bobo» había que ayudarlo.

—Puede caerse y bajar rodando todo el camino. ¡Está tan gordo! —dijo Fenella.

—No se haría daño —dijo Willie—. Tiene la piel muy gruesa. Vamos, «Chácharo», no te quedes atrás.

«Chácharo», de pronto, extendió sus grandes alas blancas, y voló hasta la playa, Willie sonrió.

—¡Bien por «Chácharo»! Se ha cansado de andar por estas rocas, y no me extraña.

Pronto estuvieron todos saltando entre las olas que se levantaban al borde del agua. Willie llevaba el bañador que le había prestado Micko. Realmente su cuerpo parecía muy blanco comparado con la morenez de la cara, el cuello y los brazos. Fenella se rió de él y le echó agua. Él le correspondió de la misma manera y ella chilló.

«Chácharo» chapoteaba también lanzando de vez en cuando un graznido de alegría. Luego, de pronto, se internó mucho más y nadó como un barco de guerra, deslizándose espléndidamente.

—Está acostumbrado a usar sus grandes pies como si fueran remos —gritó Fenella, quien se puso a seguir al animal—. ¡Ven más adentro, Willie!

Pero ni a Willie ni a «Bobo» les gustaba apartarse de la orilla. «Bobo» no estaba realmente seguro de si le hacía mucha gracia aquel agua tan curiosa que parecía correr detrás de él para apartarse luego y que después, tan pronto como él se le acercaba con mucho cuidadito, volvía a perseguirlo. Willie, que no sabía nadar, tenía miedo de perder pie.

Así, pues, Fenella fue la única que nadó detrás del ganso.

—¡Oh, «Chácharo»!, ¿no es delicioso? —exclamó—. Me gustaría montarme encima de ti. ¿Me dejarás? Eres lo bastante grande para llevarme.

Pero «Chácharo» no comprendía o no quería que Fenella se montase encima de él. Siguió deslizándose a medida que Fenella trataba de alcanzarlo. Willie se desternillaba de risa.

—¡Te compraré un helado, Fenny, si consigues montar sobre «Chácharo»!

Pero Fenella no pudo ganar aquel helado. Justamente cuando pensaba que había llegado al amplio y ancho lomo de «Chácharo», el ganso buceaba y Fenella se iba también al fondo, jadeando y escupiendo agua. Willie estaba tendido en el agua superficial de la orilla y reía pataleando, con gran interés por parte de «Bobo», que no podía imaginarse qué estaba haciendo Willie. Se le acercó con grandes precauciones. Luego, de golpe, se dejó caer al lado del niño, se tendió a su vez y pataleó, gruñendo de felicidad y salpicando a Willie. Éste se sentó.

—¡Fenny, mira a «Bobo»! ¿No es un payaso? Realmente haría que el circo se viniese abajo de risas si hiciera en la pista cosas así. La verdad es que deberíamos enseñarle unos cuantos trucos.

«Bobo» rodaba una y otra vez por el agua. Estaba disfrutando muchísimo. Luego lanzó otro gruñido y se sentó. Dirigió una mirada por la playa y gruñó de nuevo.

Los niños miraron también. Una pequeña figura avanzaba hacia ellos, vestida con diminutos pantalones cortos, chaquetilla y sombrero.

—¡Oh, es uno de los monos de la señora Connie! —dijo Fenella—. Debe de habernos visto desde el acantilado y viene a reunirse con nosotros.

—Es «Jimmy» —dijo Willie—. ¡Eh, «Jimmy»!, ¿quieres chapotear?

Pero «Jimmy» no quería solamente chapotear. Quería bañarse como los demás. Con alegres chillidos empezó a quitarse la ropa. Arrojó al viento sus pantaloncitos cortos y arrojó también su chaquetilla. Igualmente su gorra fue arrastrada por la fuerte brisa.

—¡«Jimmy», no debes hacer eso! —gritó Willie—. ¡Mira, Fenny, el viento ha llevado al mar la ropa de «Jimmy»! ¿Podrías recogerla?

—Lo intentaré —dijo Fenella, y empezó a nadar detrás de las prendas. Pero no pudo alcanzarlas. Pronto se empaparon y desaparecieron.

Fenella nadó para regresar junto a Willie. Le dijo jadeante:

—¿Se enfadará la señora Connie? —preguntó—. Realmente no ha sido culpa nuestra. ¡Oh, mira a «Jimmy» echándole agua a «Bobo»! ¿No resultan muy divertidos los dos juntos?

Willie estaba tiritando. No se había mantenido en calor nadando, como había hecho Fenella.

—Vámonos —dijo Fenella—. Vas a pescar un resfriado. Deberíamos habernos traído toallas. Bueno, la subida de la cuesta nos hará entrar en calor.

—Vamos, «Chácharo» —gritó Willie.

El ganso había visto que los demás estaban dispuestos a marcharse y también él se acercó nadando. Salió del agua sacudiendo sobre los niños centenares de plateadas gotas. Luego «Bobo» se puso en pie y se sacudió también. «Jimmy» daba saltos como un loco y no se dejaba coger.

—Tendremos que dejarlo si no quiere venir —dijo Willie, tiritando más que nunca—. Vamos, Fenny.

Pero tan pronto como empezaron a subir por el sendero del escarpado acantilado, «Jimmy» acudió también dando saltos detrás de ellos, avanzando unas veces a cuatro patas, otras sobre sus patas traseras, chillando penetrantemente.

—¿Debo ser yo quien le diga a la señora Connie lo de la pérdida de las ropas de «Jimmy», o lo harás tú? —preguntó Fenella.

—Yo lo haré —dijo Willie amablemente—. Sé que a ti te daría miedo decírselo. De todos modos, no va a comernos por eso. Realmente no fue culpa nuestra. Fue «Jimmy» quien se las quitó y las tiró.

Willie se retiró a secarse y a vestirse. Dijo que iría a ver a la señora Connie tan pronto como estuviese vestido. Fenella corrió a su propio carromato y pronto estuvo seca y vestida, poniéndose un jersey para entrar en calor.

Tía Lou y tío Ursie estaban, hablando con Fric y Frac al otro extremo del campamento. Tía Lou llevaba al brazo el nuevo traje del señor Hola. Se lo había estado probando y él había quedado muy complacido. Ahora sólo había que hacer algunas pequeñas modificaciones y coser botones y presillas.

Fenella se les acercó. Miró a los altos y derechos Fric y Frac, dos hermanos que procedían de Rusia y que eran verdaderamente unos jinetes maravillosos. Pensó que le gustaban más vestidos con sus trajes de pieles rojas aunque tuviesen entonces un aspecto muy feroz.

Willie fue a buscar a la señora Connie tan pronto como se vistió, pero no la encontró en su carromato. Atisbó el interior del carromato de los monos. Allí estaban todos menos «Jimmy». ¿Dónde podría estar aquel bribonzuelo? Bueno, tendría que esperar hasta que volviese la señora Connie para explicarle lo que había pasado con las ropas de «Jimmy».

«Jimmy» se sentía cada vez más asustado. Estaba tan acostumbrado a llevar ropas, que ahora se sentía extraño sin ellas. Soplaban el viento y a él le habría gustado tener puesta su chaquetilla. Fue y se sentó en lo alto del carromato de tía Lou, acercándose a la chimenea, que estaba caliente. Vio como entraba Fenella con su traje de baño. La vio salir y luego dirigirse al otro extremo del campamento.

«Jimmy» se deslizó por uno de los costados del rojo carromato y miró por la ventana. En un estante vio acostada a «Rosalinda», sonriendo con su rígida sonrisa de muñeca. «Jimmy» se quedó mirándola un largo rato. No podía entender a aquella muñeca. Parecía que estaba viva, pero nunca hablaba ni se movía.

Ahora bien, el caso era que tenía hermosos vestidos. «Jimmy» lanzó una rápida mirada en torno y luego se coló por la ventana. Se acercó a «Rosalinda». Tiró de su chaquetilla, pero no pudo quitársela porque estaba cerrada con corchetes y «Jimmy» sólo estaba acostumbrado a los botones.

Luego vio un baulito al lado de «Rosalinda». En él, primorosamente empaquetado, estaba todo el guardarropa de la muñeca: chaquetillas, vestidos, faldas, batas... en fin, todo lo que Fenella había hecho para ella. El mono se dedicó a desplegar toda aquella ropita, examinándola y lanzando débiles chillidos.

Encontró una falda de seda roja. Era muy hermosa y suave, y a «Jimmy» le gustaba el rojo. La agarró y se la deslizó por encima de la cabeza. Luego tiró de ella hacia abajo y se sintió contento. Ahora estaba vestido de nuevo. Se sentía magnífico.

Encontró una chaquetilla blanca ribeteada de piel. «Jimmy» sabía cómo meter sus bracitos en las mangas, porque la señora Connie se lo había enseñado. Pronto tuvo puesta la chaquetilla. Se la había puesto al revés, lo de delante atrás y viceversa, pero a «Jimmy» no le importaba eso. Dio unos paseítos por el coche, sintiéndose muy complacido consigo mismo.

Volvió junto al baulito. Vio allí unos zapatos rojos y los sacó. Se los encajó en los pies y abrochó los botones. Eso le requirió mucho tiempo, pero era un monito muy perseverante. Por fin los botones quedaron abrochados. Ahora necesitaba un sombrero.

El mejor sombrero de «Rosalinda» estaba envuelto en papel de seda. «Jimmy» desgarró la envoltura. ¡Oh, qué sombrero! Estaba hecho de paja, con brillantes rosas rojas todo alrededor y una cinta azul que caía flotante por la parte de atrás. «Rosalinda» tenía un aspecto realmente delicioso cuando se lo ponía. Fenella se lo había hecho en su último cumpleaños.

«Jimmy» se lo puso. No sabía qué era atrás ni qué era delante, por lo que se lo encasquetó de cualquier modo, y la cinta azul se le quedó colgando sobre la oreja derecha.

El mono oyó un ruido fuera y se acurrucó en un rincón. Era tío Ursie que pasaba. «Jimmy» aguardó hasta que el hombre se fue, y luego se escabulló fuera del carromato. Tenía un aspecto muy raro, más bien como el de una muñeca fea que hubiese cobrado vida vestida de pies a cabeza.

El señor Hola fue el primero en verlo.

—¡Caramba! —exclamó al ver a «Jimmy» sentado en el techo de un carromato—. ¿Quién es ése?

Willie y Fenella acudieron corriendo.

—Es uno de los monos de la señora Connie —dijo Willie—. De qué manera tan rara lo ha vestido. Nunca lo he visto antes con esas ropas.

Fenella lanzó un grito penetrante:

—¡Oh, debe de ser «Jimmy», el mono malo, el mono malísimo! Ha estado revolviendo en el baúl de los vestiditos de «Rosalinda» y se ha puesto las mejores cosas. ¡Oh, Willie, alcánzalo antes de que las destrozé!

Pero «Jimmy» sabía muy bien que aquellas lindas ropas nuevas se las quitarían en cuanto lo atrapasen, por lo que hizo que todo el mundo emprendiera una agitada persecución. Él daba saltos lanzando chillidos y alaridos. Al final, quien lo atrapó fue el chimpancé «Sonrisa», que le dio un buen manotazo para disgusto de «Jimmy».

Fenella estaba casi llorando.

—¡Oh, las mejores ropas de «Rosalinda»! ¡Oh, tía Lou, ha roto la falda, y el sombrero está estropeado!

La señora Connie llegó en aquel mismo momento. Cuando se enteró de lo que «Jimmy» había hecho, echó la cabeza atrás y empezó a reír.

—¡Ah, ese «Jimmy»! ¡Es el mono más travieso y más listo del mundo! ¿Qué ha hecho con sus propias ropas?

Fenella estaba enfadada. La señora Connie no debería haberse reído de aquella manera.

—Bajó a bañarse con Willie y conmigo y se quitó todas las ropas y las tiró al agua —dijo.

La señora Connie dejó de reír. Aquello era serio.

—¡Cómo!, ¿que no tiene ropas? Entonces, ¿qué va a hacer cuando demos la próxima función? ¡Debe tener ropas para entonces!

Tía Lou la miro ceñuda.

—Bueno, no se moleste en venir a pedirme que se las haga, señora Connie. No voy a hacer más ropas para sus monos. Se lo digo muy en serio. Usted no debería dejar sueltas a sus criaturas cuando se va por ahí.

—¡No las dejé! «Jimmy» debe de haberse escapado por la chimenea — dijo la señora Connie—. ¿Qué voy a hacer? ¡Él debe tener ropas, debe tenerlas!



CAPÍTULO XIX

WILLIE Y FENELLA FORMAN UN PLAN

La gente del circo contaba la historia del travieso «Jimmy» una y otra vez, y todo el mundo se reía.

—¡Ese «Jimmy»! ¡Es tan listo como todo un saco de monos! —decían.

Tía Lou mantuvo su palabra de no hacer ropas nuevas para «Jimmy».

—No —dijo cuando la señora Connie acudió a verla para hablarle del asunto—. No me pagan para vestir a sus monos, como ya le he dicho antes, y, ¿para qué habría de desgastarme los dedos hasta el hueso, cosiendo vestidos para animales, cuando todo lo que hacen es arrojarlos al mar?

—Él no se daba cuenta de lo que estaba haciendo —imploraba la señora Connie—. Usted sabe cómo son los monos. Lou, hágale un vestido nuevo. No puedes salir a la pista desnudo. También algunos de los otros necesitan ropitas nuevas.

—Pueden necesitar todo lo que quieran —dijo tía Lou ceñudamente—. ¿Por qué no prueba usted alguna vez a ponerse un dedal en el dedo y coger aguja e hilo y hacer un poco de trabajo por su cuenta?

—¡Es usted mala! —dijo la señora Connie—. Sí, lo es. Es usted mala con su viejo Ursie y mala aquí con la pobrecita Fenny. No tiene pizca de cariño ni de simpatía por nadie. Tú, escúchame, Fenny; cuando estés harta de esta vieja y dura tía tuya, ven a buscarme. Te dejaré vivir en mi carromato conmigo y podrás ayudarme a cuidar a mis preciosos monos.

—Yo no dejaría ir a Fenella aunque ella quisiese —dijo tía Lou, airadamente—. Está a cargo de nosotros. Ahora váyase y cuide un poco mejor de esos horribles monos.

Fenella sentía lástima de la señora Connie. Había perdonado del todo a «Jimmy» por haber revuelto las ropas de «Rosalinda». Sabía que el mono no lo había hecho con mala idea. Habló a su tía.

—¿Irás la señora Connie a hablar con el señor Crack, tía Lou? ¿Le dirá que usted no quiere hacer cosas para los monos? Porque usted las hace para «Sonrisa» y «Seriote» y para el ganso «Chácharo».

—Puede ir adonde se le antoje —dijo tía Lou—. Pero no voy a obedecer al señor Carl Crack si no quiero. Él puede despedirnos a mí y a tu tío de su circo si le place. Pero no cambiaré de modo de pensar sobre esos monos.

—¡Oh, tía Lou! ¿Realmente puede despedirla? —preguntó Fenella, horrorizada—. ¿Puede echar del campamento a usted y a tío Ursie, y a mí también, y no permitir que volvamos? ¿Qué íbamos a hacer entonces?

—Bueno, ¿por qué te preocupa eso tanto? —preguntó tío Ursie, que en aquel momento acababa de entrar en el carromato—. No llevas con nosotros más de dos o tres semanas.

—¡Oh, tío Ursie, me apenaría muchísimo tener que marcharme! —exclamó Fenella—. Me gusta este carromato, y los osos, y todo el mundo, especialmente Willie y «Chácharo». ¡Oh, por favor, tía Lou, haga vestidos para los monos! Estoy segura de que la señora Connie irá a ver al señor Crack, y él dirá que tiene usted que hacerlo: y si usted no quiere, nos despedirá.

—Es verdad que el señor Crack no permite que nadie se oponga a una orden suya —dijo tío Ursie—. Ha habido uno o dos que lo han hecho y fueron expulsados fuera del campamento en cuestión de pocas horas.

La señora Connie fue a ver al señor Crack. Él frunció el ceño cuando oyó su queja.

—La cosa no es de ahora, señor Crack; hace mucho tiempo que se viene quejando de tener que vestir a mis monos. Señor, ella y yo no podemos seguir viviendo en el mismo circo mucho tiempo. Me iré. Iré a cualquier sitio donde haya gente que piense mejor de mí y que vista a mis monos como se merecen, las pobres e inteligentes criaturitas.

El señor Crack no sentía simpatía por tía Lou. Pensaba de ella que era una mujer regañona y de mal humor. Eran pocos los que hablaban bien de ella.

—Solía ser más agradable —le dijo a la señora Connie—. Quizá aquello fue antes de que se incorporase usted a nosotros, Connie. Cambió cuando perdió a Carol. Era su hijita, la criatura más lista que podría usted haber visto nunca. Tenía una melena de cabello rojo como el de Fenella.

—¿Qué le pasó? —preguntó la señora Connie.

—Carol era muy buena nadadora —explicó el señor Crack—. En aquellos días, Ursie tenía también focas amaestradas, y Carol se metía en el tanque con ellas y hacían toda clase de números. Era lista como un lince. Incluso llegaba a montarse y a ponerse de pie en el lomo de una foca, cosa resbaladiza si las hay.

—¡Dios mío, debió de valer mucho! —dijo la señora Connie.

—Pues bien, un día Carol pescó un resfriado —dijo el señor Crack—, y en lugar de mantenerla bien abrigada en la cama y de cuidarla un poco, Lou la dejó ir a la función como de costumbre y nadar en el tanque de las focas. Reinaba un tiempo frío. La niña se puso muy mala después, y murió. La gente le censuró aquello muchísimo a Lou y ella cambió después de eso, se puso de mal humor y nunca permitió que nadie le mencionase el nombre de Carol.

—¡Pobre Lou! —dijo la señora Connie—. ¿Qué fue de las focas?

—Obligó a Ursie a venderlas, así es que ahora sólo tiene sus osos —dijo el señor Crack—. Yo le tengo mucho aprecio a Ursie, y si no fuera por él, aunque Lou es una maravilla haciendo ropas para las funciones de circo, la habría despachado ya hace mucho tiempo. Bueno, Connie, daré órdenes para que vista a «Jimmy» de la cabeza a los pies. Si no lo hace, quedarán despedidos.

La señora Connie estaba ahora medio arrepentida de haber presentado su queja al señor Crack. Nunca había oído contar antes toda la historia de Lou. También ella le tenía simpatía a Ursie.

—Bueno —empezó a decir—, quizá yo pueda conseguir que mi hermana me ayude en la cuestión de las ropitas de los monos, señor Crack.

El señor Crack frunció el ceño hasta que las hirsutas cejas le ocultaron los ojos por completo.

—Ya he dicho qué es lo que hay que hacer —amonestó a la señora Connie—. Nunca cambio de idea. Y usted lo sabe.

Al día siguiente se encaminó al carromato rojo. Estaban allí tío Ursie y Fenella. Tía Lou había ido en autobús a la ciudad para comprar algo que necesitaba.

—Buenos días, Ursie —dijo el señor Crack—. ¿Dónde está Lou? Dígale cuando vuelva que mis órdenes son que siga vistiendo a esos monos como de costumbre y que haga un equipo nuevo a «Jimmy» de pies a cabeza.

Tío Ursie se quedó muy turbado.

—Sí, señor Crack, se lo diré. Pero usted sabe lo enormemente obstinada que es Lou cuando se empeña en una cosa. Dudo que quiera hacer lo que usted dice.

—¡También yo soy obstinado! —rugió de pronto el señor Crack, con tanta fuerza, que a Fenella casi le hizo dar un salto—. Si me desobedece, quedará despedida, y usted con ella.

Fenella se echó a temblar. Le asustaba ver cómo la gente gritaba y perdía los estribos. Estaba completamente segura de que tía Lou se negaría a hacer lo que se le ordenaba.

Y eso fue lo que tía Lou hizo.

—No voy a cambiar de idea —le dijo a tío Ursie cuando éste le contó lo que el señor Crack había dicho y adoptó un aspecto más ceñudo que nunca. Sus labios casi desaparecieron y retorció hacia arriba apretadamente la boca—. Puede echarnos si quiere.

Fenella se sintió muy desgraciada aquel día. No prestó mucha atención a la clase y Presto la reprendió por primera vez. Willie miraba sorprendido a la apesadumbrada niña.

—¿Qué te pasa? —susurró.

—Nada de cuchicheos —dijo Presto—. Poned atención en vuestro trabajo. Esta mañana no estoy contento con ninguno de vosotros dos.

Los dos niños estaban impacientes por salir del carromato pintado de negro. No hacía un día muy bueno, sino más bien nublado y todavía con mucho viento. Cuando Presto dijo que podían irse, corrieron hasta un gran camión lleno de bancos y se acurrucaron al lado de él, al resguardo del viento.

—Ahora vas a decirme qué te pasa —dijo Willie—. Nunca te he visto tan triste.

Fenella se lo contó todo.

—Así, pues, parece que tendremos que salir del campamento dentro de pocos días —dijo con lágrimas en los ojos—, y yo no quiero irme, Willie, no quiero dejar de veros para siempre a «Chácharo» y a ti.

Willie le dio un empujoncito. Estuvo pensando unos momentos. Luego se volvió hacia Fenny.

—¿Sabrías tú hacer un traje nuevo para «Jimmy», de la cabeza a los pies? —preguntó.

—¡Oh, sí, de eso estoy segura! —dijo Fenella, sorprendida—. Pero, ¿por qué lo preguntas?

—No seas tonta, porque ésa es una manera de salir del apuro, ¿no te parece? —dijo Willie—. Todo lo que tienes que hacer es preparar el nuevo traje sin que nadie te vea, hacer un lindo paquetito y dejarlo en un momento dado en el coche de la señora Connie, escribiendo encima el nombre de «Jimmy». Ella lo encontrará, creerá que tu tía lo ha hecho, se lo dirá al señor Crack, éste se mostrará contento y no se volverá a hablar del asunto.

—¡Oh! —exclamó Fenella, secándose las lágrimas—. ¡Qué idea, Willie! ¿Crees realmente que tendrá resultado? No será malo hacer eso, ¿verdad?

—Pues mira, es una cosa que va a agradar a un montón de gente —dijo Willie—. Agradará a la señora Connie, agradará al señor Crack y al mono

«Jimmy». Agradará a tu tía y tu tío cuando vean que el señor Crack no los despide, y desde luego me agradará a mí también.

—¡Oh, y a mí! —dijo Fenella, brillándole los ojos—. Puedo hacer fácilmente un trajecito nuevo para «Jimmy», un uniforme rojo de soldado. Pero, ¿dónde voy a encontrar la tela? ¿Y dónde puedo hacer eso de forma que nadie me vea?

—Mi madre tiene muchísimas telas viejas que puedes utilizar —dijo Willie—. En tiempos, ella era acróbata y tenía bonitos vestidos como Malvina y los demás. Los ha conservado todos. Estoy seguro de que te dejará que cortes uno.

Fenella, sencillamente, no podía imaginarse a la delgada y agotada tía Aggie vestida con lindos vestidos y trabajando en la pista como acróbata.

—¿Dónde podré hacer el traje de «Jimmy»? —preguntó—. Tiene que ser un sitio donde no me vea ni tía Lou ni la señora Connie.

—Puedes venir a nuestro coche por las tardes —dijo Willie—. ¿No ibas a traer libros y ayudarme a leer? Bueno, pues todo el mundo creerá que es eso lo que estamos haciendo: estudiando juntos. Y realmente trabajaré un poco, Fenny, para que veas. Nada más que para darte gusto. Tendremos que dejar que mamá participe en el secreto, pero eso no debe preocuparte. Ella no se lo revelará a nadie.

Fenella se sentía complacida y aliviada. Seguramente, si la señora Connie encontraba un trajecito bien hecho para «Jimmy» colocado en su carromato, todo quedaría arreglado.

Una gaviota voló planeando desde el acantilado y graznó ruidosamente. «Iu, iu». Willie inmediatamente se puso a imitarla.

—«Iu, iu» —llamó.

La gaviota lo oyó y bajó a tierra. Willie siguió llamando una vez y otra, y, una a una, más y más gaviotas bajaron al suelo, sorprendidas. Pensaban que seguramente una de ellas estaba en apuros debajo del camión.

—«Iu, iu, iu, iu» —gritaba, y empezaron a formar círculo y a amontonarse por docenas. Willie y Fenella se reían al verías.

La gente del circo se extrañó por la enorme cantidad de gaviotas que habían aparecido de pronto. Pero el señor Hola vio que Willie estaba tendido debajo del camión.

—¡Ah!, ¿eres tú? —dijo—. En la próxima función deberías imitar a las gaviotas, Willie. Las atraerías al circo y todo el mundo aplaudiría. Eso sería un número estupendo.

Willie y Fenella salieron riendo de debajo del camión. Las gaviotas emprendieron el vuelo. «Chácharo» se contoneaba con aire indignado. No le gustaba tener tantísimos pájaros tan grandes alrededor de él en el campamento.

—¡Oh, «Chácharo», tenemos un secreto! —dijo Fenella—. Pero no vamos a decirlo a nadie, ni siquiera a ti.

FENELLA EMPIEZA EL TRABAJO. ¿DÓNDE ESTÁ «BOBO»?

Aquella tarde, Fenella fue al carromato de tía Aggie con dos libros de lectura. Su tía Lou la vio salir.

—¿Vas a enseñar a leer a Willie? —dijo—. Haces bien, Fenella. Si te piden que te quedes a cenar, puedes hacerlo, porque tu tío y yo vamos a salir.

Fenella se sintió complacida. Estaba segura de que la madre de Willie le pediría que se quedase. Se había convertido en la niña favorita de tía Aggie. Bueno, ahora dispondría de un largo rato para empezar el nuevo traje del mono «Jimmy».

Willie le había contado a su madre el secreto que tenían los dos. Ella escuchó en silencio.

—Bueno, Willie —dijo—, yo le tengo simpatía a la vieja Lou a pesar de su lengua tan afilada. Es una mujer triste que disimula su tristeza con su aire ceñudo y regañón. Quería muchísimo a aquella hija suya y se siente culpable de que cayera enferma. Estaría muy mal fuera del circo del señor Crack. Lleva aquí años y años. Buscaré una tela para que la pequeña Fenny pueda hacer un vestidito, y si la señora Connie lo acepta y no dice nada, todo se habrá arreglado. Lou no tendrá que irse y seguiremos conservando junto a nosotros a la pequeña Fenny. Realmente le he tomado cariño a esa niña pelirroja.

Fenella entró sonriendo.

—Willie, he traído tus libros —dijo—. ¿Le ha contado nuestro secreto, tía Aggie? ¿Va usted a ayudarme? ¡Qué bien! Bueno, Willie, ahora te vas a sentar y a leerme en voz alta mientras yo me dedico a trabajar.

—Muy bien, tía Lou-Fenella —dijo Willie con una sonrisa, y todo el mundo se echó a reír.

Tía Aggie sacó de una caja una tela de brillante seda roja.

—Esto fue en tiempos una falda que yo tuve —dijo—. La llevaba cuando trabajaba con tres acróbatas y era tan bonita que nunca he tenido valor para romperla. Va a cumplir ya los veinte años esa falda, pero quizá es todavía bastante buena para que tú la utilices, Fenny. Fenny palpó la compacta seda roja.

—¡Oh, es deliciosa! —dijo—. Gracias, tía Aggie. ¿De verdad que puedo cortarla?

—Bueno, nunca volveré a usarla —dijo tía Aggie con un suspiro—. Estoy bastante ágil para mi edad, pero nunca podré trabajar de nuevo en la pista. Haz lo que quieras, querida.

Fenella empezó a trabajar. Miró a Willie.

—Vamos —dijo—, empieza a leer. No querrás ser el último de mi clase, ¿verdad?

Willie sonrió y empezó a leer, dando muchos tropezones. Pero la verdad era que estaba empezando a hacerlo muchísimo mejor. Fenella le corregía los errores mientras afanosamente iba cortando la tela. Tía Aggie la contemplaba con admiración.

—¿Cómo puedes cortar esa chaquetita y escuchar al mismo tiempo a Willie mientras lee y corregirlo cuando se equivoca? ¡Me dejas pasmada! Tendrás que enseñarme a leer también a mí, Fenny.

Fenella interrumpió su trabajo, asombrada. Se quedó mirando a tía Aggie.

—¿No sabe usted leer? —preguntó—. Claro que la enseñaré si usted quiere.

—Eres una chica muy lista —dijo tía Aggie; y el elogio le resultó agradable a Fenella, porque nunca lo recibía de su tía Lou.

Se sabía de memoria las medidas de «Jimmy», porque había visto cómo éste llevaba puestas las ropas de su muñeca. Cortó unos pantaloncitos y una chaquetilla y luego le preguntó a tía Aggie si tenía cartón que ella pudiera utilizar para hacer un sombrero redondo, rojo, en forma de chacó, como el que acostumbraban usar los soldados.

—Podría cubrirlo de rojo —dijo—. Y, ¡oh, tía Aggie!, ¿es trencilla dorada lo que veo en esa caja? ¿Puedo utilizarla también? Podría conseguir que su uniforme de soldado apareciese así muy elegante.

Fenella lo pasó realmente muy bien aquella tarde. Disfrutó muchísimo. Resultaba divertido oír leer a Willie cometiendo errores que ella podía corregir. Y era excitante hacer un uniforme tan bonito de soldado para «Jimmy». Era lindo cenar con dos personas a las que quería, sentada en los

escalones del coche-vivienda con «Chácharo» descansando justamente a sus pies.

—Me gustaría vivir contigo y con tu madre —dijo a Willie.

Y pensaba que pronto limpiaría y adecentaría aquel sucio carromato, remendaría toda la ropa de Willie y también la de la madre del niño y haría nuevas cortinillas que reemplazaran las estropeadas que había en las ventanas.

—Ahora tengo que irme —dijo por fin—. He pasado una tarde estupenda, verdaderamente estupenda. Al traje no hay más que ponerle las trencillas doradas y los botones, si puede usted encontrarme algunos, tía Aggie. Unos botones pequeños de latón, si los encuentra. Mañana recubriré también el sombrero, si tengo tiempo.

«Bobo» gimió cuando Fenella se acercó a su jaula. Ella no lo había sacado a pasear aquella tarde, y él la echaba de menos. La niña miró dentro de la gran jaula.

—«Bobo» —dijo—, ¿te sientes solo? Iré a preguntarle a tío Ursie si puedo jugar contigo un rato.

Fue al rojo carromato. No había nadie.

Claro: tía Lou y tío Ursie habían salido. Vio la llave de la jaula de los osos colgada de su clavo. La sacó.

«Estoy segura de que al tío Ursie no le importará que me traiga a “Bobo” al coche para jugar con él un rato —pensó Fenella—. Tendré cuidado de cerrar bien la puerta para que “Torpón” no pueda salir».

Así, pues, agarró la llave y se dirigió a la jaula. Era ya casi de noche y no podía ver dónde estaba «Bobo». Pero él sí podía ver a Fenella perfectamente. La estaba aguardando impaciente a la puerta como un blando y redondo barrilito que gemía por su amiga. «Torpón» no se dio cuenta de nada. Había comido muy bien y estaba muerto de sueño.

Fenella sacó a «Bobo» y cerró con llave la puerta de la jaula cuidadosamente. Luego levantó en brazos a «Bobo» y caminó con él hacia el carromato.

—Estás engordando, «Bobo». No crezcas demasiado aprisa o pronto no podré llevarte ya en brazos. Bueno, ya hemos llegado. Ahora jugaremos un poquito, ¿verdad?

Pero en el interior del carromato había demasiada oscuridad para jugar. Fenella miró la lámpara de petróleo que estaba encima del estante. ¿Debería encenderla? Nunca lo había hecho y más bien le daba miedo. No le gustaba aquel fuerte «plop» que hacía cuando la encendían.

—No la encenderé —le dijo al oso—. Tú puedes quedarte aquí en mi regazo y yo te contaré un cuento.

A «Bobo» no le importaba lo que hicieran con tal de estar con su amiga Fenella. Ella se lo puso sobre las rodillas, lo meció y empezó a contarle el cuento de *Los Tres Ositos*. Pensó que sería un cuento muy apropiado para él.

Cuando hubo acabado sintió hambre. Debía de ser ya muy tarde. Fue a la alacena y la abrió. Buscó a tientas.

Había allí un poco de pan y mantequilla y un jarrito de miel. Muy bien. A «Bobo» también le gustaría aquello. Había puesto a «Bobo» en su propia camita cuando fue a buscar la comida. Cuando volvió junto al osito, éste se había quedado profundamente dormido.

—¡Oh, me gustaría ver qué aspecto tienes así dormido en mi cama! —dijo Fenella.

Se sentó junto a él y comió el pan con mantequilla y la miel. Luego, sintiéndose cansada, se acurrucó junto al caliente y blando osito.

—Realmente debería llevarte a la jaula y acostarme, «Bobo» —dijo muerta de sueño—. Realmente debería...

Pero en cuestión de segundos Fenella se quedó dormida también. Estaba muy cansada y se durmió tan profundamente como el osito, acurrucado muy cerca de ella.

Tía Lou y tío Ursie volvieron con el último autobús. Cruzaron la puerta del campamento y se dirigieron a su carromato.

—Voy a ver si los osos están bien —dijo tío Ursie.

Siempre les echaba una última mirada antes de meterse en la cama. Palpó dentro del carromato, completamente a oscuras, buscando las llaves. Tomó la correspondiente a la jaula de los osos y se dirigió allí. Abrió la puerta y entró. Encendió su linterna y habló en voz baja a los osos.

—«Torpón», «Bobo», ¿estáis bien?

«Torpón» le contestó con un gruñido. Estaba hecho una bola en su rincón favorito. Tío Ursie tanteó con el pie en el montón de paja del otro rincón esperando ver a «Bobo» enroscado allí. Pero, naturalmente, no estaba.

Tío Ursie, alarmado, lanzó una mirada circular por la jaula. ¿Dónde estaba «Bobo»? No se le veía por parte alguna. Desde luego, no estaba en la jaula.

Tío Ursie, intrigado y trastornado, cerró la puerta de la jaula y fue a buscar a tía Lou.

—«Bobo», no está —dijo—. Ha desaparecido. Alguien debe de habérselo llevado. ¿O crees tú que es posible que se haya escapado entre los barrotes?

—¡Oh, Ursie! —exclamó tía Lou—. No, seguramente no puede haber hecho eso. Está demasiado gordo. Además ya lo habría hecho antes si hubiese podido pasar entre los barrotes.

El carromato estaba todavía a oscuras. Tía Lou no había encendido la lámpara por miedo a despertar a Fenella. A tientas había comprobado que la niña estaba en la camita, pero no había palpado al peludo «Bobo».

—Tendré que dar la alarma en el campamento —dijo tío Ursie—. «Bobo» vale demasiado para perderlo así. Además, estará asustado. Iré a buscar a Hola y a Diminuto. Wriggle nos ayudará también.

Se dirigió a los carromatos pertenecientes a los tres hombres. Estaban todos en sus literas, ya dormidos. Se levantaron inmediatamente cuando oyeron la noticia que les traía Ursie, y se pusieron sus pantalones y jerseys.

—No lo hemos visto por aquí —dijo Hola—. Debe de estar en su jaula, Ursie. Tal vez está hecho una rosca con «Torpón». Le es imposible salir.

—Bueno, echaremos otro vistazo si queréis —dijo tío Ursie, y volvieron a la jaula de «Torpón». Pero no, era verdad que «Bobo» no estaba allí.

—Será mejor que nos separemos y nos pongamos a buscar por el campamento —dijo Hola.

Pero en aquel mismo momento alguien llamó en voz baja desde el carromato rojo. Era tía Lou.

—¡Venid aquí en seguida! —dijo. Todos subieron los escalones—. Entrad —añadió, y encendió una brillante linterna sobre la cama de Fenella.

Los cuatro hombres se quedaron mirando. Porque allí, tendidos y estrechamente enlazados con los brazos de uno alrededor del otro, estaban Fenella y el oso perdido. Los dos dormían profundamente.

El señor Hola cloqueó:

—¡Vaya, vaya! Esta pequeña Fenella vuestra es toda una alhaja. Deberías enseñarla a hacer alguna cosita con tu joven oso, Ursie. Podría salir a la pista un día con él si consigue que haga alguna gracia. Yo diría que forman una magnífica pareja.

Tía Lou parecía estar bastante enfadada.

—Lamento que Ursie haya tenido que despertaros —dijo—. Fenella ha sido muy imprudente al hacer esto. Le echaré una buena riña por la mañana.

—No, no lo hagas —dijo Wriggle apresuradamente—. Ella no quería hacer ningún daño. No me importa que me hayan despertado, pues así he podido ver el espectáculo de Fenny y el oso.

Los hombres volvieron a sus carromatos riéndose al pensar en Fenella y el oso. Ursie trataba de calmar a tía Lou. Retiró suavemente al osito dormido del

lado de Fenella y lo puso en su jaula con «Torpón», Fenella no se movió.

—No te enfades mucho mañana con ella —dijo tío Ursie cuando volvió—. Realmente es una niña muy buena. Lo que deberías hacer, Lou, es sonreírle de cuando en cuando en lugar de emplear siempre palabras ásperas. Debí imaginarme dónde estaba «Bobo». Otra vez no me equivocaré.

CAPÍTULO XXI

LECCIONES PARA WILLIE, FENELLA Y «BOBO»

A la mañana siguiente, con bastante sorpresa por parte de tío Ursie, tía Lou no riñó con mucha aspereza a Fenella por lo que había sucedido la noche antes.

Fenella se entristeció al enterarse de cómo se había asustado el tío Ursie y de cómo había tenido que despertar al señor Hola, al señor Diminuto y al señor Wriggle para que lo ayudasen a buscar el oso.

—Y todo el tiempo estaba abrazado conmigo, durmiendo profundamente —dijo Fenella—. ¡Oh, tío Ursie, debí de quedarme dormida sin querer! No sabe usted cuánto lo siento.

—No está bien hacer cosas que puedan molestar a otras personas —dijo tía Lou, pero no añadió nada más. Fenella fue a disculparse con el señor Hola y los demás.

—¡Oh, no te preocupes por eso! —dijo el señor Hola—. A mí nunca me ha importado que me despierten a cualquier hora de la noche.

El señor Diminuto había bajado con sus elefantes al mar para darles un baño, por lo que ella no pudo hablarle. Pero encontró al señor Wriggle en su carromato.

—Siento mucho que lo despertaran anoche por mi culpa —dijo Fenny.

Wriggle contestó que eso no le había molestado lo más mínimo, al contrario, le había hecho mucha gracia.

—Ha sido muy gentil por tu parte venir a decir que lo lamentas —añadió—. No todo el mundo haría lo mismo. Como recompensa, voy a andar sobre la cabeza en honor tuyo.

—¡Oh, no, gracias de todos modos! —dijo Fenella apresuradamente—. Señor Wriggle, usted sabe que no me gusta verle hacer eso. ¡Por favor, no lo haga!

El señor Wriggle estaba haciendo unas contorsiones, movimientos y retorcimientos tan alarmantes, que Fenella creyó que de verdad iba a ponerse a andar sobre la cabeza. Escapó rápidamente para buscar a Willie.

—Vamos a casa de Presto —dijo—. Ya es la hora. Willie, ¿te has enterado de lo que nos pasó anoche a «Bobo» y a mí?

—Claro que me he enterado —dijo Willie—. Me imagino que tu tía te habrá echado una buena riña esta mañana.

—No, no me ha dicho casi nada —contestó Fenella—. Vamos, «Chácharo», a clase.

La clase transcurrió muy bien aquel día. Las prácticas de lectura que había hecho Willie la tarde anterior parecían haberlo ayudado. Presto se mostró complacido.

—Debes darle un regalito a Willie —le dijo a Fenella—. En tu bolsillo tienes algo para él.

Fenella se llevó la mano al bolsillo. Sacó un diminuto ganso de porcelana exactamente igual que «Chácharo».

—¡Oh, mira, Willie! —dijo—. ¡Un ganso de porcelana! ¡Y es para ti! ¡Señor Presto, es usted un mago! ¡Yo no tenía en el bolsillo más que mi pañuelo!

—¿Y qué es lo que tiene Willie detrás de la oreja? —preguntó el mago—. ¡Ajajá, un osito de madera!

Willie sintió que tenía algo detrás de la oreja y se llevó la mano allí. Efectivamente, allí estaba un diminuto oso de madera. Willie sonrió. Le alargó el osito a Fenella, quien se quedó encantada.

—¡Oh!, ¿es para mí? Gracias, señor Presto. Creo que tengo mucha suerte al recibir lecciones de un mago.

Presto casi sonrió, pero no del todo. Cogió dos gomas de borrar, dos reglas, dos lápices y dos palilleros. Con la mayor destreza los iba arrojando por el aire de forma que describían círculos uno a uno sobre su cabeza y los cogía al bajar y los enviaba de nuevo arriba por riguroso turno.

—¡Cómo me gustaría hacer eso! —dijo Fenella—. De verdad que sí. Me gustaría que usted pusiera en nuestras lecciones clases de magia y de juegos de manos, señor Presto.

—¡Ay, se tarda muchos años en aprender esas cosas! —dijo Presto volviendo a poner pulcramente todas las cosas encima de la mesa—. Tendríais que haber empezado cuando no teníais más que dos años.

—¡Oh, Dios mío, entonces para mí es demasiado tarde! —dijo Fenella—. Pero «Bobo» todavía no tiene dos años. Yo podría enseñarle cosas, ¿no es

verdad, señor Presto?

—Cuando un animal joven quiere a alguien y confía en él tanto como el pequeño «Bobo» te quiere y confía en ti, Fenella, puedes enseñarle cualquier cosa —dijo Presto—. Ese osito es inteligente. Imita bien. Podrías hacerlo tuyo y enseñarle, Fenella. Luego puede que algún día te permitan salir a la pista con él y que diviertas a muchos niños y niñas.

Los ojos de Fenella brillaron.

—¡Oh, señor Presto! No estará usted hablando en serio cuando dice que podría salir algún día a la pista, ¿verdad? Willie, ¿has oído eso? Enseñemos entre los dos a «Bobo». Al fin y al cabo, tú enseñaste a «Chácharo», ¿verdad, Willie?

Los dos niños salieron a la luz del sol. «Chácharo» se alegró al verlos. Como de costumbre, había estado sentado pacientemente en los escalones aguardándolos. «Cenicienta» había renunciado ya por completo a detenerlo. Un día en que la gata se había negado a quitarse de su sitio favorito en el escalón de arriba, «Chácharo», simplemente se le había colocado encima. La gata quedó enterrada bajo una cascada de calientes plumas y se asustó tanto, que casi perdió una de sus siete vidas.

—Iré a buscar a «Bobo» —dijo Fenella—. Creo que debo empezar a darle clases desde hoy mismo, Willie. ¿Qué podría enseñarle?

—Él tiene mucho de pequeño payaso —dijo Willie—. Enséñale payasadas. Dale un globo y a ver qué hace con él.

Fenella corrió para pedir al señor Groggy que le diese uno de sus bonitos y grandes globos. Él le dio tres, todos recién inflados.

—Vamos a llevar a «Bobo» a la pista y practicaremos allí con él —dijo Willie atisbando el interior de la gran tienda, que temblaba por efecto de la fuerte brisa—. No hay nadie dentro.

Llevaron a «Bobo» a la gran pista. Desde luego, él la conocía muy bien. Fenella le mostró uno de los globos. Él se acordaba de cómo el señor Groggy muy a menudo se ponía a andar sobre las manos cuando llevaba los globos. El osito trató de ponerse cabeza abajo, pero se cayó y quedó sentado con un aire muy cómico. Luego extendió una garra hacia el globo. Se le resbaló y se alejó de él. «Bobo» se puso en pie y lo siguió. No tenía entendimiento bastante para agarrar la cuerda, por lo que trataba de coger el globo entero.

Pero sus garras no estaban hechas para coger globos. Los niños se desternillaban de risa al verlo correr detrás del gran globo que se apartaba dando saltos cada vez que él lo tocaba. Y de pronto una de las garras de «Bobo» traspasó la goma y el globo estalló con un ruidoso estampido.

«Bobo» se quedó perplejo y horrorizado. ¿Adónde había ido a parar el bonito globo? Gimiendo ruidosamente, el animal corrió en busca de Fenella para que lo consolara, levantando en alto las patas delanteras.

—Mira, Fenny, sólo tenemos que dejarlo jugar así todos los días y darle cosas como globos y quizás una vieja muñeca tuya, y así sucesivamente, y «Bobo» aprenderá él solo —dijo Willie—. Es tan divertido... ¡Oh, Fenny!, ¿no podrías hacerle ese traje de payaso del que estabas hablando? Estaría muy gracioso con él, y realmente trabaja como un payaso.

«Chácharo» entró en la pista. Buscó su casa, pero no estaba allí. Cruzó las rojas cortinas para buscarla. «Bobo» lo siguió. «Chácharo» encontró su casa, abrió la verja, subió por el sendero de cartón y entró por la puerta principal.

La cerró de un portazo «Bobo» se quedó sorprendido. También él entró por la verja y subió por el sendero. Empujó la puerta, pero tenía el picaporte echado. Levantó una garra y golpeó ruidosamente.

—¡Está llamando a la puerta! ¡Oh, «Chácharo», déjalo entrar! —exclamó Fenella, encantada.

Pero «Chácharo» no quería. Aquélla era su casa, ¿no? Los osos no pintaban nada allí.

Pero de pronto abrió la puerta y le dio a «Bobo» un picotazo. Los niños gritaban y reían entusiasmados.

—¡Fenny! ¡Sólo tenemos que hacer que estos dos ejecuten cosas como ésas y el circo se vendrá abajo con los aplausos! —exclamó Willie—. ¿Por qué no habías de venir tú a la pista conmigo y con «Chácharo»? Sería divertido. Yo podría entrar y hacer primero mi imitación de pájaros y luego vendrías tú con «Bobo» y él podría llamar a la puerta de «Chácharo» y éste no lo dejaría entrar; podríamos hacer toda una comedia.

—Willie, ¿de verdad me dejarías entrar contigo cuando te tocase hacer tu número? —exclamó Fenella—. ¡Oh, cómo me gustaría! Nunca me atrevería a entrar sola con «Bobo». Nunca. Pero sí podría hacerlo si tú estabas ya allí. Entonces no me importaría.

—Desde luego que te dejaría —dijo Willie—. Estoy seguro de que sería algo sensacional, Fenny. Fenella y su oso favorito, «Bobo»; Willie Winkie y su ganso favorito, «Chácharo». Resultaría muy bonito en los carteles, ¿no te parece?

—¿Crees que podría llevar un vestido muy bonito? —dijo Fenella—. ¿Una especie de vestido de cuento de hadas?

—El vestido que tú quieras —dijo Willie—. Puedes vestirme de princesa, o de hada, o como Maravilla en el cuento de los tres osos.

—Creo que preferiría vestirme de hada, con alas —dijo Fenella—. Me gustaría que Presto supiese bastante magia para conseguir que las alas volasen. ¡Oh, Willie, me siento tan excitada...!

—Bueno, es fácil hacer planes —dijo Willie—. Pero es difícil poner las cosas en marcha. No te hagas muchas ilusiones, porque el señor Crack puede pensar que es una idea tonta, y tu tío y tu tía pueden negarse además a dejarte entrar en la pista. Y «Bobo» puede que no sea tan bueno como nosotros creemos.

Pero no sirvió de nada que Willie echase aquel jarro de agua fría sobre los planes que habían formado. Fenella estaba absolutamente convencida de que todo transcurriría como ella deseaba.

—Inmediatamente haré un vestido de payaso para «Bobo» —dijo—. Estoy segura de que tía Lou me dará la tela. Si no, me la dará tu madre. ¡Oh, Willie!, ¿ganaré algún dinero como tú si trabajo en la pista?

—Creo que sí —dijo Willie—. Pero, ¿para qué quieres el dinero?

—Me gustaría comprarle a tía Lou una máquina de coser —dijo Fenella—. Entonces podría coser seis veces más aprisa que ahora y no le importaría hacer vestidos para los animales y para la gente del circo.

—Eres una tontita, Fenny —dijo Willie, sonriéndole a la impaciente niña—. En cuanto tienes unos pocos chelines, obsequias a todo el mundo con helados de nata, y quieres comprar una máquina de coser para esa tía tuya regañona si ganas algún dinero.

—¡Mira ahora a «Bobo»! —dijo Fenella—. Ha cogido otro globo. ¡Oh, Willie, se ha subido encima! ¡No hagas eso, «Bobo», lo estallarás! Te buscaré uno de los balones de los perros. Ahí sí podrás montarte.

Y es lo que hizo «Bobo». Sabía mantener muy bien el equilibrio. No sólo se sostenía en pie sobre el gran balón, sino que moviendo sus patas traseras un poco adelante y atrás hacía que el balón se moviera, estando él colocado arriba.

—¡Lo mismo que hace Micko! —dijo Willie—. «Bobo», eres un payaso de nacimiento, y un payaso muy listo. Bueno, ahora vámonos, y tú también, «Chácharo». No nos dejarán nada de comer si seguimos aquí mucho tiempo. Hemos pasado una mañana estupenda, ¿no es verdad, Fenny?

EL UNIFORME DEL SOLDADITO

El circo iba a tener unas cortas vacaciones antes de dar su próxima función. Los artistas del señor Crack habían trabajado mucho, y algunos de ellos estaban cansados. Además, el señor Crack quería que los payasos pensasen nuevos números, y había que ensayarlos.

Cada artista podía ocupar la pista durante cierto tiempo cada día para cualquier práctica que necesitara hacer. Por las mañanas, Fric, Frac y Malvina estaban allí con sus caballos. Después de ellos venían los payasos, inventando nuevas bromas y nuevos trucos. El señor Groggy era muy listo en esto.

Willie tuvo que pedir tiempo para él y Fenella. Fue a ver al señor Crack, quien le preguntó para qué necesitaba tiempo. Seguramente el ganso «Chácharo» se sabía demasiado bien su papel para necesitar tiempo alguno de ensayo.

—Bueno, señor, es que se nos ha ocurrido una idea que podría dar resultado en un número con el osito «Bobo» y Fenella —explicó Willie—. Como usted sabe, él adora a Fenny.

—Eso no servirá de nada —dijo el señor Crack, quien no estaba de muy buen humor aquel día—. Fenella no lleva en el circo más que unas pocas semanas. Deberías saber que hacen falta años para convertirse en un artista, Willie. Nunca permitiré que Fenella salga a la pista.

—Pero, señor —empezó a decir Willie—, nosotros podríamos...

El señor Crack lo atajó:

—Podéis disponer del tiempo que queráis para practicar. Pero será un tiempo perdido, porque, te lo digo desde ahora mismo, a Fenella no se le permitirá aparecer en la pista. No servirá para eso. Y «Bobo» no tiene bastante edad.

—Sí, pero... —Intentó de nuevo Willie, y el señor Crack enarcó amenazadoramente sus hirsutas cejas sobre las profundas cuencas de sus ojos. ¡Estaba a punto de vociferar! Alargó la mano hacia su famoso látigo.

Willie no intentó terminar la frase. Huyó. No quería que aquel látigo se le enrollase alrededor de las piernas. Eso era lo que solía ocurrir cuando alguien discutía con el señor Crack. Se fue a buscar a Fenella, sintiéndose muy desalentado.

Fenella escuchó, y en su rostro apareció un gesto de desilusión.

—¡Oh, creo que por lo menos debería dejamos probar! ¡Es horrible que haga eso!

—Bueno, él dice que podemos tener tiempo para practicar, aunque será tiempo perdido, porque él no permitirá que tú y «Bobo» salgáis a la pista —dijo Willie—. ¿Quieres seguir probando y preparar un número con «Bobo», conmigo y con «Chácháro»?

—¡No me doy por vencida! —dijo Fenella—. A nosotros se nos ocurrió la idea y es una idea buena. Sigamos adelante aunque el señor Crack se muestre tan horrible. Y además le haré su traje de payaso inmediatamente.

Willie se echó a reír.

—¡Qué rara eres! —dijo—. Tan asustada unas veces y tan atrevida otras. Está bien, ensayaremos nuestra idea, aunque no sirva para nada. Pregúntale a tu tío si nos puede dejar a «Bobo» un rato todos los días.

A tío Ursie no le importaba en absoluto. Dijo que al osito le convenía jugar en la pista y aprender todo lo que pudiese mientras era joven.

—En realidad, sólo es el único tiempo en que se aprende algo: cuando se es joven —dijo—. Pasa lo mismo con los niños que con los animales. No puedes enseñarle a un perro viejo trucos nuevos, pero a un perro joven puedes enseñarle todos los trucos del mundo... si quiere aprenderlos. Algunos animales son como Fenny: tienen una inteligencia despierta y les gusta aprender lo que sea. Otros son torpes y no les gusta aprender nada. No sirve de nada tratar de enseñarlos.

—«Bobo» es tan listo... —dijo Fenella—. Una vez que ha descubierto cómo se puede hacer algo, lo repite sin cansarse, tío. Deberías verlo manteniendo el equilibrio encima de las pelotas de los perros.

—¡Cómo!, ¿sabe hacer eso? —dijo el tío Ursie, sorprendido—. Hay algunos osos que son listísimos para eso. Tengo un balón mucho más grande que podéis utilizar con «Bobo» si queréis. Un balón en el que le resultará mucho más fácil andar.

Se puso a buscar por debajo del rojo carromato y encontró una vieja caja. Sacó de ella un gran balón de alegres colores rojos, amarillos y azules. Era una pelota firme y fuerte.

—¡Oh —dijo Fenella, complacida—, esto será estupendo para «Bobo»! ¡Tío Ursie, qué caja más excitante! ¿Qué es esto? ¡Y, oh, mira estas deliciosas pelotitas!

—Ése es un balancín que solía utilizar una de mis focas —dijo tío Ursie, sacándolo de la caja—. Se llamaba «Aletas», Fenny, y era uno de los animales más listos que yo haya visto nunca. Sabía mantener en equilibrio este balancín en la punta de la nariz y con una pelota encima además. Éstas eran las pelotas con que solía jugar.

—¡Oh, cómo me gustaría que siguiese usted teniendo sus focas! —dijo Fenella—. Yo las querría mucho.

—Sí, y ellas te querrían a ti —dijo tío Ursie—. «Aletas» era tan cariñosa, que me seguía por todo el campamento si yo la sacaba de su tanque, trotando alrededor de mí como un gran perro. Incluso solía besarme.

—¿Le gustaba a Carol, su hijita? —preguntó Fenella.

—Era una maravilla con «Aletas» y con las demás —dijo tío Ursie, recordando—. ¡La de cosas que sabía hacer! Mira, Fenny, aunque tú no eres realmente una de las personas del circo, has encajado aquí tan bien, que es como si llevaras con nosotros años y años, y me recuerdas a nuestra pequeña Carol, por la manera que tienes de tratar a los animales, especialmente a mis osos.

—Sé que no puedo sustituir a Carol —dijo Fenny tímidamente—. Pero trataré de hacer todo lo posible. Son ustedes muy amables al dejarme vivir aquí, tío Ursie. Mire usted, al principio yo no quería venir, pero ahora estoy contenta de haberlo hecho. Me sentí muy triste cuando me enteré de que no iba a ir al Canadá con mi tía Janet.

—¿De verdad? —dijo tío Ursie—. Bueno, no le digas a tu tía Lou lo que te he dicho de que me recordabas a Carol. A ella no le gustaría.

—No, no le diré nada —prometió Fenella—. ¿De verdad puedo quedarme con este gran balón para «Bobo», tío? A él le encantará.

Y, efectivamente, a «Bobo» le encantó aquel gran balón. Pareció comprender que era para él nada más que lo vio. Corrió a recibirlo, gruñendo, y mientras Fenny se lo sostenía, se subió arriba, mantuvo el equilibrio y empezó a caminar alrededor de la pista muy serio y muy complacido. De pronto se cayó, dando un ruidoso golpe. Se puso en pie con aire muy asombrado, gruñendo. Una vez más se lanzó en persecución del balón. No estaba dispuesto a darse por vencido. Aquello era divertido. «Chácharo» lo miraba, y cuando veía que Willie y Fenella se echaban a reír y alababan a «Bobo», también él quería hacer algo.

Así, pues, aguardó hasta que «Bobo» estuvo de nuevo sobre el balón, y entonces fue y le dio un picotazo por detrás. El oseño, sorprendido, cayó de nuevo al suelo de golpe, y «Chácharo» silbó, encantado. Los niños se desternillaban de risa.

—¿Quién podría haber pensado nunca que un cachorro de oso y un ganso trabajaran juntos? —dijo Willie—. Fenny, debes hacer el traje de payaso para «Bobo» tan pronto como hayas terminado el uniforme rojo de soldado de «Jimmy».

Aquella misma tarde, Fenella continuó trabajando en el uniforme rojo de soldado. Se sentó en el carromato de tía Aggie, y, mientras cosía, Willie le leía de nuevo en voz alta de un libro cualquiera. Ya le resultaba mucho más fácil leer, y empezó a darse cuenta de que sólo con que trabajase un poco y practicara la lectura, pronto podría leer tan bien como Fenella.

—Ése es un uniforme realmente hermoso —dijo tía Aggie con admiración—. Tan bueno como el que pudiera hacer Lou. «Jimmy» va a tener un aspecto grandioso. Aunque debo decir que es más de lo que se merece ese mono tan travieso. ¿Sabes que ha enseñado a «Sonrisa» y «Seriote» a tirar cosas por el acantilado por el simple gusto de verlas flotar al viento?

—¿Es posible? —exclamó Fenella—. Eso ya es ser demasiado malo, tía Aggie. Aunque estoy segura de que «Sonrisa» y «Seriote» también podrían haber pensado en una cosa así.

—El señor Hola sorprendió a los tres arrojando almohazas y bruzas por el acantilado —continuó tía Aggie—. Fric y Frac se enfadaron mucho, porque es lo que usan para los caballos. El señor Hola hizo que «Sonrisa» y «Seriote» bajasen y recogiesen todas las cosas. Y tan pronto como las trajeron, «Jimmy» volvió a tirarlas por el acantilado. A él nadie lo pudo atrapar. La verdad es que la señora Connie debería tenerlo encerrado con llave.

—Sufre mucho si lo encierran —dijo Fenella—. Ella dice que el pobre mono se moriría si lo dejase todo el día en la jaula.

—Puede que sea verdad —dijo tía Aggie—. No se sabe nunca lo que puede pasar con los monos.

—¿Ha castigado el señor Hola a «Sonrisa» y a «Seriote»? —preguntó Willie.

—Desde luego —dijo tía Aggie—. Les quitó las muñecas con que suelen jugar, sus juguetes, y los encerró en su carromato. Oí que gemían como chiquillos.

—¡Qué curioso resulta vivir en un circo! —dijo Fenella sin dejar de darle a la aguja—. Todos los días pasan cosas raras, cosas que nunca pueden

pasarle a la gente corriente. Estoy segura de que yo nunca habría tenido como animal favorito a un oseño si hubiese vivido toda la vida con tía Janet. Y tampoco habría querido tenerlo. Ahora no puedo imaginarme lo que sería vivir sin «Bobo».

—Ese trajecito va a poner a «Jimmy» de lo más elegante —dijo Willie—. ¿Está ya acabado?

—Sí, no le falta más que esta trencilla dorada alrededor del sombrero, y ya está —dijo Fenella con aire feliz—. Ahora lo envolveré y lo dejaremos en el carro de la señora Connie cuando sepamos que ha salido, Willie. Mañana me pondré a trabajar en el traje de payaso de «Bobo». Quizá tía Lou me encuentre alguna tela. No puedo estar pidiéndole siempre cosas a usted, tía Aggie.

—Por eso no te preocupes —dijo tía Aggie—. Estás ayudando mucho a Willie con sus lecciones. Tú pídemelo todo lo que necesites.

Aquel anochecer, Willie y Fenella llevaron el paquete al carromato de la señora Connie. Ésta había salido, pero la puerta permanecía abierta. «Jimmy» estaba dentro, jugando con las sartenes. Se escabulló tan pronto como vio a Willie y a Fenella.

—No quiere que lo cojan —dijo Fenella—. Dejaré el paquete encima de la cama de la señora Connie. Ya está. Como tiene puesto el nombre de «Jimmy», sabrá para quién es. Será mejor que cerremos la puerta y las ventanas, Willie, o ese diablillo de «Jimmy» arrancará el papel, se vestirá por su cuenta y estropeará el traje. Salieron y cerraron la puerta. No dejaban de preguntarse qué diría la señora Connie cuando encontrase el paquete.

—Espero que no arme ningún escándalo —dijo Fenella, alarmada—. Quiero decir que supongo que no se le ocurrirá ir a darle las gracias a tía Lou y ésta adivine que he sido yo quien lo he hecho y...

—Bueno, no te preocupes antes de tiempo —dijo Willie—. Vamos, llevemos a «Chácharo» y a «Bobo» a darse un baño en el mar. Hace un calor terrible. Coge tu bañador y yo le pediré prestado otra vez el suyo a Micko. Vamos a pasarlo de lo lindo chapoteando.

CAPÍTULO XXIII

UNA SORPRESA Y UNA CONMOCIÓN

Al día siguiente pasaron muchísimas cosas. Al principio parecía un día completamente ordinario. Fenella se despertó, tomó su desayuno, charló con su tía y empezó luego a hacer la limpieza del interior del carromato.

—Mientras tú haces eso, yo voy a tomarle las medidas a Malvina para su chaquetilla nueva —dijo tía Lou—. Volveré dentro de media hora. Entonces ya será el momento de que vayas a casa de Presto a recibir tus lecciones de la mañana.

Se marchó. Fenella empezó a barrer el suelo del carromato. Tío Ursie estaba afuera, pulimentando la larga y brillante cadena que ponía alrededor del cuello de «Torpón» cuando lo sacaba a la pista. «Torpón» era muy manso, incapaz de hacer daño a nadie, pero había gente que se asustaba si veía que el oso iba sin cadena.

De pronto el señor Crack llamó a tío Ursie.

—¡Eh, Ursie, aquí tienes una carta! Acaba de venir el cartero.

El cartero iba al campamento todas las mañanas y entregaba todas las cartas del circo al señor Crack, quien las clasificaba y las iba distribuyendo luego entre el personal, aunque no era muy corriente que recibiesen cartas.

Tío Ursie se sintió sorprendido. Recogió la carta y entró con ella en el carromato. La abrió y la leyó lentamente. Luego soltó una exclamación:

—¡Oye, Fenny! ¿A que no sabes de quién es? Es de tu tía Janet. Está ya en el Canadá, y muy feliz por cierto, y te ha enviado algún dinero que tenía para ti y que se le olvidó entregarte. Te manda todo su cariño y dice que debes escribirle, porque te echa mucho de menos.

—¡Ah!, ¿dice eso? —preguntó Fenny con aire complacido—. ¿Cuánto dinero ha enviado, tío Ursie? ¡Qué buena es!

—Un montón de dinero. Nada menos que veinte libras —dijo tío Ursie—. Será mejor que te lo guarde en una cartilla de ahorros, Fenny.

—No, no tiene usted que hacer eso, tío Ursie, porque estoy segura de que les cuesta muchísimo dinero darme de comer —dijo Fenella—. ¡Tengo ahora

tanto apetito!

—No cogeré ni un solo penique —dijo tío Ursie—. Ni uno solo. Ya es bastante compensación tener una niña como tú. Y además trabajas mucho con la costura, Fenny; te ganas de sobra la vida con tu aguja. No, el dinero es tuyo y puedes hacer con él lo que quieras. Tal vez quieras gastarlo algún día.

A la mente de Fenella acudió una idea maravillosa. Compraría una máquina de coser para tía Lou. Eso sería una buena compensación por lo bondadosos que ella y el tío Ursie se habían mostrado al prestarse a recogerla cuando en realidad no la necesitaban para nada.

—Tío Ursie, quiero algo ahora mismo —dijo de repente—. Necesito con mucha urgencia comprar una cosa. ¿Podría darme usted ahora algún dinero?

—¿Qué es lo que quieres comprar tan de improviso? —preguntó el tío Ursie, divertido.

—Todavía no puedo decírselo —dijo Fenella—. Pero, tío, le aseguro que es algo que les agradará mucho a usted y a tía Lou cuando sepan lo que es. Tiene confianza en mí, ¿verdad?

—Sí, puedo tenerla —dijo tío Ursie—. Y, al fin y al cabo, es dinero tuyo. Pero no es posible que lo quieras todo. ¿Cuánto necesitas?

Fenella se preguntó cuánto costaría una máquina de coser. No tenía ni la menor idea. ¿Podría conseguir una por cinco libras? ¿O necesitaría más? Debería preguntarle a tía Aggie o a la señora Connie. Ellas lo sabrían.

—No sé cuánto me hará falta —dijo Fenella—. ¿Cree usted que podría darme cinco libras, tío Ursie?

—Eso es muchísimo dinero —dijo tío Ursie—. Pero, bueno, te las daré si realmente me prometes que no darás motivo para enfadarme por el modo como las gastes.

Contó cinco billetes de una libra y se los dio a Fenella. Ésta se estremeció. «Ahora podré comprar esa máquina de coser —pensó—. Y tía Lou podrá hacer su trabajo dos veces más aprisa y tres veces mejor. ¡Qué contenta se pondrá! Yo fácilmente puedo enseñarle cómo funciona».

—Guardaré el dinero en el baulito de «Rosalinda» —le dijo a tío Ursie—. Lo tendré allí hasta que vaya a gastarlo. ¡Oh, qué sorpresa, tío Ursie! ¡Qué buena ha sido tía Janet al mandarme ese dinero! Le escribiré hoy mismo. Espero que el señor Presto me dejará escribir una carta a la hora de la clase. Ahora voy a buscar a Willie y a contárselo todo.

Corrió, anhelando transmitir la noticia. Pero a Willie no se le veía por parte alguna. Al pasar se cruzó con la señora Connie y se preguntó si la mujer

de los monos habría probado ya a «Jimmy» su nuevo trajecito. La señora Connie tenía una cara que era toda sonrisa. Le hizo una seña a Fenella.

—¿Te gustaría ver una cosa? —preguntó—. Ven y mira.

La condujo hasta su carromato. Sentado encima de la mesa, tan orgulloso como un polichinela, estaba «Jimmy». Tenía puesto su uniforme rojo de soldado y le sentaba perfectamente. La verdad era que tenía un aspecto maravilloso. Su sombrero rojo lo tenía echado hacia un lado de la cabeza, sujetado por el barbuquejo.

—¿No es una cosa perfecta? —dijo la señora Connie con aire feliz—. Nunca he visto a «Jimmy» con un aspecto tan espléndido. Es el traje más hermoso que haya tenido nunca. Y le he dicho que se lo quitaré y dejaré que se lo ponga cualquier otro mono si no se porta bien. Pero él va a ser ahora muy bueno, ¿no es verdad, «Jimmy»?

Efectivamente, «Jimmy» parecía ser aquella mañana un monito bueno y bien educado. Le gustaban las ropas bonitas y sabía que tenía un aspecto muy elegante. Parloteó un poco y luego, poniéndose en pie, paseó por la mesa de un lado a otro, pavoneándose.

—Nunca habría creído esto de Lou —dijo la señora Connie—. Hacerle a «Jimmy» un traje tan bonito después de las palabras que tuvimos y del modo como juró que no volvería a hacer cosa alguna para mis monos. Realmente, ha sido una gran amabilidad por su parte, y ahora mismo voy a decírselo.

—¡Oh, no le diga nada! —suplicó Fenella, alarmada—. No le diga nada de eso, señora Connie. Ella... ella espera que usted no lo haga.

—¡Eso no puede ser! Unas palabras de agradecimiento va a tenerlas lo quiera o no —dijo la señora Connie—, y además he hecho un pastel para ella, Fenny. Un pastel de chocolate relleno de plátano, justamente como a ella le gusta. Espero que lo tomarás en el té.

Fenella se sintió más alarmada aún. Aquello no debería ocurrir. No quería que la señora Connie armase tanto alboroto por el traje, porque, al fin y al cabo, su tía no lo había hecho y lo mejor sería que no se hablase de aquello. Fenella empezó a arrepentirse de haber hecho el traje. Aunque seguramente tía Lou no se enfadaría con ella. Ella sólo lo había hecho con la mejor intención.

Miró el reloj que había en el carromato de la señora Connie.

—¡Oh Dios mío!, ¿va bien? —preguntó—. Son más de las diez. Realmente debo irme, señora Connie. Pero, por favor, no diga nada a tía Lou del traje.

La señora Connie se quedó perpleja. ¿Por qué no querría Fenella que le diese las gracias a su tía? Desde luego, ella iba a ir para decirle a Lou lo mucho que le había gustado el traje. Si Lou se mostraba tan amable y generosa, ella no iba a ser menos y le regalaría el delicioso pastel de chocolate que le gustaría muchísimo a Lou.

Fenella salió corriendo. ¿Dónde estaría Willie? No podía estar ya en el carromato del señor Presto, porque siempre la aguardaba.

Corrió a la jaula de los perros. No estaban allí. Le preguntó al señor Wriggle, que estaba por allí cerca.

—¿Ha visto usted a Willie? No consigo encontrarlo por ninguna parte.

—Salió con los perros —dijo Wriggle—. Supongo que se le habrá olvidado lo de la clase. No es muy aficionado, ¿verdad? Oye, ¿puedes quedarte un momentito? Me gustaría que me vieses andar sobre...

—¡Oh, no, gracias! —exclamó Fenella, y salió huyendo.

¡Willie debe estar en algún lado! Pero no, no estaba. Los perros se habían ido y Willie también. Corrió al carromato de tía Aggie para preguntar si Willie volvería pronto, pero en el camino tropezó con el señor Crack, quien estaba dando un paseo con sus grandes botas de montar.

—¡Vamos, vamos, qué huracán! —dijo—. ¿Adónde vas con tanta prisa?

—Estoy buscando a Willie —dijo Fenella.

—¡Ah, supongo que es la hora de la clase! —dijo el señor Crack, y miró su enorme reloj de oro—. Las diez y cuarto. ¿No empezáis la clase a las diez? No me digas que hacéis esperar al señor Presto.

—Bueno... —dijo Fenella, no queriendo confesar que se había retrasado buscando a Willie—, bueno, mire usted, sí, creo que me he retrasado un poco esta mañana, señor Crack. Ahora mismo voy.

—¿Dónde está Willie? —rugió de pronto detrás de ella el señor Crack.

Fenella se quedó petrificada. Nunca podía decir una palabra cuando la gente le gritaba. Muerta de miedo, se quedó mirando al señor Crack. Gracias a Dios, éste no había traído el látigo.

—¿Te has quedado muda? —dijo el señor Crack, perdiendo la paciencia—. Te he preguntado que dónde está Willie.

—Fue a la playa con los perros —dijo Wriggle adelantándose y compadeciéndose del susto de Fenella—. Supongo que volverá pronto.

—Dile que vaya a verme en cuanto vuelva —ordenó el señor Crack, y se alejó mascullando.

—¡Oh Dios mío! —dijo Fenella mirando angustiada a Wriggle—. Ahora Willie va a encontrarse en apuros. ¿Qué le dirá el señor Crack?

—Supongo que le soltará una buena reprimenda —dijo Wriggle—. Pero el joven Willie debería ser lo bastante sensato para obedecer las órdenes. Será mejor que tú te vayas ya, o también te verás en apuros.

Fenella echó a correr, muy turbada. Presto estaba aguardando impaciente en su carromato. Frunció el ceño cuando vio a Fenella.

—¡Veinte minutos de retraso! —dijo—. Creí que estabas mejor educada, Fenella. Me avergüenzo de ti y me haces sentir enfadado. ¿Dónde está Willie?

—No lo sé —dijo la pobre Fenella—. Siento mucho haber llegado tarde, señor Presto.

—Si vuelve a ocurrir, dejaré de darte clases —dijo Presto—. No quiero tener nada que ver con gente ingrata.

Aquello era espantoso. Fenella trató de escribir lo mejor posible, pero no podía dejar de pensar una vez y otra en Willie. Éste llegó diez minutos después. Fenella alzó los ojos hacia él. El niño, furioso, le lanzó una mirada llameante.

—¡Estúpida! —dijo—. ¡Hablando mal de mí! ¡Obligándome a ir a ver al señor Crack! Supongo que estarás contenta de que me haya reñido. No te volveré a hablar en la vida.

—¡Oh Willie! —dijo Fenella, y estalló en sollozos—. No he hablado mal de ti. Lo que dije...

—¡Basta ya! —ordenó Presto fríamente—. Mereces todo lo que te haya pasado, Willie, y tú lo sabes. Deja de llorar, Fenella. Si hablaste mal de Willie, mereces estar triste. Si no hablaste mal, ya se lo podrás explicar a Willie luego. No quiero que esta mañana me molestéis más.

Fue una mañana espantosa. Entre los reproches de Willie, las lágrimas de Fenella y la frialdad de Presto, el tiempo parecía hacerse más largo que de costumbre. ¿Cómo podría Fenny arreglar las cosas con Willie?



LAS COSAS SE PONEN MAL

Las lecciones acabaron por fin. Aquel día no hubo regalos para niños buenos. Fenella trató de agarrar a Willie por el brazo.

—¡Willie, no hablé mal de ti! Lo que pasó es que me encontré con el señor Crack cuando te estaba buscando y no le dije más que eso, que te estaba buscando, pero no le hablé mal de ti, te lo aseguro.

—Eso es lo que tú dices, mentirosa —dijo Willie—. Lo cierto es que me ha valido una riña terrible. El señor Crack me ha gritado hasta dejarme sordo. Yo no quería llegar tarde. Uno de los perros se escapó y tuve que ir a buscarlo. Podías haberte imaginado que era eso lo que había sucedido, pero eres tan mal pensada que en seguida empezaste a hablar mal de mí.

Fenella se echó a llorar.

—¡Willie, debes creerme, no soy tan mala como para eso! Es horrible que me trates así.

—Pues así eres —dijo Willie—. Te lo digo de una vez para siempre, no quiero hablar nunca más contigo. Manténte alejada de mí y de «Chácharo».

—¡Willie, no vamos a enfadarnos!, ¿verdad? —dijo Fenella aterrada—. Siempre habíamos dicho que nunca pelearíamos. Hacen falta dos para pelear, y yo no quiero.

—A mí me importa poco lo que tú quieras —dijo Willie, alejándose a grandes zancadas.

Fenella se encaminó lentamente al carromato rojo, sintiéndose muy desgraciada. Tenía el propósito de contárselo todo a su tía Lou y recibir quizá un poco de consuelo. Pero no. El día había empezado mal y siguió poniéndose peor, como suele pasar algunos días. En el carromato se encontró con una tía Lou enfadadísima. Cuando Fenella entró, agarró a la niña por los hombros y la zarandó con fuerza.

—¿Qué es eso de darle la coba de una manera tan asquerosa a la señora Connie y de hacer ese traje para «Jimmy» a espaldas mías? Eres una niña hipócrita y falsa. ¿A quién se le ocurre no decirme una sola palabra y hacerle

pensar que el traje lo hice yo? ¡Como si yo pudiera volverme atrás de una palabra que he dado! Dije que no lo haría y lo dije en serio. Eres una niña mentirosa y entrometida. Ya le he dicho esta mañana unas cuantas cosas a la señora Connie, y tuvo que marcharse con el rabo entre piernas, te lo aseguro.

Fenella escuchaba horrorizada. Le costaba trabajo pronunciar una palabra, pero finalmente dijo:

—¡Oh, tía Lou; ella únicamente quería ser amable contigo, y el pastel...!

—¡Ah, el pastel! ¡En la basura está! —dijo tía Lou, y tomó un aspecto tan duro y agresivo, que Fenella se apartó desesperada.

La niña se dirigió a la puerta, pero tía Lou la llamó:

—¡No he acabado todavía contigo! ¿Qué escándalo es ese del dinero que tu tío ha recogido para ti? Pues entérate bien, esas cinco libras que has pedido no vas a gastarlas. ¡Qué despilfarro! Y me gustaría saber en qué pensabas gastar tantísimo dinero.

—Era un secreto —dijo Fenella—. Estaba segura de que usted y tío Ursie se alegrarían mucho al ver en qué las gastaba. Espere usted, tía Lou, antes de decir que iba a despilfarrarlas.

—Pues no, no las tendrás —dijo tía Lou—. Si tu tío es tonto, yo no lo soy. No podrás disponer de ese dinero hasta que seas mucho mayor.

Fenella bajó la escalerilla. ¡Qué cosas tan horribles le estaban pasando! Willie, enfadado con ella; Presto y el señor Crack, también enfadados, y tía Lou, furiosa. Y ahora también estaría enfadada la señora Connie.

Pero, con gran sorpresa por su parte, la señora Connie no lo estaba. Vio a Fenella que iba andando con la cabeza baja y muy triste y se emocionó mucho al ver el aspecto tan deprimido de la niña. Corrió hacia ella.

—¡No estés tan triste, amor mío! Me imagino que será la lengua afilada de tu tía la que te ha puesto así. ¿Por qué no me dijiste que habían sido tu corazoncito y tus hábiles dedos los que habían hecho ese traje para «Jimmy»? ¡Niña tontita! Si me lo hubieses contado todo, yo no habría dicho una sola palabra.

—Todo el mundo está enfadado conmigo, no me quiere nadie —sollozó Fenella—. ¡Ni siquiera Willie!

—Ven conmigo a mi carromato y cuéntamelo todo —dijo la señora Connie—. Algunas veces las cosas se ponen mal, pero pronto se arreglan si sabemos afrontarlas como es debido. Tú ven ahora conmigo.

La mujercita de los monos tenía un corazón de oro. Agasajó extremosamente a Fenny. Le dio un gran trozo de pastel de jengibre con corteza y le puso delante un vaso de limonada dulce.

—¿Quién podía pensar que eras tú la que habías hecho ese trajecito tan maravilloso? —dijo—. ¡Vaya, vaya! Eres una maravilla. A «Jimmy» le sienta como un guante. Fue una cosa muy tuya, Fenny, tener semejante ocurrencia y no decir una sola palabra. A tu tía se le pasará el enfado, no tengas miedo. En cuanto a Willie, también él tiene sus prontos. Es un niño encantador, pero a veces tiene cosas de hombrecito. Una riña del señor Crack no puede hacerle mucho daño.

—Pero es que él cree que ha sido por culpa mía —dijo Fenella.

Dio un bocado al pastel. Era delicioso. Bebió la limonada y empezó a sentirse mejor. Era bonito eso de que alguien la estuviera mimando.

Empezó a contarle todo a la señora Connie. La mujercita de los monos escuchaba pacientemente. El chimpancé «Sonrisa» se acercó a la puerta del coche y ella lo despachó con un ademán. «Sonrisa» venía siempre a rondar cuando olía que un pastel estaba a punto. Fenny ni siquiera lo vio. Siguió hablando y sintiéndose cada vez mejor a medida que se lo contaba todo a la señora Connie.

Le habló del dinero y de cómo había querido comprar una máquina de coser para tía Lou y de cómo su tía le había asegurado que no le dejaría disponer del dinero. Le habló también del señor Presto, de cómo éste le había dicho que era una ingrata y se había enfadado mucho con ella.

—¿Qué debo hacer? —preguntó—. ¿Cómo puedo conseguir que Willie me crea? ¿Y cree usted que tía Aggie estará enfadada también y no me dará tela para hacerle a «Bobo» un traje de payaso? Yo quería empezar esta misma tarde.

—¡Oh, Aggie no cambiará en nada! —dijo la señora Connie, decidiendo en aquel mismo momento que iría a verla, le contaría lo desgraciada que se sentía Fenella y cómo en realidad no había querido poner a Willie en un aprieto—. No te preocupes por eso. Si yo fuese tú, me mantendría alejada de Lou hasta que se le pase el malhumor. Pronto estará bien. Tú vete a casa de Aggie y cose allí. Y si está Willie, habla con él como si nada hubiera pasado. No puede durarle mucho tiempo el enfado.

—Está bien —dijo Fenella sintiéndose más alegre—, y mañana iré a ver si puedo comprar la máquina de coser para tía Lou.

La señora Connie miró asombrada a Fenella.

—¡Cómo!, ¿todavía piensas hacer eso después de todo lo que te ha reñido? Eres una niña que sabes olvidar, Fenny. Me gustaría que fueses mía.

—Puede que tía Lou se sintiese más feliz si supiera que yo quiero darle algo —dijo Fenella—. Realmente no es que me haga mucha gracia en estos

momentos, señora Connie, porque comprendo que ella se ha portado muy mal. Pero sé que las cosas se pondrían mucho mejor si ella tuviese una máquina de coser: no tendría necesidad de trabajar tanto y sería una cosa que le gustaría.

Tía Lou no se preocupó de dónde estaba Fenella. Seguía sintiéndose muy enfadada por el hecho de que hubiese confeccionado el trajecito para «Jimmy» sin decirle a ella nada.

Tío Ursie no mejoró las cosas cuando habló en favor de Fenny.

—Sólo lo hizo porque tiene un corazón tan bueno como tú no lo tendrás nunca y para que el señor Crack no nos despida respondiendo a tu desafío —dijo—. Me extraña que no comprendas eso, Lou. ¿Habrías dicho lo mismo si hubiese sido nuestra pequeña Carol la que hubiese hecho eso? No, habrías pensado que era una niña lista y generosa, sabes que es así. Has cambiado, Lou. Carol no te reconocería ahora, si estuviese viva, como madre suya.

Tía Lou se horrorizó al oír decir tales cosas al pacífico y viejo tío Ursie. Se miró furtivamente al espejo. Vio su cara ceñuda, la boca dura, de labios apretados, y los ojos con aspecto de enfado. Era verdad, Carol no la reconocería.

—Fenny se parece mucho a Carol —dijo Ursie—. En el aspecto, en la melena de cabello rojo, en sus modales. Mira cómo se porta con los animales, ella que nunca había estado antes en un circo. Fíjate bien en mis palabras, Lou, no conservarás mucho tiempo a esa niña si la tratas duramente. Escribiré a su tía del Canadá para que se la lleve, y no seré yo quien la censure. Pero la echaré de menos.

Tía Lou empezó a sentirse muy incómoda. Había mucho de verdad en las palabras de Ursie. Pero su malhumor se impuso de nuevo y le dijo despreciativamente:

—Eres un viejo sin carácter, eso es lo que eres. Y Fenny no es tan dulce y sencilla como tú opinas.

El tío Ursie salió molesto y triste. Gente como Lou eran capaces de hacer desgraciado a cualquiera. ¡Qué lástima!

Fenella se quedó con la señora Connie hasta la hora del té, porque no se atrevía a ir a preguntar si su tía quería que la ayudase en la costura. Cuando llegó el momento, fue al carronato de tía Aggie. La señora Connie ya había estado allí y había explicado lo que pasaba. Tía Aggie, conociendo la manera que Willie tenía de enfadarse algunas veces, dijo:

—No te preocupes, Connie. Claro que acogeré bien a la niña. Estoy segura de que Fenny no habló mal de Willie. No tiene esa índole. Tú envíala

aquí. Si Willie sigue enfadado, que se quede fuera.

Así, pues, Fenella fue tímidamente al coche de tía Aggie y ésta la recibió muy bien.

—Voy a trabajar mucho —anunció Fenella—. Bueno, si usted me da un poco de tela, tía Aggie. Quiero hacer algo para el señor Presto, con objeto de mostrarle que le estoy verdaderamente agradecida por todo lo que me ha enseñado. Y quiero hacer un gorrito nuevo para «Chácharo» con objeto de mostrarle a Willie que siento haber sido causa involuntaria de que le riñan. Y me gustaría empezar el trajecito de payaso para «Bobo».

Willie no estaba allí. Entró una vez, vio a Fenella y volvió a salir, mascullando. Nadie le prestó atención. Fenella encontró algunas estrellas doradas en una de las cajas de tía Aggie y se sobresaltó de alegría.

—¿Puedo utilizarlas? Me gustaría hacer una esterilla negra para que «Cenicienta» se siente en ella cuando el señor Presto dibuja alrededor de la gata un círculo de tiza para hacer cosas de magia. Y si le coso algunas estrellas hará juego con la capa y el carronato del señor Presto.

La esterilla pronto estuvo acabada. Tenía un aspecto muy hermoso con su dibujo de doradas estrellas. Tía Aggie admiró muchísimo aquella labor.

—Eres muy lista, Fenny. Y no has tardado en hacerlo. ¿Qué vas a hacer ahora?

—Voy a convertir este viejo sombrero de paja de «Rosalinda» en un gorrito para «Chácharo» —dijo Fenella, complacida por la admiración de tía Aggie—. Tampoco eso me llevará mucho tiempo. Va a tener unas cintitas rojas colgando por la parte de atrás. A «Chácharo» le sentará muy bien.

Una hora más tarde se lo probaron al ganso, terminada ya la obra. «Chácharo» cobró efectivamente un hermoso aspecto y se pavoneó con júbilo. Contoneándose, caminó por el piso del carruaje luciendo su nuevo gorrito.

—Mira, Willie —dijo tía Aggie al aparecer Willie de pronto—. ¿Qué te parece el nuevo gorrito de «Chácharo»?

Willie le echó un vistazo. Pensó que era realmente muy bonito. Pero no podía decirlo.

—Está bien —dijo secamente, y volvió a desaparecer.

Luego Fenella dedicó hora y media a empezar el traje de payaso de «Bobo». Tía Aggie le había dado una hermosa tela blanca que en tiempos había sido una capa. Era la cosa apropiada. Fenella empezó a cortar el traje frunciendo el ceño al tratar de imaginarse cómo estaría mejor.

Se entristeció cuando tuvo que parar.

—Bueno, ahora te sentirás mejor —dijo tía Aggie, y le dio un inesperado beso de buenas noches—. Toda la tarde has estado haciendo cosas para otras personas. No hay nada como eso para arreglar todos los asuntos.



¿SE HA ESCAPADO FENELLA?

Al día siguiente, Fenella recordó que tenía que ir a comprar una máquina de coser para su tía. Tía Lou había estado un poco más amable con ella, pero no mucho. Tío Ursie se había mostrado exactamente igual que siempre. Willie todavía la evitaba y no le dirigía la palabra.

La niña llegó a la clase a las diez en punto, pero Willie se le había adelantado. No quería arriesgarse a que el señor Crack le riñese de nuevo.

—Vaya, esta mañana hemos llegado prontito. Eso me gusta —dijo Presto. Fenella le entregó un paquetito.

—Usted está siempre haciéndome regalos. Por eso ahora quiero hacerle yo uno —dijo—. Por lo menos para «Cenicienta». Porque quiero que usted sepa que le estoy muy agradecida por todo el tiempo que pierde por mí.

Presto abrió el paquete. Cuando vio la hermosa esterilla, bordada con sus estrellas de oro, se mostró contento y conmovido.

—Eres muy amable por tu parte, Fenella —dijo—. No te muestras rencorosa si alguien te riñe. Estoy orgulloso de ti. Tú, «Cenicienta», siéntate aquí y alégrate de tener una alfombra tan hermosa para ti sola. La próxima vez que trabajemos, la llevaremos a la pista.

Willie no parecía complacido.

—Pelotillera —dijo en voz baja.

—No es verdad —replicó Fenella, indignada—. ¿No le hice anoche un gorrito nuevo a «Chácharo»? Y no sería para mostrarme pelotillera contigo, sino para darte a entender que lamentaba que te hubiesen reñido.

Willie no dijo nada más. Realmente le había gustado mucho el gorrito, pero siempre le costaba trabajo salir de un enfado cuando había tomado la cosa a pecho.

Tía Lou y tío Ursie iban a estar ocupados aquella tarde.

—Tengo que ir a ver todas las ropas del señor Crack en su «roulotte» para repararlas —dijo a Ursie—. Pero estaré de vuelta a la hora del té.

—Yo llevaré a «Torpón» y a «Bobo» a la playa —dijo tío Ursie—. Hace tanto calor... ¿Qué vas a hacer tú, Fenny? ¿Vienes conmigo?

—Si a usted no le importa, no —dijo Fenella—. Tengo una cosa importante que hacer.

—Está bien —dijo tío Ursie, pensando quizá que iba a salir con Willie y los perros—. Te veremos a la hora del té.

—Sí, estaré aquí —dijo Fenella—. Tendré el agua preparada.

Tía Lou cogió su cesto de labores y se marchó. Tío Ursie recogió a los osos y desapareció por el senderillo del acantilado. Tan pronto como se vio sola, Fenny fue al baúl de su muñeca. ¿Dónde estaban las cinco libras?

No estaban allí. Habían desaparecido. Fenella buscó y rebuscó. Pero no, el dinero no estaba. Sospechó entonces que debía de haberlo cogido tía Lou. Se quedó en medio del coche con la cara roja y las lágrimas asomándole a los ojos. Las contuvo. Era una tontería echarse a llorar cada vez que las cosas se ponían mal. Willie no había llorado ni siquiera cuando el señor Crack le riñó el día antes.

Pensó con ahínco: «Tía Lou no sabía para qué quería yo el dinero, o de lo contrario me habría dejado utilizarlo. Bueno, iré y le pediré a la señora Connie que me lo preste y se lo devolveré cuando tío Ursie me dé más dinero. Preferiría que tía Lou me hubiese dicho que me lo iba a quitar. Pero supongo que lo habrá hecho porque yo no le dije nada de lo del trajecito para “Jimmy”».

Fue al carromato de la señora Connie y le dijo que necesitaba dinero.

—Tío Ursie ha bajado a la playa. Si no, se lo habría pedido a él —explicó—. ¿Puede usted prestármelo, señora Connie? Ya sabe que se lo devolveré esta tarde cuando me lo dé tío Ursie.

La mayoría de la gente de los circos son generosas y ávidas de ayudarse unos a otros. La señora Connie no vaciló un momento. Fenny necesitaba el dinero, y lo necesitaba para una buena acción. Entonces, lo tendría. Lou había sacado el dinero del baulito de la muñeca, ¿no es así? Entonces, doble motivo para que la señora Connie se sintiese complacida entregando a Fenny la misma cantidad. Contó cuatro libras en billetes de a libra y de diez chelines y una libra en monedas de plata.

—Aquí tienes —dijo—. Coges el autobús que pasa por la puerta y te bajas en la novena parada. Allí está la ciudad de Merrington-Sea. Hay tiendas muy buenas. Tienes que decirles que te envíen aquí la máquina. Pesa demasiado para que la puedas traer tú. Sólo espero que no cueste más de cinco libras.

Fenella se marchó. Vio a Willie a cierta distancia y lo saludó con la mano. Pero él no correspondió al saludo, y ella se sintió triste. Cogió el autobús y pronto se alejó por aquellos campos.

Llegó la hora del té. Tía Lou volvió de la «roulotte» del señor Crack después de una fatigosa tarde de trabajo. Frunció el ceño al ver que no estaba puesta agua a calentar. Había concebido la esperanza de que Fenella tendría la tetera a punto y preparado el pan y la mantequilla. Si hubiese sido así, tía Lou estaba dispuesta a mostrarse de mejor humor.

Tío Ursie subió de la playa con dos osos mojados y felices. Lo habían pasado todos muy bien. Tío Ursie nunca se sentía tan feliz como cuando estaba con sus osos. Había estado con osos y focas toda la vida y para él eran como hijos suyos.

—¿Dónde está Fenny? —preguntó—. Supongo que no habrá vuelto todavía. Esperaba contarle todas las payasadas que ha hecho esta tarde «Bobo». Es verdaderamente cómico.

Fenella no vino después del té. A las seis aún no había llegado.

Tío Ursie fue a ver a Willie.

—¿Has visto a Fenny? —preguntó.

—Desde que cogió el autobús a las dos de la tarde, no he vuelto a verla —dijo Willie—. Pero, ¿es que todavía no ha vuelto? ¿Adónde ha ido?

Para Ursie fue una novedad el hecho de que Fenella se hubiese montado en el autobús. Se quedó perplejo. Volvió junto a tía Lou y se lo dijo.

—¿Dónde puede haber ido la niña? —dijo él—. Espero que volverá pronto.

Pero dieron las siete y Fenella sin aparecer. Tío Ursie no podía estarse tranquilo.

—Tú no crees que se haya perdido, ¿verdad, Lou? —dijo—. Últimamente se ha sentido muy desgraciada, tú lo sabes. Sería espantoso que perdiésemos a Fenny como perdimos a Carol.

Tía Lou empezó a alarmarse también. Deseaba no haber reñido tan duramente a Fenny. Al fin y al cabo, la niña no había hecho nada malo; sólo había tratado de arreglar las cosas sin decirle nada a ella. Fue a ver a la señora Connie.

—¿Ha visto a Fenella? —preguntó hoscamente, porque no le había hablado a la señora Connie desde que se peleó con ella el día antes.

La señora Connie vio que Lou estaba impaciente y se sintió complacida. No iba a decirle adónde había ido Fenny ni para qué. No, le dejaría creer que

la niña se había escapado. Eso haría que Lou se arrepintiese de haber tratado a su sobrina con tanta dureza.

—Fenny vino y me pidió prestadas cinco libras —dijo la señora Connie—. Luego se marchó.

—¡Cielo santo! ¡Cinco libras! —dijo tía Lou recordando con un sentimiento de culpa el dinero que había retirado del baulito de la muñeca—. ¡Oh, Connie!, ¿se habrá escapado la niña? ¿Habrá pedido las cinco libras para tratar de irse al Canadá? ¿Es posible que la niña crea que un viaje así cuesta tan poco dinero?

—Lou, si Fenny se ha escapado, yo no la censuraría —dijo la señora Connie—. Tenía usted una querida hijita y la perdió y ahora le habían mandado otra y la ha tratado con desprecio y se ha escapado. ¿Qué es lo que le pasa? Necesita cambiar de corazón. También Ursie huirá de usted algún día.

Tía Lou se marchó angustiada. Ahora estaba completamente segura de que Fenny se había escapado. La policía la encontraría sin duda, pero todo el mundo se enteraría de que Fenny había huido porque ella, su tía Lou, la había tratado duramente. Había cerrado su corazón a Fenny. Fenny no era Carol, pero se le parecía, y tía Lou no quería tener en su corazón a nadie más que a Carol. Y esto era una completa equivocación. Había perdido la oportunidad de tener otra niña que creciera a su lado y la quisiese.

Cuando dieron las nueve, todo el mundo en el campamento estaba alarmado. Ya sabían todos que Fenny se había ido en el autobús de las dos y que no había vuelto. La señora Connie también empezó a pensar, como lo hacía todo el mundo, que Fenny se había escapado. «Me habló de comprar la máquina de coser como una excusa —se dijo a sí misma—. Habría vuelto ya hace mucho tiempo si no hubiera ido más que para eso. Pobre Ursie, qué aspecto tan abatido tiene. Le tenía cariño a esa sobrinita suya».

Presto quería coger el coche del señor Crack y salir a buscar a Fenny. El señor Crack quería telefonar a la policía. Pero la gente del circo procura mantenerse lejos de la policía todo lo posible, por lo que aquella idea no prosperó.

Tía Aggie no hacía más que llorar.

—Yo habría querido que viniese a coser esta tarde conmigo —decía—. La estuve esperando. Ella estaba haciendo un traje de payaso para «Bobo».

—Me trajo una alfombrilla muy bonita para «Cenicienta» —dijo Presto—. Era una niña muy buena. Señor Crack, debemos hacer algo para encontrarla.

El señor Hola y el señor Diminuto dijeron que querían salir a buscarla. Todo el mundo quería hacer algo. Willie estaba simplemente horrorizado al pensar que Fenella podía haberse escapado de verdad.

Corrió a su madre.

—Mamá, ni siquiera respondí al saludo de Fenny cuando ella cogió el autobús, y no le he hablado en todo el día. Si me hubiese portado decentemente, estoy seguro de que no se habría ido. Si vuelve sana y salva, nunca volverá a pasar una cosa así.

Aggie se secó las lágrimas.

—Sí, también tú has contribuido a hacerla sentirse desgraciada —dijo ella—. Pero recuerda mis palabras: no volverá.

Esto hizo que Willie se sintiese más desolado que nunca. Estaba ahora profundamente avergonzado de sí mismo y quería hacer las paces con Fenny y ver cómo ésta le sonreía de nuevo. «Chácharo» se daba cuenta de que su amo se sentía desgraciado y se apretaba contra él.

Tío Ursie fue a reunirse con tía Lou en el carronato. Ella estaba sentada a la mesa sin hacer nada. Tío Ursie le habló:

—Lou, si Fenny realmente se ha escapado y la encuentran y la traen de vuelta, ¿debemos hacer que permanezca con nosotros si ella no quiere? Tú no quieres a la niña, ¿verdad? Si prefieres que no vuelva con nosotros, yo podré arreglarlo. A mí la niña me gusta, pero si tú no la quieres y ella no quiere vivir con nosotros, ya buscaré algún sitio donde pueda ser feliz.

Con inmenso asombro de tío Ursie, tía Lou estalló en llanto, algo que él no le había visto hacer desde hacía muchos años.

—¡La quiero! —sollozó tía Lou—. No quería aceptarla porque no era Carol. Pero ahora la querré por ser Fenny. Supongo que le ha sucedido algo, Ursie. Me lo estaré reprochando toda la vida, como me reprochaba lo de Carol. Si vuelve sana y salva, pronto le demostraré cómo la quiero. He sido cruel y dura, pero si Fenny vuelve, seré diferente.

—Pobre Lou —dijo tío Ursie, pasándole un brazo alrededor del cuello—. No tomes las cosas así. Basta que le muestres a la niña que la quieres cuando vuelva. Entonces se sentirá tan feliz como una reina.

—Pero ¿dónde está? —dijo tía Lou, anhelante.

Y eso es lo que decía toda la gente del circo:

—¿Dónde está Fenny?

CAPÍTULO XXVI

¡BRAVO, FENNY!

Justamente cuando el señor Crack estaba entrando en su coche para salir en busca de Fenny con Presto, llegó un grito de alguien que estaba en la puerta del campamento.

—¡Aquí está!

Y, efectivamente, allí estaba una pequeña Fenny muy cansada y cojeando un poquito, asustada de la oscuridad y con mucho miedo de que todo el mundo la riñera. El señor Crack corrió hacia ella y la subió en brazos.

—¡Aquí está, bendita sea! ¿Dónde has estado, bribonzuela? ¡Menudo susto nos has dado!

—¡Fenny, me alegro mucho de que hayas vuelto! —Era Willie. Trató de abrazarla, pero sólo pudo alcanzarle las piernas, ya que ella estaba colgada de los hombros del señor Crack—. ¡Oh, Fenny, me sentía tan preocupado por ti!

Luego también tío Ursie y tía Lou acudieron corriendo.

—Démela —ordenó tía Lou, y el señor Crack soltó a la niña en el suelo.

Con gran sorpresa y placer de Fenny, tía Lou la abrazó y la besó. Apretó la mejilla contra la de Fenny y no la dejaba moverse.

—No debiste escaparte —decía una y otra vez—. No debiste. No debiste. Pero, gracias a Dios, has vuelto.

Tío Ursie la besó también. Fenny se sentía cada vez más asombrada y complacida. Había estado esperando un montón de riñas, no toda aquella amabilidad y aquellas caricias. Todo el mundo se había congregado en torno, tratando de decirle alguna palabra o de hacerle alguna caricia.

—No habría sabido qué hacer sin mi pequeña y buena discípula —dijo la grave voz de Presto, y Fenny alzó la vista hacia él y le sonrió. Él le devolvió la sonrisa, una sonrisa repentina y deliciosa que hizo que todo su rostro cobrara un aspecto muy diferente.

—¡Señor Presto, ha sonreído usted! —exclamó. Fenella—. Sí, sí, se ha sonreído. Y juró que nunca lo haría. Por favor, sonría de nuevo.

Tía Aggie, la señora Connie, Wriggle y todos los demás acudieron a asegurarse de que Fenny había regresado efectivamente. Era asombroso ver lo mucho que la niña se había metido en los corazones de todas aquellas personas durante el corto tiempo que llevaba con ellas. Tía Lou no tenía más remedio que sentirse orgullosa al ver el cariño que le profesaban a su sobrina.

Ursie la llevó al carromato rojo. Los acompañaba el señor Crack. Quería enterarse de qué le había sucedido a Fenella.

—No me escapé —dijo Fenella, sorprendida de que todo el mundo pensara lo mismo—. ¿Por qué tenía que escaparme? Me gusta mucho estar en el circo. Sólo fui a comprar una máquina de coser para tía Lou con un poco de dinero que conseguí ayer.

Se produjo un silencio de muerte. Tía Lou reprimió un sollozo que le vino de pronto a la garganta. Fenny continuó:

—Le pedí prestado dinero a la señora Connie y me marché. En la primera ciudad no había tiendas de máquinas de coser, por lo que tuve que ir a la siguiente, y allí encontré una.

—¿Y te vendieron una máquina de coser? —dijo el señor Crack, muy interesado por la historia de Fenny.

—No, no quisieron, porque no llevaba dinero bastante y porque dijeron que yo no era más que una niña —explicó Fenella—. Me sentí muy triste. Pero me dieron este papel, mira, tía Lou. Si lo rellenas y se lo mandas con el dinero, te enviarán una máquina preciosa. Yo la vi. También a mí me gustaría usarla.

Tía Lou era incapaz de decir una palabra.

—Eres tan buena que parece imposible, Fenny —dijo tío Ursie—. He aquí que tu tía Lou no hacía más que reñirte por cualquier insignificancia, y todo lo que se te ocurre es salir a comprarle una máquina de coser. Nunca he conocido una niña así. Lou, las próximas tres veces que sea traviesa, no le reñiremos en absoluto, ¿verdad?

—En absoluto —dijo tía Lou con una cara más joven y dulce que la que había tenido durante años.

—¿No me reñirán? —dijo Fenny, encantada—. ¡Oh, entonces haré algunas cosas que hace mucho tiempo que estoy deseando hacer! Una noche me traeré a «Bobo» a mi cama y lo dejaré dormir conmigo todo el tiempo.

Todo el mundo se echó a reír.

—Bueno, ¿qué te ocurrió luego? —preguntó el señor Crack.

—Bajé a la playa de aquella ciudad —dijo Fenny— y se me hizo tarde para coger el autobús que pasa por aquí. Yo no sabía que dejaban de pasar tan

pronto. Así es que he tenido que volver a pie. Eso es todo. Yo pensaba que estaríais muy enfadados conmigo.

—Bien está lo que bien acaba —dijo el señor Crack abriendo ya la puerta del carromato—. Y ahora vete a acostar, Fenella, porque debes estar cansada.

Pronto Fenella estaba en la cama. Tía Lou se inclinó y la besó. Fenella se llevó una sorpresa tan grande, que no devolvió el beso. Pero luego pasó los brazos alrededor del cuello de tía Lou.

—Eres muy buena —dijo ya medio dormida—. Sé siempre buena, tía Lou. Te quiero mucho cuando eres buena.

Fenella se olvidó pronto de su aventura, pero la gente del circo no. Willie, a partir de entonces, no la perdía de vista. El señor Presto, una vez que había recordado cómo se sonríe, halló que tenía muchas sonrisas y que era bonito utilizarlas.

—¿Por qué no sonreía usted antes? —preguntó Fenella una mañana—. Quiero saberlo.

—Es algo que necesito olvidar —dijo Presto—, y si te lo digo no lo olvidaré, ¿verdad?, lo olvidaré pronto si me sigues haciendo sonreír. ¿Qué os parece un poquito de magia esta mañana? ¿Hacemos intervenir a «Cenicienta» y vemos qué ocurre?

Era tía Lou la que hacía las cosas mucho más agradables para Fenny. Seguía teniendo una lengua afilada si las cosas no iban bien, pero le demostraba a Fenny que la quería, y aceptó la máquina de coser con tanto entusiasmo, que Fenny se reía al ver el contento de su tía.

—Nunca he visto una máquina tan lista —dijo—. ¡Nunca! ¿De verdad quieres decir que sabe hacer todas estas puntadas diferentes? No me lo habría creído nunca. Esta misma tarde vamos a utilizarla.

—Podríamos seguir con el traje de payaso que le estoy haciendo a «Bobo» —dijo Fenella—. Podríamos terminarlo entre las dos, ¿no es verdad, tía Lou? Luego se lo probaremos. Y estará graciosísimo.

Y lo estaba. El trajecito de payaso de tela blanca con borlas negras le sentaba muy bien, y el sombrero de payaso que hacía juego con el traje le daba un aspecto muy cómico. Se contoneó torpemente de un lado a otro y todos le aplaudieron. De pronto se quedó sentado y miró en torno con aire de gran sorpresa. Luego también él empezó a aplaudir solemnemente.

—¿Podríamos salir una noche a la pista? —le suplicó Fenella a tío Ursie—. Willie y yo hemos estado ensayando con «Bobo» todos los días. El circo se abre mañana por la noche. ¿No podríamos probar, tío Ursie?

—Eso es el señor Crack quien tiene que decidirlo —dijo tío Ursie—. Tú pídele que vea tu número con Willie, «Chácharo» y «Bobo», y a ver lo que dice. A mí personalmente me parece que es un número muy bueno. Quizá os deje probar.

—¿Y podré tener un vestido muy bonito? —preguntó Fenella—. Podríamos hacer uno, ¿no es verdad, tía Lou?

—Sí, te haré un vestido precioso —dijo tía Lou—. Tengo una tela magnífica para las faldas. Y, si quieres, puedes llevar una capita con ribetes rojos como la de Willie.

—¡Oh, me gustaría más unas alas ribeteadas de rojo! —dijo Fenny—. Siempre he querido tener un vestido de hada. Por favor, tío Ursie, dígale al señor Crack si quiere ver nuestro número.

El señor Crack dijo que sí quería. Aquella tarde se presentó en la pista. Willie, Fenny, «Bobo», «Chácharo» y el tío Ursie lo estaban aguardando. Tía Lou miraba desde las butacas. El señor Crack se sentó a su lado e inclinó la cabeza para indicarle a Willie que podía entrar con «Chácharo».

Contempló con gran interés y mucho asombro el ensayo desde el principio al fin de aquel número cuidadosamente preparado. Willie estuvo tan bien como siempre con sus imitaciones de pájaros y con «Chácharo», pero esta vez intervenía también «Bobo» con su trajecito de payaso, contoneándose de un lado a otro, haciendo equilibrios en su gran pelota, corriendo detrás de los globos, siguiendo a «Chácharo» hasta su casa y llamando a la puerta.

Y allí estaba también Fenny, guiando y ayudando al osito, un poco nerviosa, pero resuelta a que «Bobo» se luciese lo más posible.

—Realmente está muy bien —dijo el señor Crack por fin, y tía Lou empezó a aplaudir—. Willie, he decidido dejar que Fenny y tú probéis este número. Si resulta mal, Fenny no seguirá trabajando. Si es un éxito, puede seguir. «Bobo» es muy bueno, un oso payaso de nacimiento. A veces salen así. Fenny lo maneja muy bien. Es un numerito muy agradable.

Fenny sintió deseos de correr hacia él y abrazarlo. Pero era el gran señor Crack y todavía le tenía miedo, por lo cual no lo hizo. Se limitó a quedarse parada con rostro resplandeciente. Willie le dio un pellizco en el brazo.

—El circo se vendrá abajo —susurró—. Ahora tienes que ocuparte de tu vestido, Fenny.

Pronto el campamento estaba entregado una vez más a sus preparativos para la función próxima. Las cortas vacaciones habían terminado. Ahora, a trabajar de nuevo.

La gente del circo estaba contenta. Les gustaba la excitación de vestirse con sus brillantes trajes, el resplandor de las luces en la gran tienda de campaña, por la noche, los gritos y las exclamaciones, los aplausos y los vítores. Aquello era su vida y no podían sentirse mucho tiempo felices sin eso.

Y también ahora Fenella sentía la misma excitación. Le temblaban los dedos mientras se ponía el hermoso vestido de hada que le había hecho tía Lou. Tío Ursie vestía a «Bobo», que estaba tan excitado como la misma Fenny. Trató de dar una voltereta con el sombrero puesto.

—Con el sombrero, no, «Bobo» —dijo tío Ursie—. Quítatelo primero. ¿Cuántas veces voy a decírtelo?

La gran noche había llegado. Centenares de personas se precipitaban por la puerta, ansiosas de ver el maravilloso espectáculo. Sonaban tambores y tocaban trompetas para darles la bienvenida. La pista estaba cubierta de serrín limpio y fresco. Todo estaba dispuesto y la función empezó.

¿Miramos un poco? Aquí estamos a la mitad de la función. ¿Qué es lo que pasa? Un niño está en el centro de la pista, silbando y gorjeando como una docena de pájaros. Luego grazna como un pato, chilla como una gaviota, y las gaviotas que están afuera le contestan y vienen a posarse en la tienda de campaña.

Y ahora entra una niña. ¡Qué preciosa está con su cabello rojo flotando alrededor de su excitado rostro! Su plisada falda ondea cuando la niña anda, y lleva unas alitas blancas ribeteadas de rojo brillante.

—¡Es un hada! —susurran los niños que están contemplando el espectáculo—. Es un hada. Y, ¡oh, mirad!, ¿no es ése un payaso pequeñito?

Sí, lo es. Es «Bobo», desde luego, orgulloso de lucir su hermoso traje de payaso, ansioso de obtener aplausos y vítores de todo aquel público. ¡Qué cómico resulta! ¡Y mirad ese ganso que sale de la casita para hacer sus compras!

Todo el mundo se desternillaba de risa. «Chácharo» hace sus compras, y «Bobo» va detrás de él, tratando de quitarle la cesta.

—¡Mira, «Bobo» casi se la ha arrancado! ¡Eso es, se lo tiene muy merecido, el ganso le ha dado un gran picotazo! Pero al oso no le importa. Está entusiasmado con esa gran pelota.

De este modo, los cuatro hicieron su primer número, y cuando por fin «Chácharo» entra en su casa y cierra de un portazo y «Bobo» lo sigue y golpea ruidosamente, hay un estruendo tal de carcajadas, que incluso el señor

Crack, quien está mirando encantado tras las cortinas rojas, se queda sorprendido.

—¡Bravo, Fenny! ¡Bravo, «Bobo»! —grita cuando salen juntos, la garra del oso en la mano de Fenny—. ¡Muy bien, Willie, muy bien, «Chácharo»! Un número muy bonito.

Y también nosotros debemos aplaudir y gritar con todas nuestras fuerzas. ¡Bravo, Fenny! Bravo. Mereces todo el éxito que has tenido y también se lo merece el pequeño «Bobo». Ahora estás nada más que al comienzo. ¿Qué harás en el futuro? Bueno, eso es otra historia que os contaré algún día.

FIN



Índice de contenido

Cubierta

¡Ven al circo!

1. Un nuevo hogar para Fenella
2. El circo Carl Crack
- 3 El niño y el ganso
4. Gente de circo
5. Los osos del tío Ursie
6. La primera mañana
7. Preparándose para la función
8. Fenella ve el circo
9. El día siguiente
10. Tía Lou pierde la paciencia
11. Willie no quiere lecciones
12. Dando clase con el mago
13. Pasan los días
14. El circo se pone en marcha
15. Fenella, en apuros
16. Acampando junto al mar
17. Willie y Fenella
18. Se divierten muchísimo, pero «Jimmy» es travieso
19. Willie y Fenella forman un plan
20. Fenella empieza el trabajo. ¿Dónde está «Bobo»?
21. Lecciones para Willie, Fenella y «Bobo»
22. El uniforme del soldadito
23. Una sorpresa y una conmoción
24. Las cosas se ponen mal

25. ¿Se ha escapado Fenella?

26. ¡Bravo, Fenny!

¡VEN AL CIRCO!

Enid
Blyton



Lectulandia